REVISTA
» ENERO - JUNIO 2025
» ED. 228 » AÑO 52
» ISSN: 0-120-8446

EDUCACIÓN HOY

CONFEDERACIÓN INTERAMERICANA DE EDUCACIÓN CATÓLICA

SOBRE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Francisco

» www.ciec.edu.co

CIEC
CONFEDERACIÓN INTERAMERICANA DE EDUCACIÓN CATÓLICA

CELAM
CENTRO PARA LA COMUNICACIÓN

Con el apoyo de:
SANTILLANA
creo

REFLEXIONES DEL PAPA FRANCISCO SOBRE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

N.° 228
ENERO – JUNIO 2025 / AÑO 52
ISSN: 0-120-8446

CIEC®
CONFEDERACIÓN INTERAMERICANA DE EDUCACIÓN CATÓLICA

CELAM
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO
CENTRO PARA LA COMUNICACIÓN

Con el apoyo de:

SANTILLANA

creo

DIRECTOR
Oscar Armando Pérez Sayago

EDITOR
Oscar Armando Pérez Sayago

CONSEJO EDITORIAL
Sor Ana Julia Suriel (República Dominicana)
Sor Laura Guisado (Uruguay)
Padre Horacio Macal (Honduras)
Hna. Diana Gil (Colombia)
Hno. José Antonio Diez de Medina (Bolivia)
Oscar Armando Pérez Sayago (Colombia)

EDICIÓN
Departamento Editorial Creo
Grupo Santillana

DISEÑO GRÁFICO
Valeria Bisutti

Las ideas expresadas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

secretariogeneral@ciec.edu.co
asistente@ciec.edu.co
www.ciec.edu.co

REVISTA DE LA CONFEDERACIÓN INTERAMERICANA DE EDUCACIÓN CATÓLICA – CIEC
Calle 147 a # 50 – 92 oficina 101.
Teléfono: +57 1 2450255
Bogotá D. C., Colombia.

ÍNDICE

LA IA, UN DESAFÍO PARA LA ESCUELA. EDITORIAL. OSCAR A. PÉREZ SAYAGO 6

1. LA IMPORTANCIA DEL DISCERNIMIENTO

AUDIENCIA DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS REDACTORES Y COLABORADORES DE LA REVISTA "AGGIORNAMENTI SOCIALI" 8

2. LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

DISCURSO PREPARADO POR EL SANTO PADRE FRANCISCO, LEÍDO POR S. E. MONS. VICENZO PAGLIA, PRESIDENTE DE LA ACADEMIA PONTIFICIA PARA LA VIDA 12

3. HACIA UNA CONVERSIÓN ECOLÓGICA

AUDIENCIA DEL SANTO PADRE FRANCISCO A UN GRUPO DE EXPERTOS QUE COLABORAN CON LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE FRANCIA SOBRE EL TEMA DE *LAUDATO SI'* 17

4. LA IA ESTÁ CADA VEZ MÁS PRESENTE

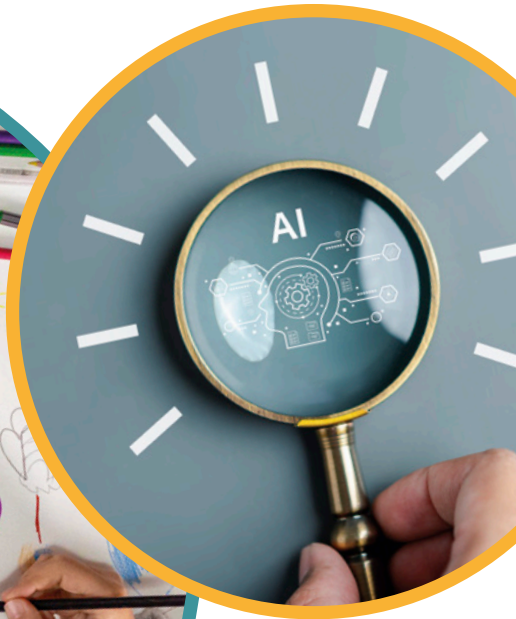
DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO "ROME CALL" ORGANIZADO POR LA FUNDACIÓN RENAISSANCE 20

5. RELACIÓN ENTRE PERSONAS, TECNOLOGÍA Y BIEN COMÚN

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS MIEMBROS DE LA PONTIFICIA ACADEMIA PARA LA VIDA 23

6. LA TECNOLOGÍA ES DE GRAN AYUDA PARA LA HUMANIDAD

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN LOS "MINERVA DIALOGUES", ORGANIZADO POR EL *DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN* 27



ÍNDICE

7. INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y PAZ
MENSAJE DE SU SANTIDAD FRANCISCO PARA LA CELEBRACIÓN DE LA 57.ª JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ 31

8. USO ÉTICO DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS
DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS MIEMBROS DEL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE PARA LA PRESENTACIÓN DE LAS FELICITACIONES DEL NUEVO AÑO 41

9. INTELIGENCIA ARTIFICIAL E INTELIGENCIA ESPIRITUAL
DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LA DELEGACIÓN DE LA FEDERACIÓN INTERNACIONAL DE LAS UNIVERSIDADES CATÓLICAS 54

10. INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y SABIDURÍA DEL CORAZÓN
MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA 58.ª JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES 58

11. LA INNOVACIÓN TECNOLÓGICA HA TRANSFORMADO LA FORMA DE PRODUCIR CONTENIDOS
DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS DIRECTIVOS Y EMPLEADOS DE TV2000 Y DE RADIO INBLU 64

12. EFECTOS DE LA IA EN EL FUTURO DE LA HUMANIDAD
DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO AL G7 67

13. URGENTE PONER LÍMITES ÉTICOS AL DESARROLLO DE LA IA
MENSAJE DE SU SANTIDAD PAPA FRANCISCO PARA LA JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR EL CUIDADO DE LA CREACIÓN 77

14. IA SOBRE EL FUTURO Y LA ANGUSTIA

DISCURSO DEL SANTO PADRE. ENCUENTRO CON LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS 82

15. ADVENIMIENTO DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTIES EN LA SESIÓN PLENARIA DEL *DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN* 87

16. EL AUGE DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS MIEMBROS DEL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE 91

17. COLABORACIÓN PARA LA ERA INTELIGENTE

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO AL FORO ECONÓMICO MUNDIAL 2025 105

18. UTILIZAR LA IA PARA CONSTRUIR RED

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS OBISPOS PRESIDENTES DE COMISIONES DE COMUNICACIÓN Y DIRECTORES NACIONALES DE LAS OFICINAS DE COMUNICACIÓN, PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO PROMOVIDO POR EL *DICASTERIO PARA LA COMUNICACIÓN* 108

PARA TENER EN CUENTA / PARA TER EM CONTA 112

EDITORIAL

Oscar Armando Pérez Sayago
Secretario General CIEC

LA IA, UN DESAFÍO PARA LA ESCUELA

Nos encontramos en un momento crucial en la Escuela Católica de América, que se enfrenta a cambios sin precedentes, con nuevas tecnologías y herramientas que permiten explorar nuevas formas de enseñanza y aprendizaje. Por eso, el llamado del papa Francisco desde el Pacto Educativo Global es una invitación a reflexionar y compartir experiencias y conocimientos para conocer estos retos y avanzar hacia una educación más inclusiva, efectiva y transformadora que incluya estas nuevas herramientas como la inteligencia artificial.

Como cada otra actividad humana y cada desarrollo tecnológico, la IA debe estar al servicio de la persona humana y formar parte de los esfuerzos para lograr «más justicia, mayor fraternidad y un más humano planteamiento en los problemas sociales», que «vale más que los progresos técnicos» (*Gaudium et spes*, n. 35; cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2293).

Sin embargo, existe el riesgo de que la IA se utilice para promover el «paradigma tecnocrático», según el cual todos los problemas del mundo pueden

EDITORIAL

Oscar Armando Pérez Sayago
Secretario General CIEC

resolverse únicamente a través de medios tecnológicos. Dentro de este paradigma, la dignidad y la fraternidad humana se subordinan a menudo a la búsqueda de la eficiencia, como si la realidad, la bondad y la verdad emanaran intrínsecamente del poder tecnológico y económico. Sin embargo, la dignidad humana nunca debe ser violada en favor de la eficiencia. Los avances tecnológicos que no mejoran la vida de todos, sino que crean o agravan las desigualdades y los conflictos, no pueden llamarse verdadero progreso. Por lo tanto, la IA debe ponerse al servicio de un desarrollo más sano, más humano, más social y más integral.

El progreso marcado por el amanecer de la IA exige redescubrir la importancia de la educación y renovar el compromiso de cuidar la casa común que Dios nos ha confiado. Por eso, es importante evaluar críticamente las aplicaciones individuales de la IA en contextos particulares, para determinar si su uso promueve la dignidad humana y el bien común. Como ocurre con muchas tecnologías, los efectos de los diversos usos de la IA no siempre son predecibles desde el principio. A medida que la aplicación de la IA y su impacto social se hacen más evidentes con el paso del tiempo, es necesario adoptar respuestas adecuadas a todos los niveles de la sociedad, de acuerdo con el principio de subsidiariedad, con usuarios individuales, familias, sociedad civil, empresas, instituciones, gobiernos y organizaciones internacionales trabajando a su propio nivel para garantizar que la IA sea a favor del bien de todos. Hoy existen grandes retos y oportunidades cuando la IA se sitúa en un marco de inteligencia relacional, en el que todos comparten la responsabilidad del bienestar integral de los demás.

1. LA IMPORTANCIA DEL DISCERNIMIENTO

AUDIENCIA DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS REDACTORES Y COLABORADORES DE LA REVISTA "AGGIORNAMENTI SOCIALI"

6 DE DICIEMBRE DE 2019

Queridos hermanos y hermanas:

Les doy la bienvenida y agradezco al director, el padre Giacomo Costa, su introducción. Saludo también al padre Bartolomeo Sorge, que desde hace muchos años es y sigue siendo un punto de referencia para la revista y, en general, para el compromiso con el bien común.

Ayudar a los lectores a «orientarse en el mundo que cambia»: este es el lema que habéis elegido. Desempeñáis un servicio valioso, especialmente en una época de cambios acelerados, que dejan a muchos extraviados y confundidos. Os doy las gracias por haberlo llevado a cabo con fidelidad y constancia desde hace 70 años. Requiere energía y compromiso, y ciertamente cuesta trabajo. Pero también da satisfacción por la labor realizada. Esta agradecimiento se extiende a todos aquellos que no están aquí, pero que han trabajado durante estas décadas, jesuitas, laicas y laicos.

1. Discernir en la sociedad

Orientar significa comprender dónde estamos, cuáles son los puntos de referencia, y luego decidir en qué dirección moverse: es un esfuerzo inútil orientarse para quedarse quieto después. Por eso tiene un significado muy cercano al discernimiento: en efecto, incluso en el camino de la sociedad, necesitamos aprender a reconocer la voz del Espíritu, interpretar sus signos y optar por seguir esa voz y no las otras (cf. Exh. ap. *Evangelii Gaudium*, 51).

Esto nos interpela a nivel personal, pero también como comunidad civil y eclesial, porque el Espíritu obra misteriosamente en las dinámicas de la sociedad. El discernimiento aquí es todo menos simple. No basta con entrenar la sensibilidad espiritual, que sigue siendo indispensable; hacen falta habilidades y análisis específicos, aquellos a los que dais espacio en vuestras páginas, gracias a la contribución de muchos expertos. Os ocupáis de temas complejos y controvertidos: del impacto de la inteligencia artificial en la sociedad y en el trabajo a las fronteras de la bioética; de la migración a los problemas de desigualdad e inequidad; de una visión de la economía atenta a la sostenibilidad y al cuidado del medio ambiente a la construcción del bien común en la concreción del actual escenario político. En estos ámbitos, *Aggiornamenti Sociali* tiene la tarea no solo de proporcionar información fiable, sino también de acompañar a los lectores a formular opiniones y a actuar con mayor responsabilidad y no solo por lo que han oído, tal vez siguiendo la ola de las *fake news*.

Respecto al análisis científico de los fenómenos sociales, seguid cultivando el equilibrio correcto: hay que reiterar su importancia, pero sin caer en la tentación de observar asépticamente la realidad, lo cual es imposible. La visión de la realidad siempre depende de la mirada de quien la observa y de la posición en la que se coloca. Por eso, forma parte de las tareas de una revista como la vuestra contribuir a recibir los resultados de la investigación científica con la mirada del discípulo, asumiendo la compasión que Jesús, el Maestro, siente y muestra por las personas que sufren, por los pobres que claman a Él y, junto con ellos, por «nuestra oprimida y devastada tierra» (cf. Cart. Enc. *Laudato si'*, 2).

Para los cristianos, el discernimiento de los fenómenos sociales no puede prescindir de la opción preferencial por los pobres. Antes que correr en su ayuda, esta opción nos pide que estemos de su lado, también cuando observamos la dinámica de la sociedad. ¡Y sobre ella, sus valores y sus contradicciones los pobres tienen tanto que enseñarnos! (cf. Exh. ap. *Evangelii Gaudium*, 197-201). Entre los puntos fuertes de *Aggiornamenti Sociali* está también el de dar espacio a la perspectiva de aquellos que son «descartados». Seguid con ellos, escuchadlos, acompañadlos para que sea su voz la que hable. También los que investigan y reflexionan sobre temas sociales están llamados a tener un corazón de pastor que huele a oveja.

2. Un camino para recorrer juntos

El discernimiento de los fenómenos sociales no puede hacerse solos. Nadie —ni siquiera el Papa o la Iglesia— consigue abrazar todas las perspectivas relevantes: se necesita una confrontación seria y honesta, que involucre a todas las partes implicadas.

Ya san Pablo VI enseñaba que el análisis de la situación social y la identificación de los compromisos que hay que asumir para transformarla es una tarea que pertenece a las comunidades en su conjunto y en sus articulaciones, bajo la guía del Espíritu (cf. Carta ap. *Octogesima adveniens*, 4). Hoy podemos añadir que requieren un método sinodal: se trata de construir una relación, hecha de palabras y gestos, fijarse una meta común y tratar de alcanzarla. Es una dinámica en la que todos hablan libremente, pero también escuchan y están dispuestos a aprender y cambiar. Dialogar es construir una senda por donde caminar juntos y, cuando haga falta, puentes sobre los que encontrarnos y acercarnos unos a otros. Divergencias y conflictos no deben negarse u ocultarse, como a menudo estamos tentados de hacer también en la Iglesia. Hay que asumirlos, no para quedarse atrapados en ellos —el conflicto no puede ser nunca la última palabra—, sino para abrir nuevos procesos (cf. Exh. ap. *Evangelii Gaudium*, 226-227).

Esta forma sinodal de proceder interpela también una Revista que puede utilizar sus páginas para que dialoguen posiciones y puntos de vista; pero debe guardarse de la tentación de la abstracción, de limitarse al nivel de las ideas, olvidando la concreción del hacer y del caminar juntos. Evita este riesgo cuando publica palabras arraigadas en experiencias y prácticas sociales, alimentadas por esa concreción. También la investigación intelectual seria es un camino que se recorre juntos, especialmente cuando se enfrentan temas de frontera, haciendo interactuar diferentes perspectivas y disciplinas, y promoviendo relaciones de respeto y amistad entre las personas involucradas, que descubren cómo el encuentro enriquece a todos. Esto es aún más cierto en las iniciativas

que requieren la creación de redes, la participación en eventos y la activación de grupos de investigación. Sé que estáis involucrados en muchas de estas experiencias, algunas incluso aquí en el Vaticano, y os animo a que continuéis.

Hay tres ámbitos que me parecen particularmente significativos. El primero es la integración de aquellas porciones de la sociedad que, por diversas razones, están situadas al margen y en las que se encuentran más fácilmente las víctimas de la cultura del descarte. Estas son portadoras de una contribución original indispensable para la construcción de una sociedad más justa: perciben cosas que otros no consiguen ver.

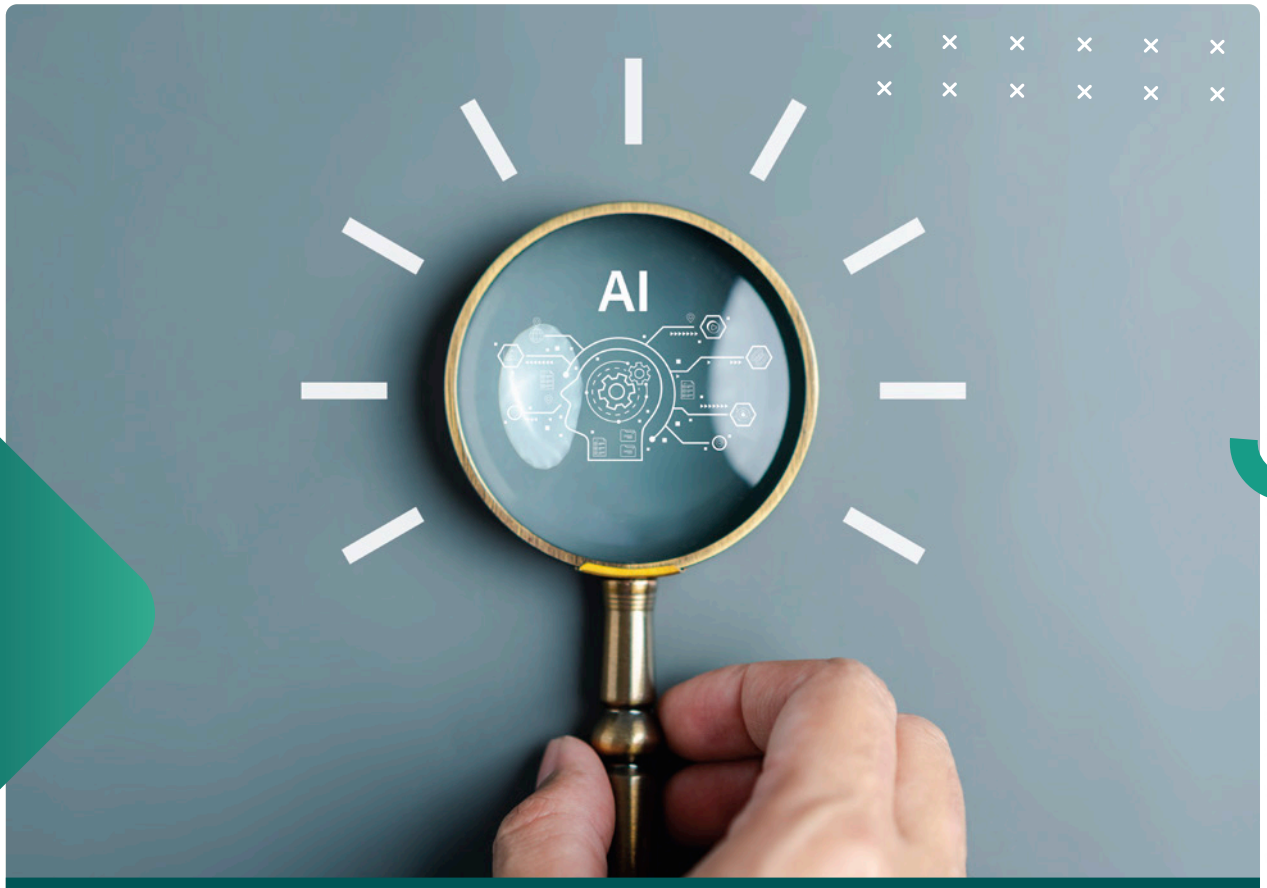
Un segundo ámbito se refiere al encuentro entre las generaciones, cuya urgencia hemos reconocido en el Sínodo de los Jóvenes. La aceleración del cambio social corre el riesgo de alejar a los jóvenes de su pasado, proyectándolos hacia un futuro sin raíces y haciéndolos más fáciles de manipular, al tiempo que exponen a las personas mayores a la tentación de la juventud a toda costa. Frente a estos riesgos, es necesario reforzar los pactos de confianza y solidaridad entre generaciones.

Por último, el tercer ámbito es la promoción de oportunidades de encuentro y acción común entre cristianos y creyentes de otras religiones, pero también con todas las personas de buena voluntad. Para ello es necesario medirse con miedos atávicos y tensiones muy arraigadas: algunas se refieren a las relaciones interreligiosas, otras a los contrastes entre «laicos» y «católicos» que atraviesan la historia italiana, otros —y no debemos olvidarlos, pues requieren una atención especial— son internos del cuerpo eclesial. Pero si no logramos unir a toda la familia humana, será imposible avanzar en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral (cf. Cart. Enc. *Laudato si'*, 13).

3. La alegría del compromiso social

Finalmente, os pido que no os desaniméis: al compromiso con la justicia y el cuidado de la casa común está asociada una promesa de alegría y plenitud. Muchos pueden dar testimonio de ello y ciertamente también vosotros tenéis la oportunidad de experimentarlo en vuestro trabajo: ponerse de parte de los pobres es un encuentro con sufrimientos e injusticias, pero también con una felicidad genuina y contagiosa. El compromiso por la justicia nos hace entrar en la dinámica de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (*Mt* 5, 6). Seguid cultivando esta hambre y contagiándoselo a los demás: juntos experimentaremos el don de ser saciados.

Gracias una vez más por vuestro trabajo. Pido a Dios nuestro Padre que os acompañe y bendiga, que os llene de su amor y de la fuerza de la esperanza. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.



2. LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

DISCURSO PREPARADO POR EL SANTO PADRE FRANCISCO,

LEÍDO POR S. E. MONS. VICENZO PAGLIA, PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

28 DE FEBRERO DE 2020

Distinguidas autoridades,
distinguidas damas y caballeros,
queridos hermanos y hermanas:

Os saludo cordialmente con motivo de la asamblea plenaria de la Academia Pontificia para la Vida y agradezco a Mons. Paglia sus amables palabras. Me siento grato por la presencia del Presidente del Parlamento Europeo, del Director General de la FAO y de otras autoridades y personalidades en el campo de la tecnología informática. También saludo a todos los que participan desde el Auditorio de la Conciliación y me alegro de su numerosa presencia, también de los jóvenes: es un signo de esperanza.

Los temas que habéis tratado en estos días atañen a uno de los cambios más importantes del mundo actual. Todavía más, podríamos decir que la «galaxia digital» y, en particular, la llamada *inteligencia artificial,* están en el corazón mismo del cambio de época que estamos atravesando. La innovación digital, efectivamente, alcanza todos los aspectos de la vida, tanto personales como sociales. Afecta a la forma en que entendemos el mundo y a nosotros mismos. Está cada vez más presente en las actividades e incluso en las decisiones humanas, y está cambiando nuestra forma de pensar y actuar. Las decisiones, incluso las más importantes, las del ámbito médico, económico o social, son hoy fruto de la voluntad humana y de una serie de contribuciones algorítmicas. El acto personal se encuentra así en el punto de convergencia entre la aportación propiamente humana y el cálculo automático, por lo que resulta cada vez más complejo comprender su objeto, prever sus efectos y definir sus responsabilidades.

Ciertamente, la humanidad ya ha vivido profundas transformaciones en su historia como, por ejemplo, cuando se introdujo la máquina de vapor, o la electricidad, o la invención de la imprenta que revolucionó la forma de conservar y transmitir la información. Hoy, la convergencia entre los diferentes saberes científicos y tecnológicos tiene un efecto amplificador y hace posible intervenir en fenómenos de magnitud infinitesimal y de alcance planetario, hasta el punto de desdibujar fronteras que hasta ahora se consideraban bien distinguibles: entre la materia inorgánica y la orgánica, entre lo real y lo virtual, entre las identidades estables y los acontecimientos en continua relación entre sí.

A nivel personal, la era digital cambia la percepción del espacio, el tiempo y el cuerpo. Infunde un sentido de expansión de sí mismo que ya no parece encontrar algún límite y la homologación se afirma como el criterio de agregación imperante: reconocer y apreciar la diferencia se hace cada vez más difícil. En el ámbito socioeconómico, los usuarios a menudo quedan reducidos a «consumidores», sometidos a intereses privados concentrados en manos de unos pocos. A partir de los rastros digitales diseminados en internet, los algoritmos sacan datos que consienten controlar nuestros hábitos mentales y relacionales para fines comerciales o políticos, a menudo sin que lo sepamos. Esta asimetría, por la que unos pocos

saben todo de nosotros, mientras que nosotros no sabemos nada de ellos, adormece el pensamiento crítico y el ejercicio consciente de la libertad. Las desigualdades se amplifican desmesuradamente, el conocimiento y la riqueza se acumulan en pocas manos, con graves riesgos para las sociedades democráticas. Sin embargo, estos peligros no deben ocultarnos el gran potencial que ofrecen las nuevas tecnologías. Estamos ante un don de Dios, es decir, ante un recurso que puede dar frutos de bien.

También los temas de los que se ha ocupado vuestra Academia desde su creación se presentan hoy de una manera nueva. Las ciencias biológicas se sirven cada vez más de los dispositivos posibles gracias a la «inteligencia artificial». Este hecho conlleva cambios profundos en la forma de interpretar y gestionar los seres vivos y las características propias de la vida humana, que estamos comprometidos a proteger y promover, no solo en su dimensión *biológica* constitutiva, sino también en su irreductible calidad *biográfica*. La correlación e integración entre la vida viviente y la vida vivida no pueden obviarse en beneficio de un simple cálculo ideológico del rendimiento funcional y de los costos sostenibles. Los interrogantes éticos que surgen de la forma en que los nuevos dispositivos pueden —precisamente— «disponer» del nacimiento y el destino de las personas requieren un esfuerzo renovado en pro de la calidad humana de la entera historia comunitaria de la vida.

Por ello, agradezco a la Academia Pontificia para la Vida el camino que ha emprendido desarrollando una reflexión profunda, que ha fomentado el diálogo entre disciplinas científicas diferentes e indispensables para enfrentar fenómenos tan complejos.

Observo con satisfacción que el encuentro de este año cuenta con la presencia de personas que desempeñan importantes y diferentes funciones de responsabilidad internacional en las esferas científica, industrial y política. Me alegra y os lo agradezco. En efecto, como creyentes, no tenemos nociones preestablecidas

con las que responder a las preguntas sin precedentes que la historia hoy nos plantea. Nuestra tarea es, más bien, caminar junto con los demás, escuchando atentamente y poniendo en contacto la experiencia y la reflexión. Debemos dejarnos interpelar como creyentes para que la Palabra y la Tradición de la fe nos ayuden a interpretar los fenómenos de nuestro mundo, identificando caminos de humanización y, por tanto, de evangelización amorosa, para recorrerlos juntos. Así podremos dialogar provechosamente con todos aquellos que buscan el desarrollo humano, manteniendo a la persona en todas sus dimensiones, incluidas las espirituales, en el centro del conocimiento y las prácticas sociales. Nos enfrentamos a una tarea que involucra a la familia humana en su totalidad.

A la luz de lo que se ha dicho, no es suficiente la simple educación en el uso correcto de las nuevas tecnologías que no son, efectivamente, instrumentos «neutrales», porque, como hemos visto, modelan el mundo y comprometen a las conciencias en el ámbito de los valores. Hace falta una acción educativa más amplia. Necesitamos madurar motivaciones fuertes para perseverar en la búsqueda del bien común, incluso cuando de ella no se derive un beneficio inmediato. Existe una dimensión política en la producción y el uso de la llamada *inteligencia artificial*, que no atañe solamente a la distribución de sus ventajas individuales y abstractamente funcionales. En otras palabras: no basta simplemente confiar en la sensibilidad moral de quienes investigan y proyectan dispositivos y algoritmos, sino que es necesario crear organismos sociales intermedios que garanticen que esté representada la sensibilidad ética de los usuarios y de los educadores.

Son muchas las herramientas que intervienen en el proceso de elaboración de los aparatos tecnológicos (investigación, diseño, producción, distribución, uso individual y colectivo), y cada una de ellas implica una responsabilidad específica. Se entrevé una nueva frontera que podríamos llamar *algor-ética* (cf. *Discurso a los participantes en el congreso "Child Dignity in the digital world"*, 14 de noviembre de 2019). Su objetivo es asegurar una verificación competente y compartida de los procesos con los

que se integran en nuestra era las relaciones entre los seres humanos y las máquinas. En la búsqueda común de estos objetivos, los principios de la Doctrina Social de la Iglesia brindan una contribución decisiva: dignidad de la persona, justicia, subsidiariedad y solidaridad. Expresan el compromiso de ponerse al servicio de cada persona en su totalidad y de todas las personas, sin discriminación ni exclusión. Pero la complejidad del mundo tecnológico nos exige una elaboración ética más articulada para que este compromiso sea verdaderamente incisivo.

La *algor-ética* podrá ser un puente para que los principios se inscriban concretamente en las tecnologías digitales, mediante un diálogo transdisciplinario eficaz. Además, en el encuentro entre diferentes visiones del mundo, los derechos humanos constituyen un punto de convergencia importante para la búsqueda de un terreno común. En el momento actual, sin embargo, parece necesaria una reflexión actualizada sobre los derechos y deberes en este ámbito. En efecto, la profundidad y la aceleración de las transformaciones de la era digital plantean problemas inesperados que imponen nuevas condiciones al *ethos* individual y colectivo. Ciertamente la *Call* (el llamamiento) que habéis firmado hoy es un paso importante en esta dirección, con las tres coordenadas fundamentales para caminar: la ética, la educación y el derecho.

Queridos amigos, expreso mi apoyo por la generosidad y el dinamismo con los que os habéis embarcado en un proceso de replanteamiento tan desafiante y valiente. Os invito a continuarlo con audacia y discernimiento, en busca de formas para involucrar cada vez más a todos los que se preocupan por el bien de la familia humana. Invoco sobre vosotros la bendición de Dios para que vuestro camino se desarrolle con serenidad y paz, en un espíritu de colaboración. ¡Que la Virgen Madre os asista y mi bendición os acompañe! Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

3. HACIA UNA CONVERSIÓN ECOLÓGICA

AUDIENCIA DEL SANTO PADRE FRANCISCO A UN GRUPO DE EXPERTOS QUE COLABORAN CON LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE FRANCIA SOBRE EL TEMA DE *LAUDATO SI'*

3 DE SEPTIEMBRE DE 2020

Excelencia,
señoras, señores:

Me alegra recibiros y daros una cordial bienvenida a Roma. Agradezco a monseñor de Moulins Beaufort que haya tomado la iniciativa de este encuentro tras las reflexiones en la Conferencia de los Obispos de Francia sobre la encíclica *Laudato sí'*, reflexiones en las que participaron varios expertos comprometidos con la causa ecológica.

Somos parte de una sola familia humana, llamada a vivir en una casa común de la que constatamos, juntos, la inquietante degradación. La crisis sanitaria que atraviesa actualmente la humanidad nos recuerda nuestra fragilidad. Comprendemos hasta qué punto estamos ligados unos a otros, inseridos en un mundo cuyo devenir compartimos, y que maltratarlo no puede por menos que acarrear graves consecuencias, no solo ambientales, sino también sociales y humanas.

Nos alegra el hecho de que la toma de conciencia de la urgencia de la situación se haga sentir en todas partes, de que el tema de la ecología cale cada vez más en las formas de pensar, en todos los ámbitos, y empiece a influir en las decisiones políticas y económicas, aunque quede mucho por hacer y sigamos siendo testigos de demasiada lentitud e incluso de retrocesos. Por su parte, la Iglesia católica quiere participar plenamente en el compromiso de la protección de la casa común. No tiene soluciones preestablecidas que proponer y no ignora las dificultades de las cuestiones técnicas, económicas y políticas que están en juego ni todos los esfuerzos que este compromiso conlleva. Pero quiere actuar concretamente donde sea posible, y sobre todo quiere formar

conciencias para favorecer una conversión ecológica profunda y duradera, que es la única que puede responder a los importantes desafíos que enfrentamos.

En relación con esta conversión ecológica, quisiera compartir con vosotros el modo en que las convicciones de fe ofrecen a los cristianos una gran motivación para la protección de la naturaleza, así como de los hermanos más frágiles, porque estoy seguro de que la ciencia y la fe, que aportan diferentes aproximaciones a la realidad, pueden entrar en un diálogo intenso y productivo para ambas. (cf. Enc. *Laudato si'*, 62).

La Biblia nos enseña que el mundo no nació del caos o del azar, sino de una decisión de Dios que lo llamó y siempre lo llama a la existencia, por amor. El universo es bello y bueno, y contemplarlo nos permite vislumbrar la infinita belleza y bondad de su Autor. Cada criatura, incluso la más efímera, es objeto de la ternura del Padre, que le da un lugar en el mundo. El cristiano no puede sino respetar la obra que el Padre le ha confiado, como un jardín para cultivar, para proteger, para que crezca según sus posibilidades. Y si el hombre

tiene derecho a utilizar la naturaleza para sus propios fines, no puede considerarse en modo alguno como su propietario o como un déspota, sino solo como el administrador que tendrá que rendir cuentas de su gestión. En este jardín que Dios nos ofrece, los seres humanos están llamados a vivir en armonía en la justicia, la paz y la fraternidad, el ideal evangélico propuesto por Jesús (cf. *LS* 82). Y cuando la naturaleza se considera únicamente como un objeto de lucro e interés —una visión que consolida el arbitrio del más fuerte— entonces se rompe la armonía y se producen graves desigualdades, injusticias y sufrimientos.

San Juan Pablo II afirmaba: «No sólo la tierra ha sido dada por Dios al hombre, el cual debe usarla respetando la intención originaria de que es un bien, según la cual le ha sido dada; incluso el hombre es para sí mismo un don de Dios y, por tanto, debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido dotado» (*Centesimus annus*, 38). Así, pues, todo está conectado. Es la misma indiferencia, el mismo egoísmo, la misma codicia, el mismo orgullo, la misma pretensión de ser el amo y el déspota del mundo lo que lleva a los seres humanos, por una parte, a destruir las especies y a saquear los recursos naturales; por otra, a explotar la miseria, a abusar del trabajo de las mujeres y de los niños, a abrogar las leyes de la célula familiar, a no respetar más el derecho a la vida humana desde la concepción hasta el fin natural.

Por lo tanto, «Si la crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad, no podemos pretender sanar nuestra relación con la naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano» (*LS*, 119). Así que no habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano, y mediante la curación del corazón humano es como se puede esperar curar al mundo de su malestar social y ambiental.

Queridos amigos, os animo nuevamente en vuestros esfuerzos para proteger el medio ambiente. Mientras que las condiciones del planeta pueden parecer catastróficas y ciertas situaciones aparentan incluso ser irreversibles, nosotros los cristianos no perdemos la esperanza, porque tenemos los ojos puestos en Jesucristo. El es Dios, el Creador en persona, que vino a visitar su creación y a habitar entre nosotros (cf. *LS*, 96-100), para curarnos, para restablecer la armonía que hemos perdido, la armonía con nuestros hermanos y la armonía con la naturaleza. «Él no nos abandona, no nos deja solos, porque se ha unido definitivamente a nuestra tierra, y su amor siempre nos lleva a encontrar nuevos caminos» (*LS*, 245).

Pido a Dios que os bendiga. Y os pido, por favor, que recéis por mí.

4. LA IA ESTÁ CADA VEZ MÁS PRESENTE

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO "ROME CALL", ORGANIZADO POR LA FUNDACIÓN RENAISSANCE

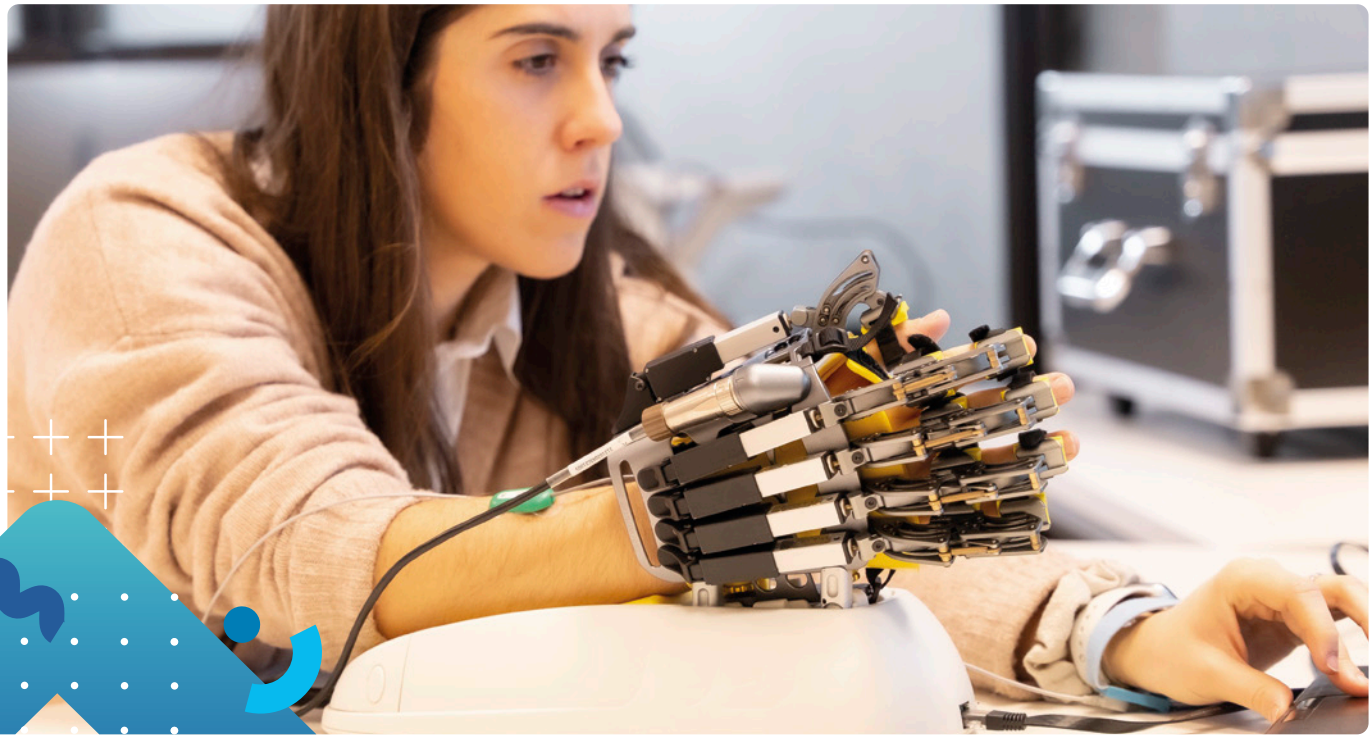
10 DE ENERO DE 2023

Excelencias reverendísimas,
distinguidas autoridades,
ilustres señores y señoras,
queridos hermanos y hermanas:

Doy las gracias a monseñor Paglia por sus corteses palabras; saludo al rabino Eliezer Simha Weisz y al jeque Abdallah bin Bayyah. Saludo también a los señores Brad Smith, presidente de Microsoft; Dario Gil, vicepresidente global de IBM; y Máximo Torero Cullen, jefe economista de la FAO, primeros firmantes del *Rome Call*, como también a los miembros de las varias delegaciones aquí presentes.

Estoy agradecido a la Pontificia Academia para la Vida y a la Fundación *RenAissance*, por su esfuerzo en la promoción a través del *Rome Call* de una ética compartida respecto a los grandes desafíos que se abren en el horizonte de la inteligencia artificial. Después de la primera firma en 2020, el evento de hoy ve la involucración también de las delegaciones judías e islámicas, que miran a la llamada inteligencia artificial con una mirada inspirada en las palabras de la Encíclica *Fratelli tutti*. Vuestra concordia en promover una cultura que ponga esta tecnología al servicio del bien común de todos y de la custodia de la casa común es ejemplar para muchos otros. La fraternidad entre todos es la condición para que también el desarrollo tecnológico esté al servicio de la justicia y de la paz en cualquier lugar del mundo.

Todos somos conscientes de cuánto la inteligencia artificial está cada vez más presente en cada aspecto de la vida cotidiana, tanto personal como social. Esta incide en nuestra forma de comprender al mundo y a nosotros mismos. Las innovaciones en este campo hacen que tales instrumentos sean cada vez más decisivos en las actividades e incluso en las decisiones humanas. Os animo, por tanto, a proseguir en este compromiso vuestro. Me alegra saber que queréis involucrar también a las grandes religiones mundiales y a los hombres y mujeres de buena voluntad para que la *algorética*, es decir, la reflexión ética sobre el uso de los algoritmos, esté cada vez más presente en el debate público y también en el desarrollo de las soluciones técnicas. Cada persona, de hecho, debe poder disfrutar de un desarrollo humano y solidario, sin que nadie sea excluido. Se trata, pues, de vigilar y trabajar para que el uso discriminatorio de estas herramientas no se arraigue a costa de los más frágiles y



excluidos. Recordemos siempre que la forma en que tratamos al último y menos considerado entre nuestros hermanos y hermanas revela el valor que reconocemos al ser humano. Se puede poner el ejemplo de las solicitudes de asilo: no es aceptable que la decisión sobre la vida y el destino de un ser humano sea confiada a un algoritmo.

El *Rome Call* puede ser un útil instrumento para un diálogo común entre todos, con el fin de favorecer un desarrollo humano de las nuevas tecnologías. Al respecto, reitero que «en el encuentro entre diferentes visiones del mundo, los derechos humanos constituyen un punto de convergencia importante para la búsqueda de un terreno común. En el momento actual, sin embargo, parece necesaria una reflexión actualizada sobre los derechos y deberes en este ámbito. En efecto, la profundidad y la aceleración de las transformaciones de la era digital plantean problemas inesperados que imponen nuevas condiciones al ethos individual y colectivo» (*Discurso a la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida*, 28 de febrero de 2020). Las adhesiones al *Rome Call*, que han crecido a lo largo del tiempo, son un paso significativo para promover una antropología digital, con tres coordinadas fundamentales: la ética, la educación y el derecho.

Os expreso mi apoyo por la generosidad y el dinamismo con los que os habéis empeñado y os invito a proseguir con audacia y discernimiento, a la búsqueda de las vías que conducen a una involucración cada vez más amplia de todos aquellos a los que les importa el bien de la familia humana.

Invoco sobre vosotros la bendición de Dios: Dios os bendiga a todos, para que vuestro camino pueda desarrollarse con serenidad y paz, en espíritu de colaboración. Os acompañe también mi bendición. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

5. RELACIÓN ENTRE PERSONAS, TECNOLOGÍA Y BIEN COMÚN

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS MIEMBROS DE LA PONTIFICIA ACADEMIA PARA LA VIDA

20 DE FEBRERO DE 2023

¡Ilustres señores y señoras,
queridos hermanos y hermanas,
señores cardenales, queridos obispos!:

¡Os doy una cordial bienvenida! Doy las gracias a monseñor Paglia por las palabras que me ha dirigido y a todos vosotros por el empeño que dedicáis a la promoción de la vida humana. ¡Gracias! En estos días reflexionaréis sobre la relación entre persona, tecnologías emergentes y bien común: es una frontera delicada, en la cual se encuentran progreso, ética y sociedad, y donde la fe, en su perenne actualidad, puede aportar una valiosa contribución. En este sentido la Iglesia no deja de animar el progreso de la ciencia y de la tecnología al servicio de la dignidad de la persona y para un desarrollo humano «integral e integrador». En la carta que os dirigí con ocasión del vigésimo quinto año de fundación de la Academia os invitaba a profundizar precisamente sobre este tema; ahora quisiera detenerme a reflexionar con vosotros sobre tres desafíos que considero importantes al respecto: el cambio de las condiciones de vida del hombre en el mundo tecnológico; el impacto de las nuevas tecnologías sobre la definición misma de *hombre* y de *relación*, con particular referencia a la condición de los sujetos más vulnerables; el concepto de *conocimiento* y las consecuencias que se derivan.

Primer desafío: el cambio de las condiciones de vida del hombre en el mundo de la técnica. Sabemos que es propio del hombre actuar en el mundo de forma tecnológica, transformando el ambiente y mejorando las condiciones de vida. Lo recordó Benedicto XVI, afirmando que la técnica «responde a la misma vocación del trabajo humano» y que «en la técnica, vista como una obra del propio talento, el hombre se reconoce a sí mismo y realiza su propia humanidad». Esta, por tanto, nos ayuda a comprender cada vez mejor el valor y las potencialidades de la inteligencia humana, y al mismo tiempo nos habla de la gran responsabilidad que tenemos respecto a la creación.

En el pasado, la conexión entre culturas, actividades sociales y ambiente, gracias a interacciones menos densas y efectos más lentos, tenía menos impacto. Hoy, en cambio, el rápido desarrollo de los medios técnicos hace más intensa y evidente la interdependencia entre el hombre y la «casa común», como ya reconocía san Pablo VI en la *Populorum progressio*. Es más, la fuerza y la aceleración de las intervenciones es tal que produce mutaciones significativas —porque hay una aceleración geométrica, no matemática—, tanto en el ambiente como en las condiciones de vida del hombre, con efectos y desarrollos no siempre claros y predecibles. Lo están demostrando varias crisis, de la pandémica a la energética, de la climática a la migratoria, cuyas consecuencias repercuten las unas sobre las otras, amplificándose mutuamente. Un sano desarrollo tecnológico no puede no tener en cuenta estas complejas relaciones.

Segundo desafío: el impacto de las nuevas tecnologías sobre la definición de *hombre* y de *relación*, sobre todo respecto a la condición de los sujetos vulnerables. Es evidente que la forma tecnológica de la experiencia humana

se está volviendo cada día más predominante: en las distinciones entre *natural* y *artificial*, *biológico* y *tecnológico*, los criterios con los que discernir lo propio del ser humano y de la técnica se vuelven cada vez más difíciles. Por eso, es importante una seria reflexión sobre el valor mismo del hombre. Es necesario, en particular, reiterar con decisión la importancia del concepto de consciencia personal como experiencia relacional, que no puede prescindir ni de la corporeidad ni de la cultura. En otras palabras, en la red de las relaciones, tanto subjetivas como comunitarias, la tecnología no puede suplantar el contacto humano, lo virtual no puede sustituir lo real y tampoco las redes sociales el ámbito social. Y nosotros estamos cediendo a la tentación de hacer prevalecer lo virtual sobre lo real: es una mala tentación.

También dentro de los procesos de investigación científica, la relación entre la persona y la comunidad tiene implicaciones éticas cada vez más complejas. Por ejemplo, en ámbito sanitario, donde la calidad de la información y asistencia al individuo depende en gran medida de la recopilación y estudio de los datos disponibles. Aquí debemos afrontar el problema de combinar la confidencialidad de los datos de la persona con el intercambio de la información que le concierne en interés de todos. De hecho, sería egoísta pedir que seamos tratados con los mejores recursos y habilidades de los que dispone la sociedad sin ayudar a aumentarlos. Más en general, estoy pensando en la urgencia de que la distribución de los recursos y el acceso a la atención beneficien a todos, de manera que se reduzcan las desigualdades y se garantice el apoyo necesario, especialmente para los sujetos más frágiles, como los discapacitados, los enfermos y los pobres.

Por eso, es necesario monitorear la velocidad de las transformaciones, la interacción entre los cambios y la posibilidad de garantizar un equilibrio global. Además, no necesariamente este equilibrio es el mismo en las diferentes culturas, como parece asumir la perspectiva tecnológica cuando se impone como lenguaje y cultura universal y homogénea —esto es un error—; en cambio, el esfuerzo debe ir dirigido a «procurar que cada uno crezca con su estilo propio, para que desarrolle sus capacidades de innovar desde los valores de su cultura».

Tercer desafío: la definición del concepto de conocimiento y las consecuencias que se derivan. El conjunto de los elementos hasta aquí considerados nos lleva a preguntarnos sobre

nuestras formas de conocer, conscientes del hecho que ya el tipo de conocimiento que ponemos en acto tiene en sí implicaciones morales. Por ejemplo, es reductivo buscar la explicación de los fenómenos solo en las características de los elementos individuales que los componen. Se necesitan modelos más articulados, que consideren el abanico de relaciones que tejen los hechos singulares. Es paradójico, por ejemplo, al referirse a tecnologías de potenciamiento de las funciones biológicas de un sujeto, hablar de un hombre «aumentado» si se olvida que el cuerpo humano remite al bien integral de la persona y, por tanto, no puede identificarse solo con el organismo biológico. Un enfoque erróneo en este campo termina, en realidad, no por «aumentar», sino por «comprimir» al hombre.

En la *Evangelii gaudium* y sobre todo en la *Laudato si'* he revelado la importancia de un conocimiento a medida del hombre, orgánico, por ejemplo subrayando que «el todo es superior a la parte» y que «en el mundo todo está conectado». Creo que tales ideas pueden favorecer un pensamiento renovado también en el ámbito teológico; en efecto, es bueno que la teología siga superando enfoques eminentemente apologéticos, para contribuir a la definición de un nuevo humanismo y favorecer la escucha recíproca y el mutuo entendimiento entre ciencia, tecnología y sociedad. La falta de un diálogo constructivo entre estas realidades empobrece efectivamente la confianza mutua que está en la base de toda convivencia humana y de toda forma de «amistad social». También me gustaría mencionar la importancia de la contribución que ofrece a este fin el diálogo entre las grandes tradiciones religiosas. Tienen una sabiduría milenaria que puede ayudar en estos procesos. Habéis demostrado que sabéis captar

el valor, por ejemplo, promoviendo, incluso en los últimos tiempos, encuentros interreligiosos sobre los temas del «fin de la vida» y la inteligencia artificial.

Queridos hermanos y hermanas, ante los desafíos actuales tan complejos, la tarea que tenéis por delante es enorme. Se trata de partir de las experiencias que todos compartimos como seres humanos y estudiarlas, asumiendo las perspectivas de la complejidad, del diálogo transdisciplinario y la colaboración entre diferentes sujetos. Pero nunca debemos desanimarnos: sabemos que el Señor no nos abandona y que lo que hacemos está enraizado en la confianza que depositamos en Él, «que ama la vida» (*Sb* 11, 26). Vosotros habéis trabajado mucho en estos años para que el crecimiento científico y tecnológico se concilie cada vez más con un paralelo «desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia»: os invito a continuar por este camino, mientras tanto os bendigo y os pido, por favor, que recéis por mí. Gracias.

6. LA TECNOLOGÍA ES DE GRAN AYUDA PARA LA HUMANIDAD

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN LOS "MINERVA DIALOGUES", ORGANIZADO POR EL *DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN*

27 DE MARZO DE 2023

Queridos amigos:

Bienvenidos a todos vosotros, reunidos en Roma por vuestro encuentro anual. En él se reúnen expertos del mundo de la tecnología —científicos, ingenieros, empresarios, juristas y filósofos— junto con representantes de la Iglesia —funcionarios de la Curia, teólogos y moralistas—, con el objetivo de fomentar una mayor conciencia y consideración del impacto social y cultural de las tecnologías digitales, especialmente de la inteligencia artificial. Aprecio mucho este camino de diálogo que, en los últimos años, nos ha permitido compartir contribuciones y puntos de vista, y beneficiarnos de la sabiduría de los demás. Vuestra presencia atestigua vuestro compromiso de garantizar un debate mundial serio e integrador sobre el uso responsable de estas tecnologías, un debate abierto a los valores religiosos. Estoy convencido de que el diálogo entre creyentes y no creyentes sobre las cuestiones fundamentales de la ética, la ciencia y el arte, y sobre la búsqueda del sentido de la vida, es un camino hacia la construcción de la paz y el desarrollo humano integral.

La tecnología es de gran ayuda para la humanidad. Pensemos en los innumerables avances en los campos de la medicina, la ingeniería y las comunicaciones (cf. Encíclica *Laudato si'*, 102). Y al mismo tiempo que reconocemos los beneficios de la ciencia y la tecnología, vemos en ellas una prueba de la creatividad del ser humano y también de la nobleza de su vocación a participar responsablemente en la acción creadora de Dios (cf. *ibíd.*, 131).

Desde esta perspectiva, creo que el desarrollo de la inteligencia artificial y del aprendizaje automático tiene el potencial de aportar una contribución beneficiosa al futuro de la humanidad, no podemos descartarlo. Sin embargo, estoy seguro de que este potencial solo se hará realidad si existe una voluntad coherente por parte de quienes desarrollan las tecnologías para actuar de forma ética y responsable. Me anima el compromiso de tantas personas que trabajan en estos campos para garantizar que la tecnología se centre en el ser humano, se funde en bases éticas durante el diseño del proyecto y tenga por finalidad el bien. Me complace que haya surgido un consenso para que los procesos de desarrollo respeten valores como la inclusión, la transparencia, la seguridad, la equidad, la privacidad y la responsabilidad. También celebro los esfuerzos de las organizaciones internacionales por regular estas tecnologías de modo que promuevan un auténtico progreso, es decir, que contribuyan a dejar un mundo mejor y una calidad de vida integralmente superior (cf. *ibíd.*, 194).

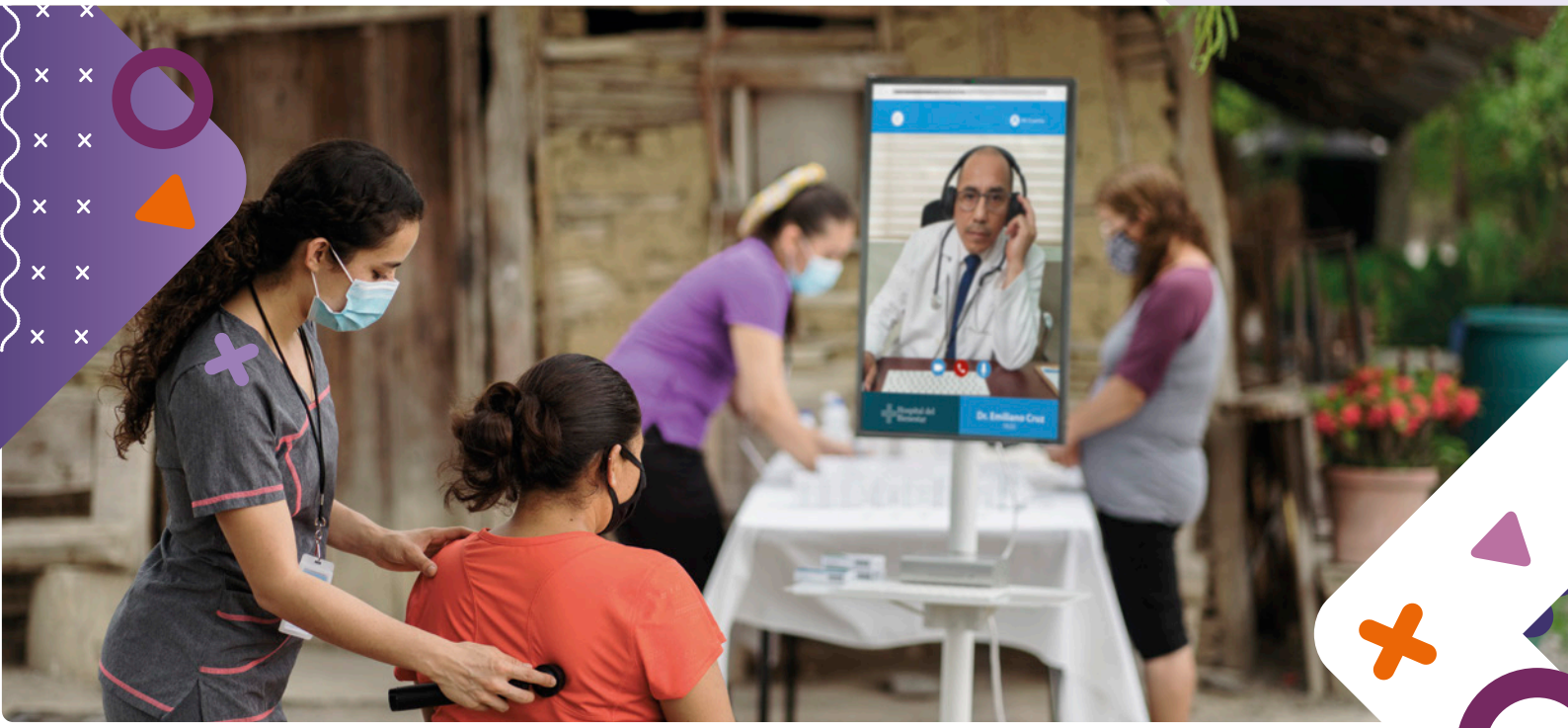
No será fácil llegar a un acuerdo en estos ámbitos. En efecto, «el inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia» (*ibíd.*, 105). Además, el mundo actual se caracteriza por una gran pluralidad de sistemas políticos, culturas, tradiciones, concepciones filosóficas y éticas, y creencias religiosas. Las discusiones están cada vez más polarizadas y, a falta de confianza y de una visión compartida de lo que hace que la vida merezca la pena, los debates públicos corren el riesgo de ser polémicos e ineficaces.

Solo un diálogo integrador, en el que las personas busquen juntas la verdad, puede propiciar un verdadero consenso; y esto puede ocurrir si compartimos la convicción de que «en la realidad misma del ser humano y de

la sociedad [...] hay una serie de estructuras básicas que sostienen su desarrollo y su supervivencia» (Enc. *Fratelli tutti*, 212). El valor fundamental que debemos reconocer y promover es el de la *dignidad* de la persona humana (cf. *ibíd.*, 213). Os invito, por tanto, a que en vuestras deliberaciones hagáis de la dignidad intrínseca de todo hombre y toda mujer el criterio clave para evaluar las tecnologías emergentes, que revelan su positividad ética en la medida en que contribuyen a manifestar esa dignidad y a incrementar su expresión, en todos los niveles de la vida humana.

Me preocupa que los datos disponibles hasta ahora parezcan sugerir que las tecnologías digitales han servido para aumentar las desigualdades en el mundo. No solo las diferencias de riqueza material, que son importantes, sino también las diferencias de acceso a la influencia política y social. Nos preguntamos: ¿son nuestras instituciones nacionales e internacionales capaces de exigir responsabilidades a las empresas tecnológicas por el impacto social y cultural de sus productos? ¿Existe el riesgo de que el aumento de la desigualdad socave nuestro sentido de la solidaridad humana y social? ¿Podríamos perder nuestro sentido de destino compartido? En realidad, nuestro objetivo es que el crecimiento de la innovación científica y tecnológica vaya acompañado de una mayor igualdad e inclusión social (cf. *Videomensaje en la Conferencia TED de Vancouver*, 26 de abril de 2017).

Este problema de desigualdad puede verse agravado por una falsa concepción de la meritocracia que socava la noción de dignidad humana. El reconocimiento y la recompensa del mérito y el esfuerzo humanos tienen un fundamento, pero se corre el riesgo de concebir la ventaja económica de unos pocos como



ganada o merecida, mientras que la pobreza de muchos se considera, en cierto sentido, culpa suya. Este enfoque subestima las desigualdades de partida entre las personas en términos de riqueza, oportunidades educativas y vínculos sociales, y trata el privilegio y la ventaja como logros personales. En consecuencia —en términos esquemáticos— si la pobreza es culpa de los pobres, los ricos están exentos de hacer algo al respecto (cf. *Discurso al mundo del trabajo*, Génova, 27 de mayo de 2017).

El concepto de dignidad humana —este es el núcleo— exige que reconozcamos y respetemos el hecho de que el valor fundamental de una persona no puede medirse con un conjunto de datos. En los procesos de toma de decisiones sociales y económicas, debemos ser cautos a la hora de confiar juicios a algoritmos que procesan datos recogidos, a menudo subrepticiamente, sobre las personas y sus características y comportamientos pasados. Esos datos pueden estar contaminados por prejuicios sociales e ideas preconcebidas. Sobre todo porque el comportamiento pasado de un individuo no debe utilizarse para negarle la oportunidad de cambiar, crecer y contribuir a la sociedad. No podemos permitir que los algoritmos limiten o condicionen el respeto a la dignidad humana ni que excluyan la compasión, la misericordia, el perdón y, sobre todo, la apertura a la esperanza de cambio en el individuo.

Queridos amigos, concluyo reafirmando mi convicción de que *solo formas de diálogo verdaderamente inclusivas* pueden permitirnos discernir sabiamente cómo poner la inteligencia artificial y las tecnologías digitales al servicio de la familia humana. La historia bíblica de la Torre de Babel (cf. *Gn* 11) se ha utilizado a menudo para advertir contra las ambiciones desmedidas de la ciencia y la tecnología. En realidad, la Escritura nos previene contra la soberbia de querer «tocar el cielo» (v. 4), es decir, aferrar y apoderarse del horizonte de valores que identifica y garantiza nuestra dignidad humana. Y siempre, cuando hay esto, acabamos en una grave injusticia en la propia sociedad. En el mito de la Torre de Babel, hacer un ladrillo es difícil: hacer barro, paja, amontonarlo, luego cocerlo... Cuando caía un ladrillo era una gran pérdida, se quejaban mucho: «Hemos perdido un ladrillo». Si caía un obrero, nadie decía nada. Esto debe hacernos pensar: ¿qué es más importante? ¿El ladrillo o el trabajador o la trabajadora? Es una distinción que debe hacernos reflexionar. Y después de la Torre de Babel, la posterior creación de lenguas diferentes se convierte, como toda intervención de Dios, en una nueva posibilidad. Nos invita a ver la diferencia y la diversidad como una riqueza, porque la uniformidad no deja crecer, la uniformidad impone. Solo una cierta uniformidad disciplinaria es buena —puede serlo—, pero la uniformidad impuesta no cuenta. La falta de diversidad es una falta de riqueza, porque la diversidad nos obliga a aprender juntos unos de otros y a redescubrir con humildad el auténtico sentido y alcance de nuestra dignidad humana. No olvidemos que las diferencias estimulan la creatividad, «crean tensión, y en la resolución de la tensión consiste el progreso de la humanidad» (Enc. *Fratelli tutti*, 203), cuando las tensiones se resuelven en un plano superior, que no aniquila los polos en tensión, sino que los hace madurar.

Os deseo lo mejor en vuestros diálogos y os agradezco vuestro compromiso de escuchar y crecer en la comprensión de las aportaciones de los demás. Os bendigo y os pido que recéis por mí. Gracias.

7. INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y PAZ

MENSAJE DE SU SANTIDAD FRANCISCO PARA LA CELEBRACIÓN DE LA 57.ª JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

1 DE ENERO DE 2024

Al iniciar el año nuevo, tiempo de gracia que el Señor nos da a cada uno de nosotros, quisiera dirigirme al Pueblo de Dios, a las naciones, a los jefes de Estado y de Gobierno, a los representantes de las distintas religiones y de la sociedad civil, y a todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo para expresarles mis mejores deseos de paz.

1. El progreso de la ciencia y de la tecnología como camino hacia la paz

La Sagrada Escritura atestigua que Dios ha dado a los hombres su Espíritu para que tengan «habilidad, talento y experiencia en la ejecución de toda clase de trabajos» (*Ex* 35, 31). La inteligencia es expresión de la dignidad que nos ha dado el Creador al hacernos a su imagen y semejanza (cf. *Gn* 1, 26) y nos ha hecho capaces de responder a su amor a través de la libertad y del conocimiento. La ciencia y la tecnología manifiestan de modo particular esta cualidad fundamentalmente relacional de la inteligencia humana, ambas son producto extraordinario de su potencial creativo.

En la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, el Concilio Vaticano II ha insistido en esta verdad, declarando que «siempre se ha esforzado el hombre con su trabajo y con su ingenio en perfeccionar su vida».[1] Cuando los seres humanos, «con ayuda de los recursos técnicos», se esfuerzan para que la tierra «llegue a ser morada digna de toda la familia humana»,[2] actúan según el designio de Dios y cooperan con su voluntad de llevar a cumplimiento la creación y difundir la paz entre los pueblos. Asimismo, el progreso de la ciencia y de la técnica, en la medida en que contribuye a un mejor orden de la sociedad humana y a acrecentar la libertad y la comunión fraterna, lleva al perfeccionamiento del hombre y a la transformación del mundo.

Nos alegramos justamente y agradecemos las extraordinarias conquistas de la ciencia y de la tecnología, gracias a las cuales se ha podido poner remedio a innumerables males que afectaban a la vida humana y causaban grandes sufrimientos. Al mismo tiempo, los progresos técnico-científicos, haciendo posible el ejercicio de un control sobre la realidad, nunca visto hasta ahora, están poniendo en las manos del hombre una vasta gama de posibilidades, algunas de las cuales representan un riesgo para la supervivencia humana y un peligro para la casa común.[3]

Los notables progresos de las nuevas tecnologías de la información, especialmente en la esfera digital, presentan, por tanto, entusiasmantes oportunidades y graves riesgos, con serias implicaciones para la búsqueda de la justicia y de la armonía entre los pueblos. Por consiguiente, es necesario plantearse algunas preguntas urgentes. ¿Cuáles serán las consecuencias, a medio y a largo plazo, de las nuevas tecnologías digitales? ¿Y qué impacto tendrán sobre la vida de los individuos y de la sociedad, sobre la estabilidad internacional y sobre la paz?

---

1. N. 33.
2. *Ibíd.*, n. 57.
3. Cf. Carta enc. *Laudato si'* (24 de mayo, 2015), 104.

2. El futuro de la inteligencia artificial entre promesas y riesgos

Los progresos de la informática y el desarrollo de las tecnologías digitales en los últimos decenios ya han comenzado a producir profundas transformaciones en la sociedad global y en sus dinámicas. Los nuevos instrumentos digitales están cambiando el rostro de las comunicaciones, de la administración pública, de la instrucción, del consumo, de las interacciones personales y de otros innumerables aspectos de la vida cotidiana.

Además, las tecnologías que usan un gran número de algoritmos pueden extraer, de los rastros digitales dejados en internet, datos que permiten controlar los hábitos mentales y relacionales de las personas con fines comerciales o políticos, frecuentemente sin que ellos lo sepan, limitándoles el ejercicio consciente de la libertad de elección. De hecho, en un espacio como la web, caracterizado por una sobrecarga de información, se puede estructurar el flujo de datos según criterios de selección no siempre percibidos por el usuario.

Debemos recordar que la investigación científica y las innovaciones tecnológicas no están desencarnadas de la realidad ni son «neutrales»,[4] sino que están sujetas a las influencias culturales. En cuanto actividades plenamente humanas, las direcciones que toman reflejan decisiones condicionadas por los valores personales, sociales y culturales de cada época. Lo mismo se diga de los resultados que consiguen. Estas, precisamente en cuanto fruto de planteamientos específicamente humanos hacia el mundo circunstante, tienen siempre una dimensión ética, estrictamente ligada a las decisiones de quien proyecta la experimentación y enfoca la producción hacia objetivos particulares.

Esto vale también para las formas de inteligencia artificial, para la cual, hasta hoy, no existe una definición unívoca en el mundo de la ciencia y de la tecnología. El término mismo, que ha entrado ya en el lenguaje común, abraza una variedad de ciencias, teorías y técnicas dirigidas a hacer que las máquinas reproduzcan o imiten, en su funcionamiento, las capacidades cognitivas de los seres humanos. Hablar en plural de «formas de inteligencia» puede ayudar a subrayar sobre todo la brecha infranqueable que existe entre estos sistemas y la persona humana, por más sorprendentes y potentes que sean. Estos son, a fin de cuentas, «fragmentarios», en el sentido de que solo pueden

4. Cf. *ibíd.*, 114.

imitar o reproducir algunas funciones de la inteligencia humana. El uso del plural pone en evidencia, además, que estos dispositivos, muy distintos entre sí, se deben considerar siempre como «sistemas socio-técnicos». En efecto, su impacto, independientemente de la tecnología de base, no solo depende del proyecto, sino también de los objetivos y de los intereses del que los posee y del que los desarrolla, así como de las situaciones en las que se usan.

La inteligencia artificial, por tanto, debe ser entendida como una galaxia de realidades distintas y no podemos presumir *a priori* que su desarrollo aporte una contribución benéfica al futuro de la humanidad y a la paz entre los pueblos. Tal resultado positivo solo será posible si somos capaces de actuar de forma responsable y de respetar los valores humanos fundamentales como «la inclusión, la transparencia, la seguridad, la equidad, la privacidad y la responsabilidad».[5]

No basta ni siquiera suponer, de parte de quien proyecta algoritmos y tecnologías digitales, un compromiso de actuar de forma ética y responsable. Es preciso reforzar o, si es necesario, instituir organismos encargados de examinar las cuestiones éticas emergentes y de tutelar los derechos de los que utilizan formas de inteligencia artificial o reciben su influencia.[6]

La inmensa expansión de la tecnología, por consiguiente, debe ser acompañada, para su desarrollo, por una adecuada formación en la responsabilidad. La libertad y la convivencia pacífica están amenazadas cuando los seres humanos ceden a la tentación del egoísmo, del interés personal, del afán de lucro y de la sed de poder. Tenemos por ello el deber de ensanchar la mirada y de orientar la búsqueda técnico-científica hacia la consecución de la paz y del bien común, al servicio del desarrollo integral del hombre y de la comunidad.[7]

La dignidad intrínseca de cada persona y la fraternidad que nos vincula como miembros de una única familia humana deben estar en la base del desarrollo de las nuevas tecnologías y servir como criterios indiscutibles para valorarlas antes de su uso, de modo que el progreso digital pueda realizarse en el respeto de la justicia y contribuir a la causa de la paz. Los desarrollos tecnológicos que no llevan a una mejora de la calidad de vida de toda la humanidad, sino que, por el contrario, agravan las desigualdades y los conflictos, no podrán ser considerados un verdadero progreso.[8]

La inteligencia artificial será cada vez más importante. Los desafíos que plantea no son solo técnicos, sino también antropológicos, educativos, sociales y políticos. Promete, por ejemplo, un ahorro de esfuerzos, una producción más eficiente, transportes más ágiles y mercados más dinámicos, además de una revolución en los procesos de recopilación, organización y verificación de los datos. Es necesario ser conscientes de las rápidas transformaciones que están ocurriendo y gestionarlas de modo que se puedan salvaguardar los derechos humanos fundamentales, respetando las instituciones y las leyes que promueven el desarrollo humano integral. La inteligencia artificial debería estar al servicio de un mejor potencial humano y de nuestras más altas aspiraciones, no en competencia con ellos.

---

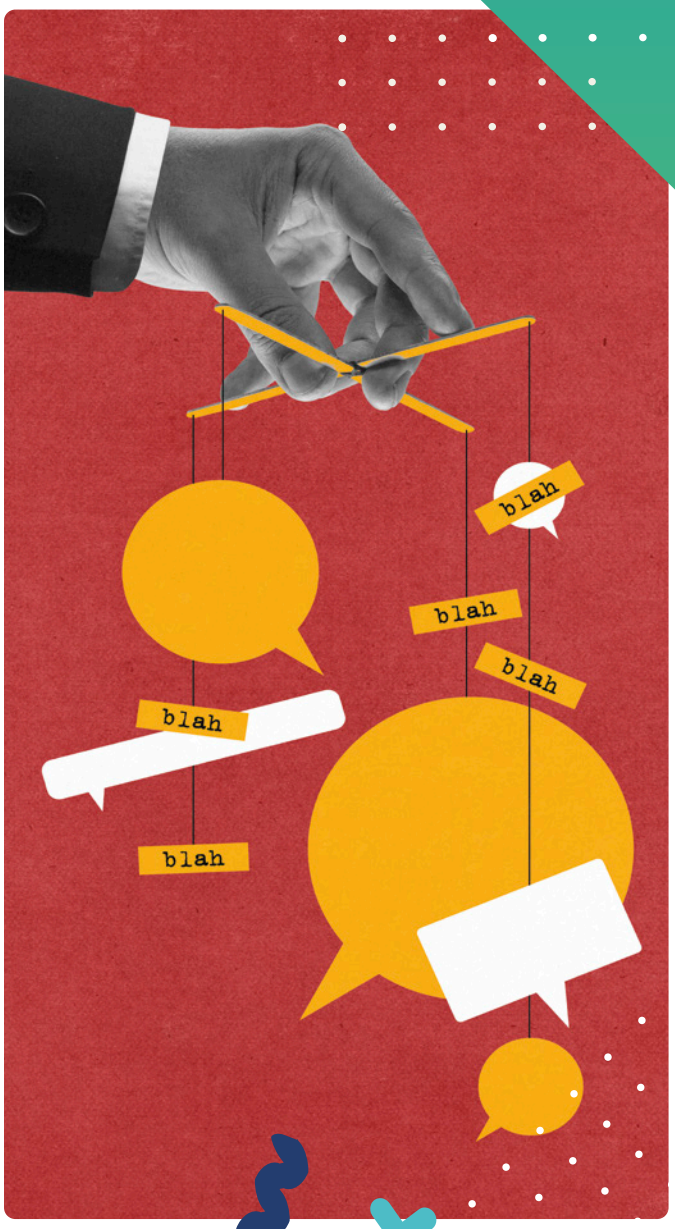
5. *Discurso a los participantes en el encuentro "Minerva Dialogues"* (27 de marzo, 2023).
6. Cf. *ibíd.*
7. Cf. *Mensaje al Presidente Ejecutivo del "World Economic Forum" en Davos-Klosters* (12 de enero, 2018).
8. Cf. Carta enc. *Laudato si'*, 194; *Discurso a los participantes en un Seminario sobre "El bien común en la era digital"* (27 de septiembre, 2019).

3. La tecnología del futuro: máquinas que aprenden solas

En sus múltiples formas la inteligencia artificial, basada en técnicas de aprendizaje automático (*machine learning*), aunque se encuentre todavía en una fase pionera, ya está introduciendo cambios notables en el tejido de las sociedades, ejercitando una profunda influencia en las culturas, en los comportamientos sociales y en la construcción de la paz.

Desarrollos como el *machine learning* o como el aprendizaje profundo (*deep learning*) plantean cuestiones que trascienden los ámbitos de la tecnología y de la ingeniería y tienen que ver con una comprensión estrictamente conectada con el significado de la vida humana, los procesos básicos del conocimiento y la capacidad de la mente de alcanzar la verdad.

La habilidad de algunos dispositivos para producir textos sintáctica y semánticamente coherentes, por ejemplo, no es garantía de confiabilidad. Se dice que pueden «alucinar», es decir, generar afirmaciones que a primera vista parecen plausibles, pero que en realidad son infundadas o delatan prejuicios. Esto crea un serio problema cuando la inteligencia artificial se emplea en campañas de desinformación que difunden noticias falsas y llevan a una creciente desconfianza hacia los medios de comunicación. La confidencialidad, la posesión de datos y la propiedad intelectual son otros ámbitos en los que las tecnologías en cuestión plantean graves riesgos, a los que se añaden ulteriores consecuencias negativas unidas a su uso impropio, como la discriminación, la interferencia en los procesos electorales, la implantación de una sociedad que vigila y controla a las personas, la exclusión digital y la intensificación de un individualismo cada vez más desvinculado de la colectividad. Todos estos factores corren el riesgo de alimentar los conflictos y de obstaculizar la paz.



4. El sentido del límite en el paradigma tecnocrático

Nuestro mundo es demasiado vasto, variado y complejo para poder ser completamente conocido y clasificado. La mente humana nunca podrá agotar su riqueza, ni siquiera con la ayuda de los algoritmos más avanzados. Estos, de hecho, no ofrecen previsiones garantizadas del futuro, sino solo aproximaciones estadísticas. No todo puede ser pronosticado, no todo puede ser calculado; al final «la realidad es superior a la idea»[9] y, por más prodigiosa que pueda ser nuestra capacidad de cálculo, habrá siempre un residuo inaccesible que escapa a cualquier intento de cuantificación.

Además, la gran cantidad de datos analizados por las inteligencias artificiales no es de por sí garantía de imparcialidad. Cuando los algoritmos extrapolan informaciones, siempre corren el riesgo de distorsionarlas, reproduciendo las injusticias y los prejuicios de los ambientes en los que se originan. Cuanto más veloces y complejos se vuelven, más difícil es comprender por qué han generado un determinado resultado.

Las máquinas inteligentes pueden efectuar las tareas que se les asignan cada vez con mayor eficiencia, pero el fin y el significado de sus operaciones continuarán siendo determinadas o habilitadas por seres humanos que tienen un propio universo de valores. El riesgo es que los criterios que están en la base de ciertas decisiones se vuelvan menos transparentes, que la responsabilidad decisional se oculte y que los productores puedan eludir la obligación de actuar por el bien de la comunidad. En cierto sentido, esto es favorecido por el sistema tecnocrático, que alía la economía con la tecnología y privilegia el criterio de la eficiencia, tendiendo a ignorar todo aquello que no está vinculado con sus intereses inmediatos.[10]

Esto debe hacernos reflexionar sobre el «sentido del límite», un aspecto a menudo descuidado en la mentalidad actual, tecnocrática y eficientista, y, sin embargo, decisivo para el desarrollo personal y social. El ser humano, en efecto, mortal por definición, pensando en sobrepasar todo límite gracias a la técnica, corre el riesgo, en la obsesión de querer controlarlo todo, de perder el control de sí mismo, y en la búsqueda de una libertad absoluta, de caer en la espiral de una dictadura tecnológica. Reconocer y aceptar el propio límite de criatura es para el hombre condición indispensable para conseguir o, mejor, para acoger la plenitud como un don. En cambio, en el contexto ideológico de un paradigma tecnocrático, animado por una prometeica presunción de autosuficiencia, las desigualdades podrían crecer de forma desmesurada, y el conocimiento y la riqueza acumularse en las manos de unos pocos, con graves riesgos para las sociedades democráticas y la coexistencia pacífica.[11]

---

9. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 de noviembre, 2013), 233.
10. Cf. Carta. enc. *Laudato si'*, 54.
11. Cf. *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 de febrero, 2020).

5. Temas candentes para la ética

En el futuro, la fiabilidad de quien pide un préstamo, la idoneidad de un individuo para un trabajo, la posibilidad de reincidencia de un condenado o el derecho a recibir asilo político o asistencia social podrían ser determinados por sistemas de inteligencia artificial. La falta de niveles diversificados de mediación que estos sistemas introducen está particularmente expuesta a formas de prejuicio y discriminación. Los errores sistémicos pueden multiplicarse fácilmente, produciendo no solo injusticias en casos concretos, sino también, por efecto dominó, auténticas formas de desigualdad social.

Además, con frecuencia, las formas de inteligencia artificial parecen capaces de influenciar las decisiones de los individuos por medio de opciones predeterminadas asociadas a estímulos y persuasiones, o mediante sistemas de regulación de las elecciones personales basados en la organización de la información. Estas formas de manipulación o de control social requieren una atención y una supervisión precisas, e implican una clara responsabilidad legal por parte de los productores, de quienes las usan y de las autoridades gubernamentales.

La dependencia de procesos automáticos que clasifican a los individuos, por ejemplo, por medio del uso generalizado de la vigilancia o la adopción de sistemas de crédito social, también podría tener repercusiones profundas en el entramado social, estableciendo categorizaciones impropias entre los ciudadanos. Y estos procesos artificiales de clasificación podrían llevar incluso a conflictos de poder, no solo en lo que respecta a destinatarios virtuales, sino a personas de carne y hueso. El respeto fundamental

por la dignidad humana postula rechazar que la singularidad de la persona sea identificada con un conjunto de datos. No debemos permitir que los algoritmos determinen el modo en el que entendemos los derechos humanos, que dejen a un lado los valores esenciales de la compasión, la misericordia y el perdón o que eliminen la posibilidad de que un individuo cambie y deje atrás el pasado.

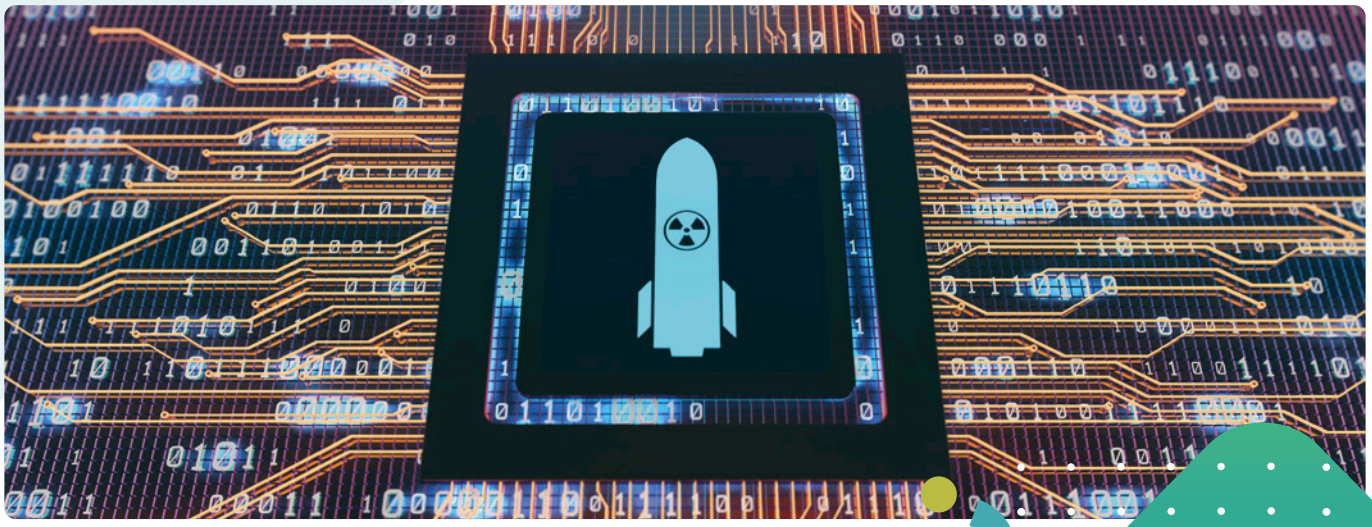
En este contexto, no podemos dejar de considerar el impacto de las nuevas tecnologías en el ámbito laboral. Trabajos que en un tiempo eran competencia exclusiva de la mano de obra

humana son rápidamente absorbidos por las aplicaciones industriales de la inteligencia artificial. También en este caso se corre el riesgo sustancial de un beneficio desproporcionado para unos pocos a costa del empobrecimiento de muchos. El respeto de la dignidad de los trabajadores y la importancia de la ocupación para el bienestar económico de las personas, las familias y las sociedades, la seguridad de los empleos y la equidad de los salarios deberían constituir una gran prioridad para la comunidad internacional, a medida que estas formas de tecnología se van introduciendo cada vez más en los lugares de trabajo.

6. ¿Transformaremos las espadas en arados?

En estos días, mirando el mundo que nos rodea, no podemos eludir las graves cuestiones éticas vinculadas al sector de los armamentos. La posibilidad de conducir operaciones militares por medio de sistemas de control remoto ha llevado a una percepción menor de la devastación que estos han causado y de la responsabilidad en su uso, contribuyendo a un acercamiento aún más frío y distante a la inmensa tragedia de la guerra. La búsqueda de las tecnologías emergentes en el sector de los denominados «sistemas de armas autónomos letales», incluido el uso bélico de la inteligencia artificial, es un gran motivo de preocupación ética. Los sistemas de armas autónomos no podrán ser nunca sujetos moralmente responsables. La exclusiva capacidad humana de juicio moral y de decisión ética es más que un complejo conjunto de algoritmos, y dicha capacidad no puede reducirse a la programación de una máquina que, aun siendo «inteligente», no deja de ser siempre una máquina. Por este motivo, es imperioso garantizar una supervisión humana adecuada, significativa y coherente de los sistemas de armas.

Tampoco podemos ignorar la posibilidad de que armas sofisticadas terminen en las manos equivocadas facilitando, por ejemplo, ataques terroristas o acciones dirigidas a desestabilizar instituciones de gobierno legítimas. En resumen, realmente lo último que el mundo necesita es que las nuevas tecnologías contribuyan al injusto desarrollo del mercado y del comercio de las armas, promoviendo la locura



de la guerra. Si lo hace así, no solo la inteligencia, sino el mismo corazón del hombre correrá el riesgo de volverse cada vez más «artificial». Las aplicaciones técnicas más avanzadas no deben usarse para facilitar la resolución violenta de los conflictos, sino para pavimentar los caminos de la paz.

En una óptica más positiva, si la inteligencia artificial fuese utilizada para promover el desarrollo humano integral, podría introducir importantes innovaciones en la agricultura, la educación y la cultura, un mejoramiento del nivel de vida de enteras naciones y pueblos, el crecimiento de la fraternidad humana y de la amistad social. En definitiva, el modo en que la usamos para incluir a los últimos, es decir, a los hermanos y las hermanas más débiles y necesitados, es la medida que revela nuestra humanidad.

Una mirada humana y el deseo de un futuro mejor para nuestro mundo llevan a la necesidad de un diálogo interdisciplinar destinado a un desarrollo ético de los algoritmos —la *algorética*—, en el que los valores orienten los itinerarios de las nuevas tecnologías.[12] Las cuestiones éticas deberían ser tenidas en cuenta desde el inicio de la investigación, así como en las fases de experimentación, planificación, distribución y comercialización. Este es el enfoque de la ética de la planificación, en el que las instituciones educativas y los responsables del proceso decisional tienen un rol esencial que desempeñar.

7. Desafíos para la educación

El desarrollo de una tecnología que respete y esté al servicio de la dignidad humana tiene claras implicaciones para las instituciones educativas y para el mundo de la cultura. Al multiplicar las posibilidades de comunicación, las tecnologías digitales nos han permitido nuevas formas de encuentro. Sin embargo, continúa siendo necesaria una reflexión permanente sobre el tipo de relaciones al que nos está llevando. Los jóvenes están creciendo en ambientes culturales impregnados de la tecnología y esto no puede dejar de cuestionar los métodos de enseñanza y formación.

La educación en el uso de formas de inteligencia artificial debería centrarse sobre todo en promover el pensamiento crítico. Es necesario que los usuarios de todas las edades, pero sobre todo los jóvenes, desarrollen una capacidad de discernimiento en el uso de datos y de contenidos obtenidos en la web o producidos por sistemas de inteligencia artificial. Las escuelas, las universidades y las sociedades científicas están llamadas a ayudar a los estudiantes y a los profesionales a hacer propios los aspectos sociales y éticos del desarrollo y el uso de la tecnología.

La formación en el uso de nuevos instrumentos de comunicación debería considerar no solo la desinformación, las falsas noticias, sino también el inquietante aumento de «miedos ancestrales que [...] han sabido esconderse y potenciarse detrás de nuevas tecnologías».[13] Lamentablemente, una vez más nos encontramos teniendo que combatir «la tentación de hacer una cultura de muros, de levantar muros para impedir el encuentro con otras culturas, con otra gente»[14] y el desarrollo de una coexistencia pacífica y fraterna.

12. Cf. *ibíd.*
13. Carta enc. *Fratelli tutti* (3 de octubre, 2020), 27.
14. Cf. *ibíd.*

8. Desafíos para el desarrollo del derecho internacional

El alcance global de la inteligencia artificial hace evidente que, junto a la responsabilidad de los estados soberanos de disciplinar internamente su uso, las organizaciones internacionales pueden desempeñar un rol decisivo en la consecución de acuerdos multilaterales y en la coordinación de su aplicación y actuación.[15] A este propósito, exhorto a la comunidad de las naciones a trabajar unida para adoptar un tratado internacional vinculante, que regule el desarrollo y el uso de la inteligencia artificial en sus múltiples formas. Naturalmente, el objetivo de la reglamentación no debería ser solo la prevención de las malas prácticas, sino también alentar las mejores prácticas, estimulando planteamientos nuevos y creativos y facilitando iniciativas personales y colectivas.[16]

En definitiva, en la búsqueda de modelos normativos que puedan proporcionar una guía ética a quienes desarrollan tecnologías digitales, es indispensable identificar los valores humanos que deberían estar en la base del compromiso de las sociedades para formular, adoptar y aplicar los marcos legislativos necesarios. El trabajo de redacción de las orientaciones éticas para la producción de formas de inteligencia artificial no puede prescindir de la consideración de cuestiones más profundas, relacionadas con el significado de la existencia humana, la tutela de los derechos humanos fundamentales y la búsqueda de la justicia y de la paz. Este proceso de discernimiento ético y jurídico puede revelarse como una valiosa ocasión para una reflexión compartida sobre el rol que la tecnología debería tener en nuestra vida personal y comunitaria, y sobre cómo su uso podría contribuir a la creación de un mundo más justo y humano. Por este motivo, en los debates sobre la reglamentación de la inteligencia artificial, se debería tener en cuenta la voz de todas las partes interesadas, incluidos los pobres, los marginados y otros más que a menudo quedan sin ser escuchados en los procesos decisionales globales.

****

Espero que esta reflexión anime a hacer que los progresos en el desarrollo de formas de inteligencia artificial contribuyan, en última instancia, a la causa de la fraternidad humana y de la paz. No es responsabilidad de unos pocos, sino de toda la familia humana. La paz, en efecto, es el fruto de relaciones que reconocen y acogen al otro en su dignidad inalienable, y de cooperación y esfuerzo en la búsqueda del desarrollo integral de todas las personas y de todos los pueblos.

Mi oración al comienzo del nuevo año es que el rápido desarrollo de formas de inteligencia artificial no aumente las ya numerosas desigualdades e injusticias presentes en el mundo, sino que ayude a poner fin a las guerras y los conflictos, y a aliviar tantas formas de sufrimiento que afectan a la familia humana. Que los fieles cristianos, los creyentes de distintas religiones y los hombres y mujeres de buena voluntad puedan colaborar en armonía para aprovechar las oportunidades y afrontar los desafíos que plantea la revolución digital, y dejar a las generaciones futuras un mundo más solidario, justo y pacífico.

Vaticano, 8 de diciembre de 2023.
FRANCISCO

15. Cf. *ibíd.*, 170-175.
16. Cf. Carta enc. *Laudato si'*, 177.

8. USO ÉTICO DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS MIEMBROS DEL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE PARA LA PRESENTACIÓN DE LAS FELICITACIONES DEL NUEVO AÑO

8 DE ENERO DE 2024

Excelencias, señoras y señores:

Me complace recibirlos esta mañana para saludarlos personalmente y felicitarlos por el nuevo año. Agradezco, de modo particular, a su excelencia el embajador George Poulides, decano del Cuerpo Diplomático, por sus gentiles palabras que expresan muy bien las preocupaciones de la comunidad internacional al inicio de un año para el que quisiéramos paz y que, sin embargo, comienza bajo el signo de conflictos y divisiones.

La ocasión me es propicia también para agradecerles su compromiso dedicado a favorecer las relaciones entre la Santa Sede y vuestros países. El pasado año, nuestra «familia diplomática» se amplió aún más gracias al establecimiento de relaciones diplomáticas con el Sultanato de Omán y el nombramiento del primer embajador, aquí presente.

Al mismo tiempo, deseo recordar que la Santa Sede ha procedido al nombramiento de un Representante Pontificio residente en Hanói, después de que, en el pasado mes de julio, se concluyó con Vietnam el relativo Acuerdo sobre el estatuto del Representante Pontificio, con el fin de continuar juntos el camino recorrido hasta ahora, bajo el signo del respeto recíproco y de la confianza, gracias a las frecuentes relaciones en el ámbito institucional y a la colaboración de la Iglesia local.

En 2023 se ratificó también el Acuerdo Suplementario al Acuerdo entre la Santa Sede y el Kazajistán sobre las mutuas relaciones del 24 de septiembre de 1998, que agiliza la presencia y el servicio de los agentes pastorales en el país; y ha sido además ocasión para celebrar cuatro significativos aniversarios: el centenario de las relaciones diplomáticas con la República de Panamá, el setenta aniversario de las relaciones con la República Islámica de Irán, el sesenta de las establecidas con la República de Corea y el cincuenta de relaciones con Australia.

Queridos embajadores:

Hay una palabra que resuena en modo particular en las dos principales fiestas cristianas. La oímos en el canto de los ángeles que anunciaban en la noche el nacimiento del Salvador y la escuchamos en la voz de Jesús resucitado. Es la palabra «paz». La paz es en primer lugar un don de Dios: es Él quien nos deja su paz (cf. *Jn* 14, 27), pero al mismo tiempo es nuestra responsabilidad: «Felices los que trabajan por la paz» (*Mt* 5, 9). Trabajar por la paz. Una palabra tan frágil y a la vez tan comprometedora y densa de significado. A ella quisiera dedicar nuestra reflexión de hoy, en un momento histórico en el cual está cada vez más amenazada, debilitada y en parte perdida. Por otra parte, es tarea de la Santa Sede, en el seno de la comunidad internacional, ser una voz profética y una llamada a la conciencia.

En la vigilia de la Navidad de 1944, Pío XII pronunció un célebre *Radiomensaje a los pueblos de todo el mundo*. La segunda guerra mundial se acercaba a su fin, después de más de cinco años de conflicto, y la humanidad —decía el Pontífice— sentía «una voluntad cada día más clara y firme surge en una falange, cada vez mayor, de nobles espíritus: hacer de esta guerra mundial, de este universal desbarajuste el punto de partida de una era nueva, para la renovación profunda»[1]. Ochenta años después, el empuje de aquella «renovación profunda» parece haberse

---

1. *Radiomensaje "Benignitas et Humanitas" en la víspera de Navidad* (24 de diciembre, 1944).

acabado, y el mundo está siendo atravesado por un creciente número de conflictos que lentamente transforman lo que he definido muchas veces como «tercera guerra mundial a pedazos» en un verdadero y propio conflicto global.

No puedo en esta sede no reafirmar mi preocupación por lo que está sucediendo en Palestina e Israel. Todos nos hemos quedado conmocionados por el ataque terrorista contra la población de Israel del pasado 7 de octubre, en el que fueron heridos, torturados y asesinados de manera atroz tantos inocentes y en que muchos otros fueron tomados como rehenes. Repito mi condena por esa acción y por cualquier forma de terrorismo y extremismo. No es este el modo en el que se pueden resolver las controversias entre los pueblos; es más, las hacen más difíciles, causando sufrimiento a todos. De hecho, lo que provocó fue una fuerte respuesta militar israelí en Gaza que ha traído la muerte de decenas de miles de palestinos, en su mayoría civiles, entre ellos muchos niños, adolescentes y jóvenes, y ha provocado una situación humanitaria gravísima con sufrimientos inimaginables.

Reitero mi llamamiento a todas las partes implicadas para que acuerden un alto el fuego sobre todos los frentes, incluso en el Líbano, y para la inmediata liberación de todos los rehenes en Gaza. Pido que la población palestina reciba las ayudas humanitarias y que los hospitales, las escuelas y los lugares de culto cuenten con toda la protección necesaria.

Confío en que la comunidad internacional promueva con determinación la solución de dos Estados, uno israelí y uno palestino, así como también un estatuto especial internacionalmente garantizado para la ciudad de Jerusalén, de modo que israelíes y palestinos puedan por fin vivir en paz y con seguridad.

El actual conflicto en Gaza desestabiliza ulteriormente una región frágil y cargada de tensiones. En particular, no se ha de olvidar al pueblo sirio, que vive en la inestabilidad económica y política, agravada por el terremoto del pasado mes de febrero. Que la comunidad

internacional anime a las partes implicadas a emprender un diálogo constructivo y serio y a buscar soluciones nuevas para que el pueblo sirio no tenga que seguir sufriendo a causa de las sanciones internacionales. Además, expreso mi sufrimiento por los millones de refugiados sirios que todavía se encuentran en países limítrofes, como Jordania o Líbano.

A este último dirijo un pensamiento particular, expresando preocupación por la situación social y económica en la que está sumida el querido pueblo libanés, con la esperanza de que el estancamiento institucional que lo está postrando todavía más se resuelva y el país de los cedros tenga pronto un presidente.

Continuando con el continente asiático, deseo llamar la atención de la comunidad internacional también sobre Myanmar, pidiendo que se haga todo lo posible para dar esperanza a aquella tierra y un futuro digno a las jóvenes generaciones, sin olvidar la emergencia humanitaria que todavía golpea a los rohinyás.

Junto a estas situaciones complejas, no faltan signos de esperanza, que he podido experimentar durante mi viaje a Mongolia, a cuyas autoridades renuevo mi gratitud por la acogida que me dispensaron. Del mismo modo, deseo agradecer a las autoridades húngaras por la hospitalidad durante mi visita al país el pasado mes de abril. Fue un viaje al corazón de Europa, donde se respiran historia y cultura y donde experimenté el calor de muchas personas, pero también percibí la proximidad de un conflicto que no habríamos imaginado posible en la Europa del siglo XXI.

Por desgracia, tras los casi dos años de guerra a gran escala de la Federación Rusa contra Ucrania, la deseada paz no ha logrado todavía encontrar sitio en las mentes y en los corazones, a pesar de las numerosísimas víctimas y la enorme destrucción. No se puede dejar que se prolongue un conflicto que se va gangrenando cada vez más, en perjuicio de millones de personas, sino que es necesario que se ponga fin a la tragedia en curso a través de las negociaciones, respetando el derecho internacional.

Expreso preocupación también por la tensa situación en el Cáucaso meridional entre Armenia y Azerbaiyán, exhortando a las partes a llegar a la firma de un tratado de paz. Es

urgente encontrar una solución a la dramática situación humanitaria de los habitantes de aquella región, favorecer el regreso de los desplazados a sus hogares de forma legal y segura, así como respetar los lugares de culto de las distintas confesiones religiosas presentes en la zona. Estos pasos podrán contribuir a la creación de un clima de confianza entre los dos países en vista de la tan deseada paz.

Si volvemos ahora nuestra mirada a África, tenemos delante de nuestros ojos el sufrimiento de millones de personas debido a las múltiples crisis humanitarias que afectan a varios países subsaharianos, a causa del terrorismo internacional, de los complejos problemas sociopolíticos, y de los efectos devastadores provocados por el cambio climático, a los que se añaden las consecuencias de los golpes de Estado militares acecidos en algunos países y de determinados procesos electorales caracterizados por la corrupción, la intimidación y la violencia.

Al mismo tiempo, renuevo mi llamada a un serio compromiso por parte de todos los sujetos implicados en la aplicación del Acuerdo de Pretoria de noviembre de 2022, que puso fin a los combates en la región de Tigray, y a la búsqueda de soluciones pacíficas a las tensiones y a las violencias que agobian a Etiopía; así como para el diálogo, la paz y la estabilidad entre los países del Cuerno de África.

Quisiera también recordar los dramáticos acontecimientos en Sudán donde desgraciadamente, después de meses de guerra civil, no se ve todavía una salida; así como las situaciones de los desplazados en Camerún, Mozambique, República Democrática del Congo y Sudán del Sur. Precisamente tuve la alegría de visitar estos dos últimos países al comienzo del pasado año, para llevar una señal de cercanía a sus poblaciones que sufren, aunque en contextos y situaciones distintas. Agradezco de corazón a las autoridades de ambos países por el compromiso organizativo y por la acogida que me dispensaron. El viaje a Sudán del Sur tuvo un carácter ecuménico, pues fui acompañado por el Arzobispo de Canterbuy y por el Moderador de la Asamblea general de la Iglesia de Escocia, como testimonio del compromiso que nuestras comunidades eclesiales comparten por la paz y la reconciliación.

Si bien no hay guerras abiertas en las Américas, existen fuertes tensiones entre algunos países, por ejemplo entre Venezuela y Guayana, mientras que en otros, como Perú, observamos fenómenos de polarización que socavan la armonía social y debilitan las instituciones democráticas.

Sigue siendo preocupante también la situación de Nicaragua; es una crisis que se prolonga desde hace tiempo con dolorosas consecuencias para toda la sociedad nicaragüense, en particular para la Iglesia católica. La Santa Sede no cesa de invitar a un diálogo diplomático respetuoso para el bien de los católicos y de toda la población.

Excelencias, señoras y señores:

Detrás de este cuadro que he querido esbozar brevemente y sin pretensión de ser exhaustivo, se encuentra un mundo cada vez más desgarrado, pero sobre todo se encuentran millones de personas —hombres, mujeres, padres, madres, niños— cuyos rostros nos son, por lo general, desconocidos y que con frecuencia olvidamos.

Por otra parte, las guerras modernas ya no se desarrollan solo en los campos de batalla delimitados ni afectan solamente a los soldados. En un contexto en el que ya no parece observarse una distinción entre los objetivos militares y civiles, no hay conflicto que no termine de algún modo por golpear indiscriminadamente a la población civil. Los sucesos de Ucrania y Gaza son una prueba evidente de esto. No debemos olvidarnos de que las violaciones graves del derecho internacional humanitario son crímenes de guerra, y que no es suficiente con evidenciarlos, sino es necesario prevenirlos. Se requiere, por tanto, un mayor compromiso de la comunidad internacional por la salvaguardia y la implementación del derecho humanitario, que parece ser el único camino para la tutela de la dignidad humana en situaciones de enfrentamiento bélico.

En este comienzo de año resuena con toda su actualidad la exhortación del Concilio Vaticano II, en la *Gaudium et spes*: «Existen sobre la guerra y sus problemas varios tratados internacionales, suscritos por muchas naciones, para que las operaciones militares y sus consecuencias sean menos inhumanas [...]. Hay que cumplir estos tratados; es más, están obligados todos, especialmente las autoridades públicas y los técnicos en estas materias, a procurar cuanto puedan su perfeccionamiento, para que así se consiga mejor y más eficazmente atenuar la crueldad de las guerras».[2] Incluso cuando se trata de ejercer el derecho a la legítima defensa, es esencial atenerse a un uso proporcionado de la fuerza.

Puede que no caigamos en la cuenta de que las víctimas civiles no son «daños colaterales»; son hombres y mujeres con nombres y apellidos que pierden la vida. Son niños que quedan huérfanos y privados de un futuro. Son personas que sufren el hambre, la sed y el frío o que quedan mutiladas a causa de la potencia de las armas modernas. Si fuésemos capaces de mirar a cada uno de ellos a los ojos, de llamarlos por su nombre y de evocar su historia personal, miraríamos la guerra por lo que es: tan solo una inmensa tragedia y «una inútil masacre»[3], que golpea la dignidad de cada persona sobre esta tierra.

Por otra parte, las guerras pueden proseguir gracias a la enorme disponibilidad de armas. Es necesario aplicar una política de desarme, porque es ilusorio pensar que los armamentos tienen un valor disuasorio. Más bien ocurre lo contrario; la disponibilidad de armas incentiva su uso e incrementa su producción. Las armas crean desconfianza y desvían recursos. ¿Cuántas vidas se podrían salvar con los recursos que hoy se destinan a los armamentos? ¿No sería mejor invertir en favor de una verdadera seguridad global? Los desafíos de nuestro tiempo trascienden las fronteras, como demuestran las varias crisis que caracterizan el inicio del siglo: alimentaria, ambiental, económica y sanitaria. En esta sede, reitero la propuesta de constituir un Fondo mundial para eliminar de una vez por todas el hambre[4] y promover un desarrollo sostenible para todo el planeta.

---

2. *Constitución pastoral «Gaudium et spes» sobre la Iglesia en el mundo actual* (7 de diciembre, 1965), 79.
3. Cf. Benedicto XV, *Carta a los jefes de los pueblos beligerantes* (1 de agosto, 1917).
4. Cf. Carta enc. *«Fratelli tutti» sobre la fraternidad y la amistad social* (3 de octubre, 2020), 262.

Entre las amenazas causadas por tales instrumentos de muerte, no puedo dejar de mencionar la que provocan los arsenales nucleares y el desarrollo de artefactos cada vez más sofisticados y destructivos. Reitero una vez más la inmoralidad de fabricar y poseer armas nucleares.
A este respecto, expreso la esperanza de que se puedan retomar lo antes posible las negociaciones para la reanudación del *Plan de Acción Integral Conjunto* mejor conocido como «Acuerdo sobre el programa nuclear de Irán», para garantizar un futuro más seguro para todos.

Sin embargo, para conseguir la paz, no es suficiente eliminar los instrumentos bélicos, es necesario extirpar de raíz las causas de las guerras; la primera de todas es el hambre, una plaga que golpea todavía hoy zonas enteras de la tierra, mientras que en otras se verifica un considerable desperdicio de alimentos. Está además la explotación de los recursos naturales, que enriquece a unos pocos, dejando en la miseria y en la pobreza a poblaciones enteras, que serían las beneficiarias naturales de esos recursos. A esta causa se puede conectar en cierto modo la explotación de las personas, obligadas a trabajar mal pagadas y sin perspectivas reales de un crecimiento profesional.

Entre las causas de conflicto están también las catástrofes naturales y ambientales. Ciertamente hay desastres que la mano del hombre no puede controlar. Pienso en los recientes terremotos en Marruecos y China, que han causados centenares de víctimas, como también al que ha golpeado duramente a Turquía y parte de Siria, dejando tras de sí una tremenda estela de muerte y destrucción. Pienso también en el aluvión que golpeó a Derna en Libia, destruyendo de hecho la ciudad, también a causa del derrumbe simultáneo de dos presas.

Hay, sin embargo, desastres que también son atribuibles a la acción o la negligencia humanas y que contribuyen gravemente a la actual crisis climática, como la deforestación de la Amazonia, que es el *pulmón verde* de la tierra.

La crisis climática y medioambiental ha sido el tema de la XXVIII Conferencia de los Estados Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP28), celebrada en Dubái el mes pasado, a la que lamento no haber podido asistir personalmente. Esa comenzó coincidiendo con el anuncio de la Organización Meteorológica Mundial de que 2023 fue el año más caluroso jamás registrado, en comparación con los 174 años anteriores. La crisis climática exige una respuesta cada vez más urgente y requiere la plena implicación de todos, así como de toda la comunidad internacional.[5]

5. Cf. Exhort. ap. *Laudate Deum* (4 de octubre, 2023).

La adopción del documento final en la COP28 representa un paso estimulante y revela que, frente a las múltiples crisis que estamos viviendo, existe la posibilidad de revitalizar el multilateralismo a través de la gestión de la cuestión climática global, en un mundo en el que los problemas medioambientales, sociales y políticos están estrechamente entrelazados. En la COP28 ha quedado claro que la década actual es la decisiva para hacer frente al cambio climático. El cuidado de la creación y la paz «son los problemas más acuciantes y están interrelacionados».[6] Espero, por tanto, que lo acordado en Dubái conduzca a «una aceleración decisiva hacia la transición ecológica, por medio de formas que [...] se realicen en cuatro campos: la eficiencia energética, las fuentes renovables, la eliminación de los combustibles fósiles y la educación a estilos de vida menos dependientes de estos últimos».[7]

Las guerras, la pobreza, el abuso de nuestra casa común y la continua explotación de sus recursos, que están en el origen de los desastres naturales, son también causas que empujan a miles de personas a abandonar su patria en busca de un futuro de paz y seguridad. En su viaje ponen en riesgo sus vidas debido a rutas peligrosas, como en el desierto del Sahara, en la selva del Darién, en la frontera entre Colombia y Panamá; en Centroamérica, en el norte de México, frontera con Estados Unidos y, sobre todo, en el mar Mediterráneo.

Lamentablemente, esta última ruta se ha convertido en un gran cementerio en la última década, con tragedias que se siguen produciendo, también a causa de traficantes de seres humanos sin escrúpulos. Entre las numerosas víctimas, no lo olvidemos, hay muchos menores no acompañados.

El Mediterráneo debería ser más bien un laboratorio de paz, un «lugar donde países y realidades diferentes se encuentren sobre la base de la común humanidad que todos compartimos»,[8] como he podido señalar en Marsella, durante mi viaje —por el que doy las gracias a los organizadores y a las autoridades francesas, con ocasión de los *Rencontres Méditerranéennes*—. Ante esta ingente tragedia fácilmente acabamos

6. *Discurso a la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático*, Dubái (2 de diciembre, 2023).
7. *Ibíd.*
8. *Discurso para la Sesión conclusiva de los "Encuentros del Mediterráneo"*, Marsella (23 de septiembre, 2023).

cerrando nuestros corazones, atrincherándonos tras el miedo a una «invasión». Olvidamos fácilmente que se trata de personas con rostros y nombres y pasamos por alto la vocación del *Mare Nostrum*, que es la de ser un lugar de encuentro y enriquecimiento mutuo entre personas, pueblos y culturas. Esto no quita que la migración tenga que ser reglamentada para acoger, promover, acompañar e integrar a los migrantes, en el respeto a la cultura, la sensibilidad y la seguridad de las poblaciones que se encargan de la acogida y la integración. Por otra parte, también es necesario recordar el derecho a poder permanecer en la propia patria y la consiguiente necesidad de crear las condiciones para que ese derecho se pueda realmente poner en práctica.

Ante este reto, ningún país puede quedarse solo y ninguno puede pensar en abordar la cuestión de forma aislada mediante una legislación más restrictiva y represiva, aprobada a veces bajo la presión del miedo o en busca de un consenso electoral. Por ello, acojo con satisfacción el compromiso de la Unión Europea de buscar una solución común mediante la adopción del nuevo Pacto sobre la Migración y el Asilo, aunque señalando algunas de sus limitaciones, especialmente en lo que se refiere al reconocimiento del derecho de asilo y al peligro de detención arbitraria.

Queridos embajadores:

El camino hacia la paz exige el respeto de la vida, de toda vida humana, empezando por la del niño no nacido en el seno materno, que no puede ser suprimida ni convertirse en un producto comercial. En este sentido, considero deplorable la práctica de la llamada maternidad subrogada, que ofende gravemente la dignidad de la mujer y del niño; y se basa en la explotación de la situación de necesidad material de la madre. Un hijo es siempre un don y nunca el objeto de un contrato. Por ello, hago un llamamiento para que la comunidad internacional se comprometa a prohibir universalmente esta práctica. En cada momento de su existencia, la vida humana debe ser preservada y tutelada, aunque constato, con pesar,

especialmente en Occidente, la persistente difusión de una cultura de la muerte que, en nombre de una falsa compasión, descarta a los niños, los ancianos y los enfermos.

El camino hacia la paz exige el respeto de los derechos humanos, según la sencilla, pero clara, formulación contenida en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, cuyo 75.° aniversario hemos celebrado recientemente. Se trata de principios racionalmente evidentes y comúnmente aceptados. Desgraciadamente, los intentos que se han producido en las últimas décadas de introducir nuevos derechos, no del todo compatibles respecto a los definidos originalmente y no siempre aceptables, han dado lugar a colonizaciones ideológicas, entre las que ocupa un lugar central la teoría de género, que es extremadamente peligrosa porque borra las diferencias en su pretensión de igualar a todos. Tales colonizaciones ideológicas provocan heridas y divisiones entre los Estados, en lugar de favorecer la construcción de la paz.

El diálogo, por su parte, debe ser el alma de la comunidad internacional. La situación actual se debe también al debilitamiento de las estructuras de la diplomacia multilateral que surgieron tras la Segunda Guerra Mundial. Esos organismos que fueron creados para fomentar la seguridad, la paz y la cooperación ya no logran reunir a todos sus miembros en torno a una misma mesa. Existe el riesgo de una *monadología* y de la fragmentación en clubes que solo admiten a los Estados considerados ideológicamente afines. Incluso aquellos organismos, hasta ahora eficaces, centrados en el bien común y en cuestiones técnicas, corren el riesgo de paralizarse debido a polarizaciones ideológicas al ser instrumentalizados por algunos Estados.

Para relanzar un compromiso común al servicio de la paz, es necesario recuperar las raíces, el espíritu y los valores que dieron origen a esos organismos, teniendo en cuenta al mismo tiempo el nuevo contexto y prestando la debida atención a quienes no se sienten adecuadamente representados por las estructuras de las organizaciones internacionales.

Por supuesto, el diálogo requiere paciencia, perseverancia y capacidad de escucha; sin embargo, cuando se hace un intento sincero de poner fin a la discordia, pueden lograrse resultados significativos. Pienso, por ejemplo, en el Acuerdo de Belfast, conocido también como Acuerdo del Viernes Santo, firmado por los gobiernos británico e irlandés, cuyo 25.° aniversario se conmemoró el año pasado. Ese poner fin a treinta años de conflicto violento puede tomarse como ejemplo para incitar y estimular a las autoridades a creer en los procesos de paz, a pesar de las dificultades y sacrificios que exigen.

El camino hacia la paz pasa por el diálogo político y social, pues es la base de la convivencia civil en una comunidad política moderna. En el

año 2024 se convocarán elecciones en muchos Estados. Las elecciones son un momento fundamental en la vida de un país, pues permiten a todos los ciudadanos elegir responsablemente a sus gobernantes. Las palabras de Pío XII resuenan hoy más que nunca: «Manifestar su parecer sobre los deberes y los sacrificios que se le imponen; no verse obligado a obedecer sin haber sido oído: he ahí dos derechos del ciudadano que encuentran en la democracia, como lo indica su mismo nombre, su expresión. Por la solidez, armonía y buenos frutos de este contacto entre los ciudadanos y el gobierno del Estado se puede reconocer si una democracia es verdaderamente sana y equilibrada, y cual es su fuerza de vida y de desarrollo».[9]

Por ello, es importante que los ciudadanos, especialmente las generaciones más jóvenes que serán llamadas a las urnas por primera vez, sientan que es su principal responsabilidad contribuir a la construcción del bien común, mediante la participación libre e informada en las votaciones. Por otra parte, la política debe entenderse siempre no como la apropiación del poder, sino como la «forma más elevada de caridad»[10] y, por tanto, de servicio al prójimo dentro de una comunidad local y nacional.

El camino hacia la paz pasa también por el diálogo interreligioso, que exige ante todo la protección de la libertad religiosa y el respeto de las minorías. Nos duele, por ejemplo, constatar que cada vez más países adoptan modelos de control centralizado de la libertad religiosa, con el uso masivo de la tecnología. En otros lugares, las comunidades religiosas minoritarias se encuentran a menudo en una situación cada vez más dramática. En algunos casos corren peligro de extinción, debido a una combinación de acciones terroristas, atentados contra el patrimonio cultural y medidas más solapadas, como la proliferación de leyes anticonversión, la manipulación de las normas electorales y las restricciones financieras.

Particularmente preocupante es el aumento de actos de antisemitismo que se han verificado en los últimos meses; y quiero reiterar una vez más que esta lacra debe ser erradicada de la sociedad, sobre todo con la educación en la fraternidad y la aceptación del otro.

Es igualmente preocupante el aumento de la persecución y discriminación contra los cristianos, sobre todo en la última década. No pocas veces se trata, aunque sea de manera incruenta, pero de forma socialmente relevante, de esos fenómenos de lenta marginación y exclusión de la vida política y social, y del

9. *Radiomensaje "Benignitas et Humanitas" en la víspera de Navidad*, (24 de diciembre, 1944).
10. Pío XI, *Udienza ai dirigenti della Federazione Universitaria Cattolica* (18 de diciembre, 1927).

ejercicio de ciertas profesiones que se dan incluso en tierras tradicionalmente cristianas. En total, más de 360 millones de cristianos en todo el mundo sufren un alto grado de persecución y discriminación a causa de su fe, y son cada vez más aquellos que se ven obligados a huir de sus países de origen.

Por último, el camino hacia la paz pasa por la educación que es la principal inversión en el futuro y en las jóvenes generaciones. Aún guardo vivos recuerdos de la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Portugal, el pasado mes de agosto. Al tiempo que agradezco una vez más a las autoridades portuguesas, tanto civiles como religiosas, sus esfuerzos para organizarla, conservo en mi corazón el encuentro con más de un millón de jóvenes, procedentes de todo el mundo, llenos de entusiasmo y de ganas de vivir. Su presencia fue un gran himno a la paz y un testimonio de que «la unidad es superior al conflicto»[11] y que es «posible desarrollar una comunión en las diferencias».[12]

En los tiempos modernos, parte del reto educativo se refiere al uso ético de las nuevas tecnologías. Estas pueden convertirse fácilmente en instrumentos de división o de difusión de mentiras, como las llamadas *fake news*; pero también son un medio de encuentro, de intercambio mutuo y un importante vehículo para la paz. «Los notables progresos de las nuevas tecnologías de la información, especialmente en la esfera digital, presentan, por tanto, interesantes oportunidades y graves riesgos, con serias implicaciones para la búsqueda de la justicia y de la armonía entre los pueblos».[13] Por eso, me ha parecido importante dedicar el Mensaje anual de la Jornada Mundial de la Paz a la inteligencia artificial, que es uno de los retos más importantes de los próximos años.

Es esencial que el desarrollo tecnológico se lleve a cabo de manera ética y responsable, preservando la centralidad de la persona humana, cuya contribución no puede ser ni será nunca sustituida por un algoritmo o una máquina. «La dignidad intrínseca de cada persona y la fraternidad que nos une como miembros de la única familia humana deben sustentar el desarrollo de las nuevas tecnologías y servir de criterios incuestionables para evaluarlas antes de su uso, de modo que el progreso digital pueda tener lugar respetando la justicia y contribuyendo a la causa de la paz».[14]

---

11. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 228, 215: AAS 105 (2013), 1113.
12. *Ibíd.*
13. *Mensaje para la LVII Jornada Mundial de la Paz* (8 de diciembre, 2024), 1.
14. *Ibíd.*, 2.

Se impone, pues, una atenta reflexión a todos los niveles, nacional e internacional, político y social, para que el desarrollo de la inteligencia artificial permanezca al servicio del hombre, fomentando y no obstaculizando —sobre todo en los jóvenes— las relaciones interpersonales, un sano espíritu de fraternidad y un pensamiento crítico capaz de discernimiento.

En esta perspectiva, adquieren especial relevancia las dos Conferencias Diplomáticas de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual, que tendrán lugar en 2024 y en las que la Santa Sede participará como Estado miembro. Para la Santa Sede, la propiedad intelectual está orientada fundamentalmente a la promoción del bien común y no puede desvincularse de las limitaciones éticas pues ello conduciría a situaciones de injusticia y de explotación indebida. También debe prestarse especial atención a la protección del patrimonio genético humano, impidiendo que se realicen prácticas contrarias a la dignidad humana, como la patentabilidad de material biológico humano y la clonación de seres humanos.

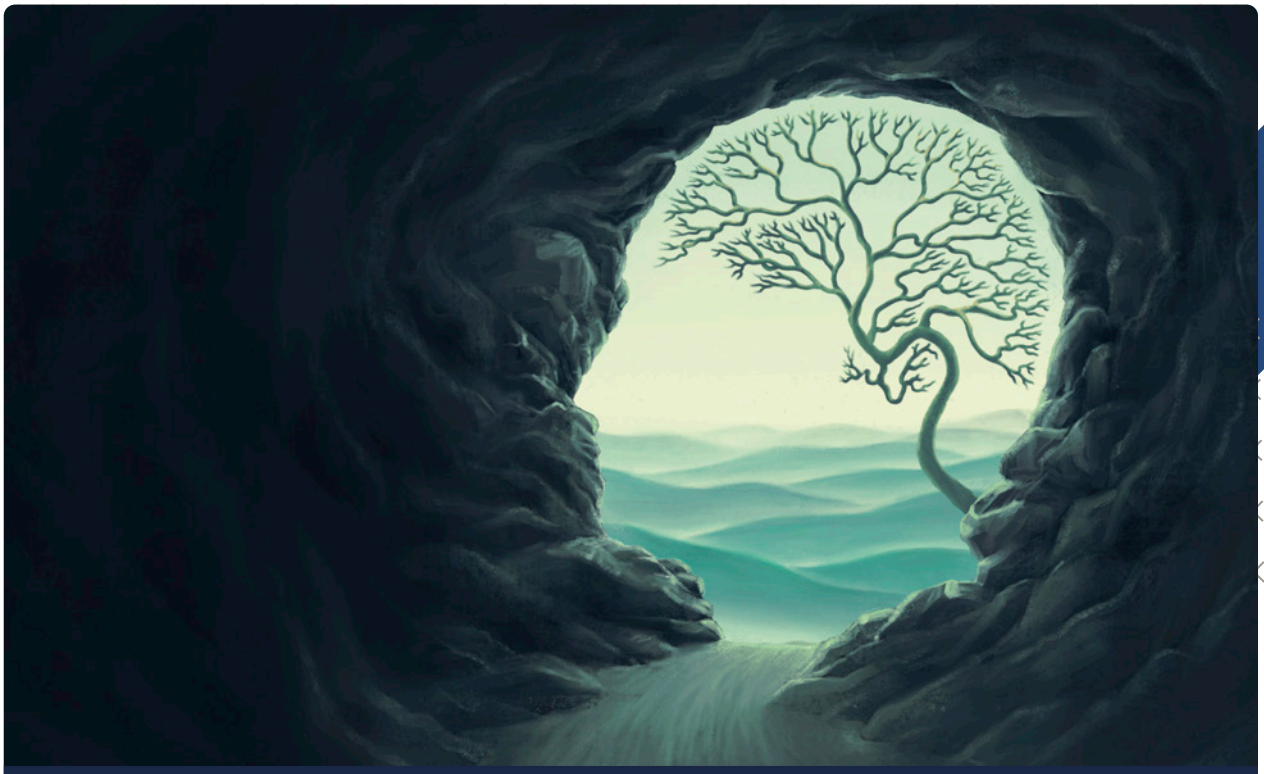
Excelencias, señoras y señores:

En este año la Iglesia se prepara para el Jubileo que comenzará la próxima Navidad. Agradezco en particular a las autoridades italianas, tanto nacionales como locales, los esfuerzos que están realizando para preparar la ciudad de Roma a fin de acoger a numerosos peregrinos y permitirles sacar frutos espirituales del camino jubilar.

Quizá hoy más que nunca necesitemos el Año jubilar. Frente a tantos sufrimientos, que provocan desesperación no solo en las personas directamente afectadas, sino en todas nuestras sociedades, frente a nuestros jóvenes, que en lugar de soñar con un futuro mejor a menudo se sienten impotentes y frustrados; y frente a los nubarrones que, en lugar de retroceder, parecen cernirse sobre el mundo, el Jubileo es el anuncio de que Dios nunca abandona a su pueblo y siempre mantiene abiertas las puertas de su Reino. En la tradición judeocristiana, el Jubileo es un tiempo de gracia en el que se experimenta la misericordia de Dios y el don de su paz. Es un tiempo de justicia en el que los pecados son perdonados, la reconciliación supera la injusticia y la tierra reposa. Puede ser para todos —cristianos y no cristianos— el tiempo en que se rompan las espadas y de ellas se hagan los arados; el tiempo en que una nación ya no levante la espada contra otra, ni se aprenda el arte de la guerra (Cf. *Is* 2, 4).

Este es mi más sincero deseo, queridos hermanos y hermanas, el deseo que expreso de todo corazón a cada uno de ustedes, queridos embajadores, a sus familias, a sus colaboradores y a los pueblos que ustedes representan.

¡Gracias y Feliz Año Nuevo a todos!



9. INTELIGENCIA ARTIFICIAL E INTELIGENCIA ESPIRITUAL

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LA DELEGACIÓN DE LA FEDERACIÓN INTERNACIONAL DE LAS UNIVERSIDADES CATÓLICAS

19 DE ENERO DE 2024

¡Eminencias y excelencias!
¡Queridos hermanos y hermanas!:

Tendría que leerles un largo discurso, pero siento cierta dificultad para respirar. Como ven, este resfriado todavía no se va. Por eso, me tomo la libertad de entregarles el texto para que ustedes mismos lo lean. Quisiera darles las gracias por este encuentro, por el bien que hacen las universidades, nuestras universidades católicas: sembrar la ciencia, la Palabra de Dios y el verdadero humanismo. Se los agradezco mucho. Y no se cansen de seguir adelante, siempre adelante con la misión tan hermosa de las universidades católicas. Lo que les da identidad no es la mera confesión católica —que es solo un aspecto, pero no el único—, es quizá ese humanismo auténtico, el humanismo que hace comprender que el hombre tiene valores y que estos deben respetarse. Pienso que esto es lo más hermoso y lo más grande de vuestras universidades. Muchas gracias.

Discurso entregado

Me complace unirme a la celebración del centenario de la Federación Internacional de las Universidades Católicas (FIUC). ¡Cien años de camino ciertamente son un buen motivo de tanta gratitud! Saludo y agradezco al cardenal José Tolentino de Mendonça y a la profesora Gil, presidente de la Federación.

Fue Pío XI quien, en 1924, dio su beneplácito a la primera asociación de dieciocho universidades católicas. Y un decreto, muy posterior, de la entonces Congregación de los Seminarios y de las Universidades de los Estudios refiere que —cito— «se asociaron con la intención de que los rectores de las mismas, [...] con mayor frecuencia, trataran juntos los asuntos [...] que se deben promover de manera conjunta en favor de su objetivo más alto» (29 de junio de 1948). Veinticinco años después, el venerable Pío XII instituyó la Federación de las Universidades Católicas.

De estas «raíces» emergen dos aspectos que quisiera destacar: el primero es la exhortación a *trabajar en red*. Hoy existen en el mundo casi dos mil universidades católicas. Imaginemos el potencial que podría desarrollar una colaboración aún más eficaz y operativa, fortaleciendo el sistema universitario católico. En un tiempo de gran fragmentación, debemos tener la audacia de ir contracorriente, globalizando la esperanza, la unidad y la concordia, en vez de la indiferencia, de las polarizaciones y de los conflictos. El segundo aspecto es el hecho de que la Federación —como escribe Pío XII— fue instituida «después de una terrible guerra», como instrumento que contribuyese a «conciliar y confirmar la paz y la caridad entre los hombres» (Carta Ap. *Catholicas studiorum Universitates*, 27 de julio de 1949). Desgraciadamente, este centenario lo celebramos aún en medio de un escenario de guerra, la tercera guerra mundial a pedazos. Por eso, es esencial que las universidades católicas sean protagonistas en la construcción de la cultura de la paz, en sus múltiples dimensiones que se tienen que afrontar de modo interdisciplinar.

En la carta magna de las universidades católicas, la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, san Juan Pablo II comenzó con la sorprendente afirmación de que la universidad católica nace «del corazón de la Iglesia» (n. 1). Quizá hubiese sido más lógico que dijera que surge de la inteligencia cristiana, pero el

Pontífice da la prioridad al corazón: *ex corde Ecclesiae*. En efecto, la universidad católica, siendo «uno de los mejores instrumentos que la Iglesia ofrece a nuestra época» (*ibíd*., 10), no puede más que ser expresión de aquel amor que anima cada acción de la Iglesia, es decir, el amor de Dios por la persona humana.

En un tiempo en el cual incluso la educación está volviéndose un negocio, y grandes fondos financieros sin rostro invierten en las escuelas y en las universidades como si fuese la Bolsa de valores, las instituciones de la Iglesia deben demostrar que tienen una naturaleza diferente y que se mueven de acuerdo con otra lógica. Un proyecto educativo no se basa solo en un programa perfecto ni en un equipamiento eficiente, ni en una buena gestión corporativa. En la universidad debe palpitar una pasión más grande, se debe notar una búsqueda común de la verdad, un horizonte de sentido, y todo esto vivido en una comunidad de conocimiento donde la generosidad del amor, por así decirlo, es palpable.

La filósofa Hanah Arendt, que ha profundizado en el estudio del concepto de amor en san Agustín, subraya que aquel gran maestro describía el amor con la palabra *appetitus*, entendida como inclinación, deseo, tensión-hacia. Por esto les digo: ¡no pierdan el apetito! ¡Mantengan la intensidad del primer amor! Que las universidades católicas no sustituyan el deseo con el funcionalismo o la burocracia. No es suficiente conceder títulos académicos, es necesario despertar y custodiar en cada persona el deseo de ser. No basta diseñar carreras competitivas, se debe promover el descubrimiento de vocaciones fecundas, inspirar caminos de vida auténtica e integrar la aportación de cada uno dentro de las dinámicas creativas de la comunidad. Es verdad que se debe pensar en la inteligencia artificial, pero también en aquella espiritual, sin la cual el hombre permanece un extraño para sí mismo. La universidad es un recurso tan indispensable como para vivir solamente «al compás de los tiempos» y aplazar la responsabilidad que representan las grandes necesidades humanas y los sueños de la juventud.

Me gusta recordar una fábula narrada por el escritor Franz Kafka, fallecido hace cien años. El protagonista es un ratoncito que tiene miedo de lo vasto del mundo y busca una protección cómoda entre dos paredes, una a la izquierda y otra a la derecha. Sin embargo, en un momento dado cae en la cuenta de que empieza a acortarse la distancia entre estas y se encuentra en peligro de ser aplastado. Es entonces cuando inicia a correr, pero alcanza a ver que en el fondo le espera una trampa para ratones. En ese

momento escucha la voz del gato que le dice: «No debes hacer otra cosa que cambiar de dirección». En su desesperación, le hace caso al gato, que termina por comérselo.

No podemos confiar la gestión de nuestras universidades al miedo; desafortunadamente esto sucede más frecuentemente de lo que se piensa. La tentación de encerrarse detrás de las paredes, en una burbuja social de seguridad, evitando los riesgos y desafíos culturales y dando la espalda a la complejidad de la realidad puede parecer el camino más fiable. Pero, ¡esta es una mera ilusión! Porque el miedo devora el alma. No rodeen jamás la universidad con los muros del miedo. No permitan que una universidad católica se limite a replicar los muros típicos de la sociedad en la que vivimos: aquellos de la desigualdad, de la deshumanización, de la intolerancia y de la indiferencia, de tantos modelos que miran a reforzar el individualismo y no invierten en la fraternidad.

Una universidad que se protege dentro de los muros del miedo puede tal vez alcanzar un nivel de prestigio, reconocimiento y apreciación, ocupando los primeros lugares en la clasificación de producción académica. Pero, como decía el pensador Miguel de Unamuno, «¡Saber por saber! [...] Eso es inhumano». Debemos preguntarnos siempre: ¿para qué sirve nuestra ciencia? ¿Qué potencial transformador tiene el conocimiento que producimos? ¿A qué y a quién servimos? La neutralidad es una ilusión. Por ello, una universidad católica tiene que tomar decisiones, y estas deben ser un reflejo del Evangelio. Debe tomar una postura y demostrarlo con sus acciones de un modo trasparente, «mancharse las manos» evangélicamente en la transformación del mundo y al servicio de la persona humana.

Frente a una asamblea tan cualificada, formada por grandes cancilleres, rectores y otras autoridades académicas quisiera agradecerles lo que ya están haciendo las universidades católicas. Cuánto esfuerzo e innovación, cuánta inteligencia y estudio ponen en aquella que es la triple misión de la universidad, ¡enseñar, investigar y retribuir a la comunidad! Sí, quiero agradecerles de verdad. Pero, además, quisiera pedirles su ayuda. Sí, les pido que ayuden a la Iglesia, en este momento histórico, a iluminar las más profundas aspiraciones humanas con las razones de la inteligencia y las «razones de la esperanza» (cf. 1 *P* 3, 15), que ayuden a la Iglesia a dialogar sin miedo sobre los grandes planteamientos contemporáneos. Ayúdennos a traducir culturalmente, con un lenguaje abierto a las nuevas generaciones y a los nuevos tiempos, la riqueza de la inspiración cristiana, a identificar las nuevas fronteras del pensamiento, de la ciencia y de la técnica y a asumirlas con equilibrio y sabiduría. Ayúdennos a construir alianzas intergeneracionales e interculturales en favor del cuidado de la casa común, de una visión de ecología integral que dé una efectiva respuesta al grito de la tierra y al grito de los pobres.

Queridos amigos de la FIUC, en muchas capillas de vuestras universidades se puede encontrar una imagen de nuestra Señora *Sedes Sapientiae*. Los invito a contemplarla con ternura y a fijar en ella su mirada. ¿Cuál es el secreto de nuestra Señora de la Sabiduría? Es llevar a Jesús, que es la Sabiduría de Dios y que nos ofrece los criterios para construir toda sabiduría. Fijen su mirada en el corazón de María, que ella los acompañe a ustedes, a sus comunidades académicas y a sus proyectos. Los bendigo de corazón, y, por favor, no se olviden de rezar por mí.

10. INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y SABIDURÍA DEL CORAZÓN

PARA UNA COMUNICACIÓN PLENAMENTE HUMANA

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA 58.ª JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

24 DE ENERO DE 2024

Queridos hermanos y hermanas:

La evolución de los sistemas de la así llamada «inteligencia artificial», sobre la que ya reflexioné en mi reciente *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, también está modificando radicalmente la información y la comunicación y, a través de ellas, algunos de los fundamentos de la convivencia civil. Es un cambio que afecta a todos, no solo a los profesionales. La difusión acelerada de sorprendentes inventos, cuyo funcionamiento y potencial son indescifrables para la mayoría de nosotros, suscita un asombro que oscila entre el entusiasmo y la desorientación, y nos coloca inevitablemente frente a preguntas fundamentales: ¿qué es pues el hombre? ¿Cuál es su especificidad y cuál será el futuro de esta especie nuestra llamada *homo sapiens*, en la era de las inteligencias artificiales? ¿Cómo podemos seguir siendo plenamente humanos y orientar hacia el bien el cambio cultural en curso?

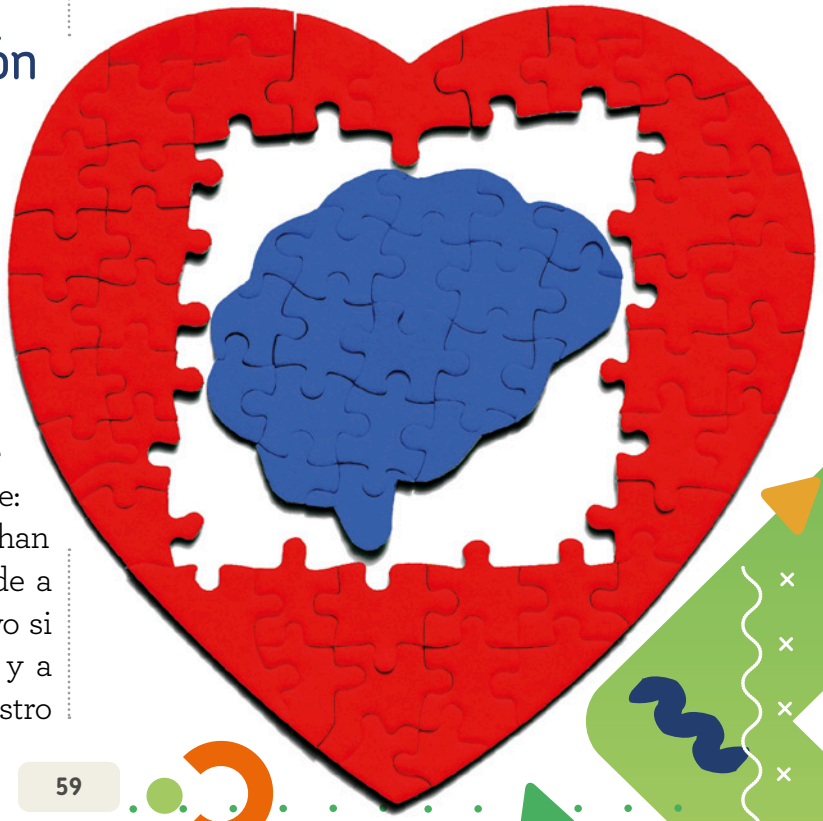
Comenzando desde el corazón

Ante todo, conviene despejar el terreno de lecturas catastrofistas y de sus efectos paralizantes. Hace un siglo, Romano Guardini, reflexionando sobre la tecnología y el hombre, instaba a no ponerse rígidos ante lo «nuevo» intentando «conservar un mundo de infinita belleza que está a punto de desaparecer». Sin embargo, al mismo tiempo de manera encarecida advertía proféticamente: «Nuestro puesto está en el porvenir. Todos han de buscar posiciones allí donde corresponde a cada uno [...], podremos realizar este objetivo si cooperamos noblemente en esta empresa; y a la vez, permaneciendo, en el fondo de nuestro corazón incorruptible, sensibles al dolor que produce la destrucción y el proceder inhumano que se contiene en este mundo nuevo». Y concluía: «Es cierto que se trata de problemas técnicos, científicos y políticos; pero es preciso resolverlos planteándolos desde el punto de vista humano. Es preciso que brote una nueva humanidad de profunda espiritualidad, de una libertad y una vida interior nuevas».[1]

En esta época que corre el riesgo de ser rica en tecnología y pobre en humanidad, nuestra reflexión solo puede partir del corazón humano.[2] Solo dotándonos de una mirada espiritual, solo recuperando una sabiduría del corazón, podremos leer e interpretar la novedad de nuestro tiempo y redescubrir el camino de una comunicación plenamente humana.

---

1. *Cartas del Lago de Como* , Pamplona 2013, 101-104.
2 En continuidad con los Mensajes de las anteriores Jornadas Mundiales de las Comunicaciones Sociales, dedicadas a encontrar *a las personas donde están y como son* (2021), *escuchar con los oídos del corazón* (2022) y *hablar con el corazón* (2023).



El corazón, bíblicamente entendido como la sede de la libertad y de las decisiones más importantes de la vida, es símbolo de integridad, de unidad, a la vez que evoca afectos, deseos, sueños, y es sobre todo el lugar interior del encuentro con Dios. La sabiduría del corazón es, pues, esa virtud que nos permite entrelazar el todo y las partes, las decisiones y sus consecuencias, las capacidades y las fragilidades, el pasado y el futuro, el yo y el nosotros.

Esta sabiduría del corazón se deja encontrar por quien la busca y se deja ver por quien la ama; se anticipa a quien la desea y va en busca de quien es digno de ella (cf. *Sab* 6, 12-16). Está con los que se dejan aconsejar (cf. *Prov* 13, 10), con los que tienen el corazón dócil y escuchan (cf. 1 *Re* 3, 9). Es un don del Espíritu Santo, que permite ver las cosas con los ojos de Dios, comprender los vínculos, las situaciones, los acontecimientos y descubrir su sentido. Sin esta sabiduría, la existencia se vuelve insípida, porque es precisamente la sabiduría —cuya raíz latina *sapere* se relaciona con el sabor— la que da gusto a la vida.

Oportunidad y peligro

No podemos esperar esta sabiduría de las máquinas. Aunque el término *inteligencia artificial* ha suplantado al más correcto utilizado en la literatura científica, *machine learning*, el uso mismo de la palabra «inteligencia» es engañoso. Sin duda, las máquinas poseen una capacidad inconmensurablemente mayor que los humanos para almacenar datos y correlacionarlos entre sí, pero corresponde al hombre, y solo a él, descifrar su significado. No se trata, pues, de exigir que las máquinas parezcan humanas, sino más bien de despertar al hombre de la hipnosis en la que ha caído debido a su delirio de omnipotencia, creyéndose un sujeto totalmente autónomo y autorreferencial, separado de todo vínculo social y ajeno a su creaturalidad.

En efecto, el hombre siempre ha experimentado que no puede bastarse a sí mismo e intenta superar su vulnerabilidad utilizando cualquier medio. Empezando por los primeros artefactos prehistóricos, utilizados como prolongación de los brazos, pasando por los medios de comunicación empleados como prolongación de la palabra, hemos llegado hoy a las máquinas más sofisticadas que actúan como ayuda del pensamiento. Sin embargo, cada una de estas realidades puede estar contaminada por la tentación original de llegar a ser *como* Dios *sin* Dios (cf. *Gn* 3), es decir, de querer conquistar por las propias fuerzas lo que, en cambio, debería acogerse como un don de Dios y vivirse en la relación con los demás.

Según la orientación del corazón, todo lo que está en manos del hombre se convierte en una oportunidad o en un peligro. Su propio

cuerpo, creado para ser un lugar de comunicación y comunión, puede convertirse en un medio de agresión. Del mismo modo, toda extensión técnica del hombre puede ser un instrumento de servicio amoroso o de dominación hostil. Los sistemas de inteligencia artificial pueden contribuir al proceso de liberación de la ignorancia y facilitar el intercambio de información entre pueblos y generaciones diferentes. Pueden, por ejemplo, hacer accesible y comprensible una enorme riqueza de conocimientos escritos en épocas pasadas o hacer que las personas se comuniquen en lenguas que no conocen. Pero al mismo tiempo pueden ser instrumentos de «contaminación cognitiva», de alteración de la realidad a través de narrativas parcial o totalmente falsas que se creen —y se comparten— como si fueran verdaderas. Baste pensar en el problema de la desinformación al que nos enfrentamos desde hace años en forma de *fake news*[3] y que hoy se sirve de *deepfakes*, es decir, de la creación y difusión de imágenes que parecen perfectamente verosímiles, pero que son falsas (también yo he sido objeto de ello), o de mensajes de audio que utilizan la voz de una persona para decir cosas que nunca ha dicho. La simulación, que está en la base de estos programas, puede ser útil en algunos campos específicos, pero se vuelve perversa cuando distorsiona la relación con los demás y la realidad.

Ya desde la primera ola de la inteligencia artificial, la de los medios sociales, hemos comprendido su ambivalencia, dándonos cuenta tanto de sus potencialidades como de sus riesgos y patologías. El segundo nivel de inteligencia artificial generativa marca un salto cualitativo indiscutible. Por lo tanto, es importante tener la capacidad de entender, comprender y regular herramientas que en manos equivocadas podrían abrir escenarios adversos. Como todo lo que ha salido de la mente y de las manos del hombre, los algoritmos. Por ello, es necesario actuar preventivamente, proponiendo modelos de regulación ética para frenar las implicaciones nocivas y discriminatorias, socialmente injustas, de los sistemas de inteligencia artificial y contrarrestar su uso en la reducción del pluralismo, la polarización de la opinión pública o la construcción de un pensamiento único. Así pues, renuevo mi llamamiento exhortando a «la comunidad de las naciones a trabajar unida para adoptar un tratado internacional vinculante, que regule el desarrollo y el uso de la inteligencia artificial en sus múltiples formas».[4] Sin embargo, como en cualquier ámbito humano, la sola reglamentación no es suficiente.

---

3. *"La verdad os hará libres"* (*Jn* 8, 32). *Fake news* y periodismo de paz. *Mensaje de la 52.ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 2018.
4. *Mensaje para la Celebración de la 57.ª Jornada Mundial de la Paz* (1 de enero, 2024), 8.

Crecer en humanidad

Estamos llamados a crecer juntos, en humanidad y como humanidad. El reto que tenemos ante nosotros es dar un salto cualitativo para estar a la altura de una sociedad compleja, multiétnica, pluralista, multirreligiosa y multicultural. Nos corresponde cuestionarnos sobre el desarrollo teórico y el uso práctico de estos nuevos instrumentos de comunicación y conocimiento. Grandes posibilidades de bien acompañan al riesgo de que todo se transforme en un cálculo abstracto, que reduzca las personas a meros datos, el pensamiento a un esquema, la experiencia a un caso, el bien a un beneficio, y sobre todo que acabemos negando la unicidad de cada persona y de su historia, disolviendo la concreción de la realidad en una serie de estadísticas.

La revolución digital puede hacernos más libres, pero no ciertamente si nos dejamos atrapar por los fenómenos mediáticos hoy conocidos como *cámara de eco*. En tales casos, en lugar de aumentar el pluralismo de la información, corremos el riesgo de perdernos en un pantano desconocido, al servicio de los intereses del mercado o del poder. Es inaceptable que el uso de la inteligencia artificial conduzca a un pensamiento anónimo, a un ensamblaje de datos no certificados, a una negligencia colectiva de responsabilidad editorial. La representación de la realidad en *macrodatos*, por muy funcional que sea para la gestión de las máquinas, implica de hecho una pérdida sustancial de la verdad de las cosas, que dificulta la comunicación interpersonal y amenaza con dañar nuestra propia humanidad. La información no puede separarse de la relación existencial: implica el cuerpo, el estar en la realidad; exige poner en relación no solo datos, sino también las experiencias; exige el rostro, la mirada y la compasión más que el intercambio.

Pienso en los reportajes de las guerras y en la «guerra paralela» que se hace mediante campañas de desinformación. Y pienso en cuántos reporteros resultan heridos o mueren sobre el terreno para permitirnos ver lo que han visto sus ojos. Porque solo tocando el sufrimiento de niños, mujeres y hombres podemos comprender lo absurdo de las guerras.

El uso de la inteligencia artificial podrá contribuir positivamente en el campo de la comunicación si no anula el papel del periodismo sobre el terreno, sino que, por el contrario, lo respalda; si aumenta la profesionalidad de la comunicación, responsabilizando a cada comunicador; si devuelve a cada ser humano el papel de sujeto, con capacidad crítica, respecto de la misma comunicación.

Interrogantes para el hoy y para el mañana

Así pues, surgen espontáneamente algunas preguntas: ¿cómo proteger la profesionalidad y la dignidad de los trabajadores del ámbito de la comunicación y la información, junto con la de los usuarios de todo el mundo? ¿Cómo garantizar la interoperabilidad de las plataformas? ¿Cómo garantizar que las empresas que desarrollan plataformas digitales asuman la responsabilidad de lo que difunden y de lo cual obtienen beneficios, del mismo modo que los editores de los medios de comunicación tradicionales? ¿Cómo hacer más transparentes los criterios en los que se basan los algoritmos de indexación y desindexación y los motores de búsqueda, capaces de exaltar o cancelar personas y opiniones, historias y culturas? ¿Cómo garantizar la transparencia de los procesos de información? ¿Cómo hacer evidente la autoría de los escritos y rastreables las fuentes, evitando el manto del anonimato? ¿Cómo poner de manifiesto si una imagen o un vídeo retratan un acontecimiento o lo simulan? ¿Cómo evitar que las fuentes se reduzcan a un pensamiento único, elaborado algorítmicamente? ¿Y cómo fomentar, en cambio, un entorno que preserve el pluralismo y represente la complejidad de la realidad? ¿Cómo hacer sostenible esta herramienta potente, costosa y de alto consumo energético? ¿Cómo hacerla accesible también a los países en desarrollo?

A partir de las respuestas a estas y otras preguntas, comprenderemos si la inteligencia artificial acabará construyendo nuevas castas basadas en el dominio de la información, generando nuevas formas de explotación y desigualdad; o si, por el contrario, traerá más igualdad, promoviendo una información correcta y una mayor conciencia del cambio de época que estamos viviendo, favoreciendo la escucha de las múltiples necesidades de las personas y de los pueblos, en un sistema de información articulado y pluralista. Por una parte, se cierne el espectro de una nueva esclavitud, por la otra, una conquista de la libertad; por un lado, la posibilidad de que unos pocos condicionen el pensamiento de todos, por otro, la posibilidad de que todos participen en la elaboración del pensamiento.

La respuesta no está escrita, depende de nosotros. Corresponde al hombre decidir si se convierte en alimento de algoritmos o, en cambio, si alimenta su corazón con la libertad, ese corazón sin el cual no creceríamos en sabiduría. Esta sabiduría madura sacando provecho del tiempo y comprendiendo las debilidades. Crece en la alianza entre generaciones, entre quienes tienen memoria del pasado y quienes tienen visión de futuro. Solo juntos crece la capacidad de discernir, de vigilar, de ver las cosas a partir de su cumplimiento. Para no perder nuestra humanidad, busquemos la Sabiduría que es anterior a todas las cosas (cf. *Si* 1, 4), la que pasando por los corazones puros hace amigos de Dios profetas (cf. *Sab* 7, 27). Ella nos ayudará también a orientar los sistemas de inteligencia artificial a una comunicación plenamente humana.

Roma, en San Juan de Letrán,
24 de enero de 2024.
FRANCISCO

11. LA INNOVACIÓN TECNOLÓGICA HA TRANSFORMADO LA FORMA DE PRODUCIR CONTENIDOS

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS DIRECTIVOS Y EMPLEADOS DE TV2000 Y DE RADIO INBLU

29 DE ENERO DE 2024

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!:

Me es grato acogerlos con ocasión del 25.° aniversario del nacimiento de TV2000 y del circuito InBlu2000. Saludo a monseñor Giuseppe Baturi, secretario general de la Conferencia Episcopal Italiana, y a monseñor Piero Coccia, presidente de la Fundación «Comunicación y Cultura» y de «Rete Blu», y a todos ustedes que trabajan en estos medios.

Han pasado diez años desde nuestro anterior encuentro y mucho ha cambiado en el panorama de los medios de comunicación. La innovación tecnológica ha transformado la forma de producir contenidos, así como su uso; y ahora la inteligencia artificial «está modificando radicalmente la información y la comunicación y, a través de ellas, algunos de los fundamentos de la convivencia civil» (*Mensaje para la LVIII Jornada Mundial de las Comunicaciones*).

En esta vorágine, que parece arrastrar no solo a los operadores del sector, sino un poco a todos nosotros, hay, sin embargo, algunos principios que permanecen fijos, como estrellas a las que mirar para orientarse y no perder el rumbo. Y esto les concierne especialmente a ustedes, que, junto con el periódico *Avvenire* y la *Agenzia Sir*, tienen una afiliación muy precisa: la Conferencia Episcopal Italiana. Esto no es una limitación, es más, es una expresión de gran libertad, porque nos recuerda que la comunicación y la información están siempre enraizadas en lo humano. Y, de nuevo, subraya la importancia de encarnar la fe en la cultura, sobre todo a través del testimonio, contando historias en las que la oscuridad que nos rodea no apague la luz de la esperanza. Es crucial recordar y vivir esta pertenencia. Por eso, me gustaría señalarles tres palabras para continuar en el camino de su trabajo.

La primera es la proximidad, el estar cerca. Cada día —a través de la televisión o la radio— ustedes están cerca de muchísimas personas, que encuentran en ustedes amigos de los que pueden recibir información, con los que pueden pasar agradablemente el tiempo, o ir a descubrir nuevas realidades, experiencias y lugares. Y esta proximidad se extiende también a los territorios y periferias donde vive la gente. Me gusta pensar que la proximidad es una de las cualidades de Dios que se ha hecho próximo a nosotros. Hay tres cosas que nos hacen ver a Dios: la proximidad, con el prójimo; la ternura —Dios es tierno— y la compasión. Él siempre perdona. No lo olviden: proximidad, compasión y ternura. Los animo a seguir creando redes, a tejer lazos, a contar lo bueno y lo bello de nuestras comunidades —con cercanía—, a hacer protagonistas a quienes habitualmente acaban como figurantes o ni siquiera son tenidos en cuenta. La comunicación —lo sabemos— corre el riesgo de aplanarse a ciertas lógicas dominantes, de plegarse al poder o incluso de construir *fake news*. No caigan en la tentación de alinearse, vayan contracorriente, siempre gastando la suela de los zapatos y conociendo a la gente. Solo así pueden ser «auténticos por vocación», como dice un viejo lema suyo. Y nunca olviden a los que están en los márgenes, los pobres, los solitarios y, todavía más feo, los descartados.

La primera palabra fue la *proximidad*, la segunda que les dejo es *corazón*, en la pregnancia de su significado bíblico y de la tradición cristiana. En los últimos años la han encontrado a menudo en los Mensajes para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. Puede parecer fuera de lugar yuxtaponer el corazón al mundo tecnológico, como es ahora el mundo de la comunicación, pero todo parte de ahí. No se puede observar un hecho, no se puede entrevistar a alguien, no se puede contar algo si no partiendo desde el corazón. De hecho, la comunicación no se resuelve en la transmisión de una teoría o en la ejecución de una técnica, sino que es un arte que tiene en su centro la «capacidad del corazón que hace posible la proximidad» (*Exhortación apostólica Evangelii gaudium*, 171). Esto permite hacer espacio al otro —encogiendo un poco el de sí mismo—, liberarse de las cadenas de los prejuicios, decir la verdad sin separarla de la caridad. ¡No separar nunca los hechos del corazón! Y después, tener valor. No es casualidad que «coraje» venga de *cor* —valor—. Quien tiene corazón también tiene el valor de ser alternativo, sin volverse polémico o agresivo; de ser creíble, sin tener la pretensión de imponer su propio punto de vista; de ser un constructor de puentes. Y esto es muy importante. Un comunicador —podemos pensar en él como en un puente, porque el comunicador es necesariamente un constructor de puentes—.

Y la tercera palabra es *responsabilidad*. Cada uno debe hacer su parte para que todas las formas de comunicación sean objetivas, respetuosas de la dignidad humana y atentas al bien común. De esta manera, podremos reparar las fracturas, transformar la indiferencia en aceptación y relación. El de ustedes es uno de esos oficios que tienen el carácter de una vocación: están llamados a ser mensajeros que informan con respeto, con competencia, contrarrestando las divisiones y la discordia. Y recordando siempre que, en el centro de cada servicio, en el centro de cada artículo, en el centro de cada programa está la persona: no lo hay que olvidar. Es precisamente eso lo que da sentido a la comunicación.

Queridos amigos, hace diez años iniciaron una etapa de replanteamiento y reorganización de su trabajo; estos días han añadido una pieza más con el lanzamiento de su *app*. Que ella también contribuya a comunicar con proximidad, corazón y responsabilidad. Sigan adelante por este camino, recordando lo que decía vuestro patrono san Francisco de Sales: «No es por la grandeza de nuestras acciones por lo que agradaremos a Dios, sino por el amor con que las realizamos» (*Trattenimenti spirituali*). No agradaremos a Dios por la grandeza de nuestras obras, sino por el amor con que las realizamos. Los bendigo de corazón. Y les pido, por favor, que recen por mí. Gracias.

12. EFECTOS DE LA IA EN EL FUTURO DE LA HUMANIDAD

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO AL G7

14 DE JUNIO DE 2024

Un instrumento fascinante y tremendo

Estimadas señoras, distinguidos señores:

Me dirijo hoy a ustedes, líderes del Foro Intergubernamental del G7, con una reflexión sobre los efectos de la inteligencia artificial en el futuro de la humanidad.

«La Sagrada Escritura atestigua que Dios ha dado a los hombres su Espíritu para que tengan "habilidad, talento y experiencia en la ejecución de toda clase de trabajos" (*Ex* 35, 31)».[1] La ciencia y la tecnología son, por lo tanto, producto extraordinario del potencial creativo que poseemos los seres humanos.[2]

Ahora bien, la inteligencia artificial se origina precisamente a partir del uso de este potencial creativo que Dios nos ha dado.

Dicha inteligencia artificial, como sabemos, es un instrumento extremadamente poderoso, que se emplea en numerosas áreas de la actividad humana: de la medicina al mundo laboral, de la cultura al ámbito de la comunicación, de la educación a la política. Y es lícito suponer, entonces, que su uso influirá cada vez más en nuestro modo de vivir, en nuestras relaciones sociales y en el futuro, incluso en la manera en que concebimos nuestra identidad como seres humanos.[3]

El tema de la inteligencia artificial, sin embargo, a menudo es percibido de modo ambivalente: por una parte, entusiasma por las posibilidades que ofrece; por otra, provoca temor ante las consecuencias que podrían llegar a producirse. A este respecto podríamos decir que todos nosotros, aunque en diferente medida, estamos atravesados por dos emociones: somos entusiastas cuando imaginamos los progresos que se pueden derivar de la inteligencia artificial, pero, al mismo tiempo, nos da miedo cuando constatamos los peligros inherentes a su uso.[4]

No podemos dudar, ciertamente, de que la llegada de la inteligencia artificial representa una auténtica revolución cognitiva-industrial, que contribuirá a la creación de un nuevo sistema social caracterizado por complejas transformaciones de época. Por ejemplo, la inteligencia artificial podría permitir una democratización del acceso al saber, el progreso exponencial de la investigación científica, la posibilidad de delegar a las máquinas los trabajos desgastantes; pero, al mismo tiempo, podría traer consigo una mayor inequidad entre naciones avanzadas y naciones en vías de desarrollo, entre clases sociales dominantes y clases sociales oprimidas, poniendo así en peligro la posibilidad de una «cultura del encuentro» y favoreciendo una «cultura del descarte».

La magnitud de estas complejas transformaciones está vinculada obviamente al rápido desarrollo tecnológico de la misma inteligencia artificial.

Es precisamente este poderoso avance tecnológico el que hace de la inteligencia artificial *un instrumento fascinante* y *tremendo* al mismo tiempo, y exige una reflexión a la altura de la situación.

En esa dirección tal vez se podría partir de la constatación de que la inteligencia artificial es sobre todo *un instrumento*. Y resulta espontáneo afirmar que los beneficios o los daños que esta conlleve dependerán de su uso.

---

1. *Mensaje para la 57.ª Jornada Mundial de la Paz* (1 de enero, 2024), 1.
2. Cf. *ibíd.*
3. Cf. *ibíd.*, 2.
4. Esta ambivalencia ya había sido advertida por el papa san Pablo VI en su *Discurso al personal del "Centro de Automación de Análisis Lingüísticos" del Aloisiano de Gallarate* (19 de junio, 1964).

Esto es cierto, porque ha sido así con cada herramienta construida por el ser humano desde el principio de los tiempos.

Nuestra capacidad de construir herramientas, en una cantidad y complejidad que no tiene igual entre los seres vivos, nos habla de una condición tecno-humana. El ser humano siempre ha mantenido una relación con el ambiente mediada por los instrumentos que iba produciendo. No es posible separar la historia del hombre y de la civilización de la historia de esos instrumentos. Algunos han querido leer en todo eso una especie de privación, un déficit del ser humano, como si, a causa de esa carencia, estuviera obligado a dar vida a la tecnología.[5] Una mirada atenta y objetiva en realidad nos muestra lo contrario. Vivimos una condición de ulterioridad respecto a nuestro ser biológico; somos seres inclinados hacia el fuera-de-nosotros, es más, radicalmente abiertos al más allá. De aquí se origina nuestra apertura a los otros y a Dios; de aquí nace el potencial creativo de nuestra inteligencia en términos de cultura y de belleza; de aquí, por último, se origina nuestra capacidad técnica. La tecnología es así una huella de nuestra ulterioridad.

Sin embargo, el uso de nuestras herramientas no siempre está dirigido unívocamente al bien. Aun cuando el ser humano siente dentro de sí una vocación al más allá y al conocimiento vivido como instrumento de bien al servicio de los hermanos y hermanas, y de la *casa común* (cf. *Gaudium et spes*, 16), esto no siempre sucede. Es más, no pocas veces, precisamente gracias a su libertad radical, la humanidad ha pervertido los fines de su propio ser, transformándose en enemiga de sí misma y del planeta.[6] La misma suerte pueden correr los instrumentos tecnológicos. Solamente si se garantiza su vocación al servicio de lo humano, los instrumentos tecnológicos revelarán no solo la grandeza y la dignidad única del ser humano, sino también el mandato que este último ha recibido de «cultivar y cuidar» el planeta y todos sus habitantes (cf. *Gn* 2, 15). Hablar de tecnología es hablar de lo que significa ser humanos y, por tanto, de nuestra condición única entre libertad y responsabilidad, es decir, significa hablar de ética.

---

5. Cf. A. Gehlen, *L'uomo. La sua natura e il suo posto nel mondo*, Milán 1983, 43.
6. Carta enc. *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común (24 de mayo, 2015), 102-114.

De hecho, cuando nuestros antepasados afilaron piedras de sílex para hacer cuchillos, los usaron tanto para cortar pieles para vestirse como para eliminarse entre sí. Lo mismo podría decirse de otras tecnologías mucho más avanzadas, como la energía producida por la fusión de los átomos, como ocurre en el Sol, que podría utilizarse para producir energía limpia y renovable, pero también para reducir nuestro planeta a cenizas.

Pero la inteligencia artificial es una herramienta aún más compleja. Yo diría que es una herramienta *sui generis*. Así, mientras que el uso de una herramienta simple —como un cuchillo— está bajo el control del ser humano que lo utiliza y su buen uso depende solo de él, la inteligencia artificial, en cambio, puede adaptarse de forma autónoma a la tarea que se le asigne y, si se diseña de esa manera, podría tomar decisiones independientemente del ser humano para alcanzar el objetivo fijado.[7]

Conviene recordar siempre que la máquina puede, en algunas formas y con estos nuevos medios, elegir por medio de algoritmos. Lo que hace la máquina es una elección técnica entre varias posibilidades y se basa en criterios bien definidos o en inferencias estadísticas. El ser humano, en cambio, no solo elige, sino que en su corazón es capaz de decidir. La decisión es un elemento que podríamos definir el más estratégico de una elección y requiere una evaluación práctica. A veces, frecuentemente en la difícil tarea de gobernar, también estamos llamados a decidir con consecuencias para muchas personas. Desde siempre la reflexión humana habla a este propósito de sabiduría, la *phronesis* de la filosofía griega y, al menos en parte, la sabiduría de la Sagrada Escritura. Frente a los prodigios de las máquinas, que parecen saber elegir de manera independiente, debemos tener bien claro que al ser humano le corresponde siempre la decisión, incluso con los tonos dramáticos y urgentes con que a veces esta se presenta en nuestra vida. Condenaríamos a la humanidad a un futuro sin esperanza si quitáramos a las personas la capacidad de decidir por sí mismas y por sus vidas, condenándolas a depender de las elecciones de las máquinas. Necesitamos garantizar y proteger un espacio de control significativo del ser humano sobre el proceso de elección utilizado por los programas de inteligencia artificial. Está en juego la misma dignidad humana.

Precisamente sobre este tema, permítanme insistir en que, en un drama como el de los conflictos armados, es urgente replantearse el desarrollo y la utilización de dispositivos como las llamadas «armas autónomas letales» para prohibir su uso, empezando desde ya por

7. Cf. *Mensaje para la 57.ª Jornada Mundial de la Paz* (1 de enero, 2024), 3.

un compromiso efectivo y concreto para introducir un control humano cada vez mayor y significativo. Ninguna máquina debería elegir jamás poner fin a la vida de un ser humano.

Hay que añadir, además, que el buen uso, al menos de las formas avanzadas de inteligencia artificial, no estará plenamente bajo el control ni de los usuarios, ni de los programadores que definieron sus objetivos iniciales en el momento de elaborarlos. Y esto es tanto más cierto cuanto que es muy probable que, en un futuro no lejano, los programas de inteligencias artificiales puedan comunicarse directamente entre sí para mejorar su rendimiento. Y si en el pasado, los seres humanos que utilizaron herramientas simples vieron su existencia modelada por estos últimos —el cuchillo les permitió sobrevivir al frío pero también desarrollar el arte de la guerra—, ahora que los seres humanos han modelado un instrumento complejo, verán que este modelará aún más su existencia.[8]

El mecanismo básico de la inteligencia artificial

Permítanme ahora detenerme brevemente sobre la complejidad de la inteligencia artificial. Básicamente, la inteligencia artificial es una herramienta diseñada para resolver un problema y funciona mediante un encadenamiento lógico de operaciones algebraicas, realizado sobre la base de categorías de datos, que se comparan para descubrir correlaciones y mejorar su valor estadístico mediante un proceso de autoaprendizaje basado en la búsqueda de datos adicionales y la automodificación de sus procedimientos de cálculo.

La inteligencia artificial está diseñada de este modo para resolver problemas específicos, pero para quienes la utilizan la tentación de obtener, a partir de las soluciones puntuales que propone, deducciones generales, incluso de orden antropológico, es a menudo irresistible.

8. Las ideas de Marshall McLuhan y John M. Culkin son particularmente relevantes para comprender las consecuencias del uso de la inteligencia artificial.

Un buen ejemplo es el uso de programas diseñados para ayudar a los magistrados en las decisiones relativas a la concesión de prisión domiciliaria a presos que están cumpliendo una condena en una institución penitenciaria. En este caso, se pide a la inteligencia artificial que prevea la probabilidad de reincidencia del delito cometido por un condenado a partir de categorías prefijadas (tipo de delito, comportamiento en prisión, evaluación psicológica y otros) lo que permite a la inteligencia artificial tener acceso a categorías de datos relacionados con la vida privada de la persona detenida (origen étnico, nivel educativo, línea de crédito, etc.). El uso de tal metodología —que a veces corre el riesgo de delegar de facto en una máquina la última palabra sobre el destino de una persona— puede llevar implícitamente la referencia a los prejuicios inherentes a las categorías de datos utilizados por la inteligencia artificial.

El ser clasificado en un cierto grupo étnico o, más prosaicamente, el haber cometido hace años una pequeña infracción —el no haber pagado, por ejemplo, una multa por aparcar en zona prohibida—, influirá, de hecho, en la decisión acerca de la concesión de la prisión domiciliaria. Por el contrario, el ser humano está siempre en evolución y es capaz de sorprender con sus acciones, algo que la máquina no puede tener en cuenta.

Hay que evidenciar también que aplicaciones análogas a esta de la que estamos hablando se multiplicarán gracias al hecho de que los programas de inteligencia artificial estarán cada vez más dotados de la capacidad de interactuar directamente con los seres humanos (*chatbots*), sosteniendo conversaciones y estableciendo relaciones de cercanía con ellos, con frecuencia muy agradables y tranquilizadoras, en cuanto tales programas de inteligencia artificial están diseñados para aprender a responder, de forma personalizada, a las necesidades físicas y psicológicas de los seres humanos.

Olvidar que la inteligencia artificial no es otro ser humano y que no puede proponer principios generales es a veces un gran error que parte de la profunda necesidad de los seres humanos de encontrar una forma estable de compañía, o bien de un presupuesto subconsciente, es decir, de la creencia de que las observaciones obtenidas mediante un mecanismo de cálculo estén dotadas de las cualidades de certeza indiscutible y de universalidad indudable.

Esta suposición es, sin embargo, descabellada, como demuestra el examen de los límites intrínsecos del cálculo mismo. La inteligencia artificial usa operaciones algebraicas que se realizan según una secuencia lógica (por ejemplo, si el valor de X es superior al de Y, multiplica X por Y; si no divide X por Y). Este método de cálculo —denominado algoritmo— no está dotado ni de objetividad ni de neutralidad.[9] Al estar basado en el álgebra puede examinar solo realidades formalizadas en términos numéricos.[10]

No hay que olvidar, además, que los algoritmos diseñados para resolver problemas muy complejos son sofisticados de tal manera que hacen muy difícil a los propios programadores la comprensión exacta de cómo estos sean capaces de alcanzar sus resultados. Esta tendencia a la sofisticación corre el riesgo de acelerarse notablemente con la introducción de los ordenadores cuánticos que no operan con circuitos binarios (semiconductores o

9. Cf. *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 de febrero, 2020).
10. Cf. *Mensaje para la 57.ª Jornada Mundial de la Paz* (1 de enero, 2024), 4.

microchips), sino según las leyes, bastante articuladas, de la física cuántica. Por otra parte, la continua introducción de microchips cada vez más eficaces es la causa del predominio del uso de la inteligencia artificial por parte de las pocas naciones que disponen de ella.

La calidad de las respuestas que los programas de inteligencia artificial pueden dar, sean más o menos sofisticadas, depende en última instancia de los datos que manejan y de cómo estos los estructuran.

Finalmente, me gustaría señalar un último ámbito en el que emerge claramente la complejidad del mecanismo de la llamada «Inteligencia Artificial Generativa» (*Generative Artificial Inteligence*). Nadie duda de que hoy en día están a disposición magníficos instrumentos de acceso al conocimiento que permiten incluso el autoaprendizaje (*self-learning*) y la autotutoría (*self-tutoring*) en una gran cantidad de campos. Muchos de nosotros nos hemos quedado sorprendidos por las aplicaciones fácilmente accesibles en línea para componer un texto o producir una imagen sobre cualquier tema o materia. Esto atrae de forma especial a los estudiantes que, cuando deben preparar los trabajos, hacen un uso desmedido.

Estos alumnos, que a menudo están mucho más preparados y acostumbrados al uso de la inteligencia artificial que sus profesores, olvidan, sin embargo, que la denominada inteligencia artificial generativa, en sentido estricto, no es propiamente «generativa». En realidad, lo que esta hace es buscar información en los macrodatos (*big data*) y confeccionarla en el estilo que se le ha pedido. No desarrolla conceptos o análisis nuevos. Repite lo que encuentra, dándole una forma atractiva. Y cuanto más repetida encuentra una noción o una hipótesis, más la considera legítima y válida. Más que «generativa», se la podría llamar «reforzadora», en el sentido de que reordena los contenidos existentes, contribuyendo a consolidarlos, muchas veces sin controlar si tienen errores o prejuicios.

De este modo, no solo se corre el riesgo de legitimar la difusión de noticias falsas y robustecer la ventaja de una cultura dominante, sino de minar también el proceso educativo en ciernes (*in nuce*). La educación, que debería dar a los estudiantes la posibilidad de una reflexión auténtica, corre el riesgo de reducirse a una repetición de nociones, que se considerarán cada vez más incontestables, simplemente a causa de ser continuamente presentadas.[11]

Poner de nuevo en el centro la dignidad de la persona, en vista de una propuesta ética compartida

A lo que ya hemos dicho se añade una observación más general. La época de innovación tecnológica que estamos atravesando, en efecto, se acompaña de una particular e inédita coyuntura social, en la que cada vez es más difícil encontrar puntos de encuentro sobre los grandes temas de la vida social. Incluso en comunidades caracterizadas por una cierta continuidad cultural, se crean con frecuencia encendidos debates y choques que hacen difícil llegar a acuerdos y soluciones políticas compartidas, orientadas a la búsqueda de lo que es bueno y justo. Además de la complejidad de las legítimas visiones que caracterizan a la familia humana, emerge un factor que parece acomunar estas distintas instancias. Se registra una pérdida o al menos un oscurecimiento del sentido de lo humano y una aparente insignificancia del concepto de dignidad humana.[12] Pareciera que se está perdiendo el valor y el profundo significado de una de las categorías fundamentales de Occidente: la categoría de persona humana. Y es así que en esta época en la que los programas de inteligencia artificial cuestionan al ser humano y su actuar, precisamente la debilidad del *ethos* vinculada a la percepción del valor y de la dignidad de la persona humana corre el riesgo de ser el mayor daño (*vulnus*) en la implementación y el desarrollo de estos sistemas. No debemos olvidar que ninguna innovación es neutral. La tecnología nace con un propósito y, en su impacto en la sociedad humana, representa siempre una forma de orden en las relaciones sociales y una disposición de poder, que habilita a alguien a realizar determinadas acciones impidiéndoselo a otros. Esta dimensión de poder que es constitutiva de la tecnología incluye siempre, de una manera más o menos explícita, la visión del mundo de quien la ha realizado o desarrollado.

---

11. Cf. *ibíd.*, 3 y 7.
12. Cf. Dicasterio para la Doctrina de la Fe, Declaración *Dignitas infinita* sobre la dignidad humana (2 de abril, 2024).

Esto vale también para los programas de inteligencia artificial. Con el fin de que estos instrumentos sean para la construcción del bien y de un futuro mejor, deben estar siempre ordenados al bien de todo ser humano. Deben contener una inspiración ética.

La decisión ética, de hecho, es aquella que tiene en cuenta no solo los resultados de una acción, sino también los valores en juego y los deberes que se derivan de esos valores. Por esto he acogido con satisfacción la firma en Roma, en 2020, de la *Rome Call for AI Ethics*[13] y su apoyo a esa forma de moderación ética de los algoritmos y de los programas de inteligencia artificial que he llamado *algorética*.[14] En un contexto plural y global, en el que también se muestran las distintas sensibilidades y plurales jerarquías en las escalas de valores, parecería difícil encontrar una única jerarquía de valores. Pero en el análisis ético podemos recurrir además a otros tipos de instrumentos.

Si nos cuesta definir un solo conjunto de valores globales, podemos encontrar principios compartidos con los cuales afrontar y disminuir eventuales dilemas y conflictos de la vida.

Por esta razón ha nacido la *Rome Call*. En el término «algorética» se condensa una serie de principios que se revelan como una plataforma global y plural capaz de encontrar el apoyo de las culturas, las religiones, las organizaciones internacionales y las grandes empresas protagonistas de este desarrollo.

La política que se necesita

No podemos, por tanto, ocultar el riesgo concreto, porque es inherente a su mecanismo fundamental, de que la inteligencia artificial limite la visión del mundo a realidades que pueden expresarse en números y encerradas en categorías preestablecidas, eliminando la aportación de otras formas de verdad e imponiendo modelos antropológicos, socioeconómicos y culturales uniformes. El paradigma tecnológico encarnado por la inteligencia artificial corre el riesgo de dar paso a un paradigma mucho más peligroso, que ya he identificado con el nombre de «paradigma tecnocrático».[15] No podemos permitir que una herramienta tan poderosa e indispensable como la inteligencia artificial refuerce tal paradigma, sino que más bien debemos hacer de la inteligencia artificial un baluarte precisamente contra su expansión.

---

13. Cf. *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 de febrero, 2020).
14. Cf. *Discurso a los participantes en el Congreso "Promoting Digital Child Dignity – From Concept to Action"* (14 de noviembre, 2019); *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 de febrero, 2020).
15. Para una exposición más amplia, remito a mi Carta encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común (24 de mayo, 2015).

Y es precisamente aquí donde urge la acción política, como recuerda la encíclica *Fratelli tutti*. Ciertamente «para muchos la política hoy es una mala palabra, y no se puede ignorar que detrás de este hecho están a menudo los errores, la corrupción, la ineficiencia de algunos políticos. A esto se añaden las estrategias que buscan debilitarla, reemplazarla por la economía o dominarla con alguna ideología. Pero ¿puede funcionar el mundo sin política? ¿Puede haber un camino eficaz hacia la fraternidad universal y la paz social sin una buena política?».[16]

Nuestra respuesta a estas últimas preguntas es: ¡no! ¡La política sirve! Quiero reiterar en esta ocasión que «ante tantas formas mezquinas e inmediatistas de política [...], la grandeza política se muestra cuando, en momentos difíciles, se obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo. Al poder político le cuesta mucho asumir este deber en un proyecto de nación y más aún en un proyecto común para la humanidad presente y futura».[17]

Estimadas señoras, distinguidos señores:

Mi reflexión sobre los efectos de la inteligencia artificial en el futuro de la humanidad nos lleva así a la consideración de la importancia de la «sana política» para mirar con esperanza y confianza nuestro futuro. Como he dicho en otra ocasión, «la sociedad mundial tiene serias fallas estructurales que no se resuelven con parches o soluciones rápidas meramente ocasionales. Hay cosas que deben ser cambiadas con replanteos de fondo y transformaciones importantes. Solo una sana política podría liderarlo, convocando a los más diversos sectores y a los saberes más variados. De esa manera, una economía integrada en un proyecto político, social, cultural y popular que busque el bien común puede "abrir camino a oportunidades diferentes, que no implican detener la creatividad humana y su sueño de progreso, sino orientar esa energía con cauces nuevos" (*Laudato si'*, 191)».[18]

Este es precisamente el caso de la inteligencia artificial. Corresponde a cada uno hacer un buen uso de ella, y corresponde a la política crear las condiciones para que ese buen uso sea posible y fructífero.

Gracias.

16. Carta enc. *Fratelli tutti* sobre la fraternidad y la amistad social (3 de octubre, 2020), 176.
17. *Ibíd.*, 178.
18. *Ibíd.*, 179.

13. URGENTE PONER LÍMITES ÉTICOS AL DESARROLLO DE LA IA

MENSAJE DE SU SANTIDAD PAPA FRANCISCO PARA LA JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR EL CUIDADO DE LA CREACIÓN

1 DE SEPTIEMBRE DE 2024

Espera y actúa con la creación

Queridos hermanos y hermanas:

«Espera y actúa con la creación» es el tema de la Jornada de oración por el cuidado de la creación, que se celebrará el próximo 1 de septiembre. Hace referencia a la Carta de san Pablo a los romanos 8, 19-25, donde el apóstol aclara lo que significa vivir según el Espíritu y se concentra en la esperanza cierta de la salvación por medio de la fe, que es la vida nueva en Cristo.

1. Partamos entonces de una pregunta sencilla, pero que podría no tener una respuesta obvia: cuando somos verdaderamente creyentes, *¿cómo es que tenemos fe?* No es tanto porque «nosotros creemos» en algo trascendente que nuestra razón no logra entender, el misterio inalcanzable de un Dios distante y lejano, invisible e innombrable. Más bien, diría san Pablo, es *porque habita en nosotros el Espíritu Santo*. Sí, somos creyentes porque el mismo «amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (*Rm* 5, 5). Por eso, el Espíritu es ahora, realmente, «el anticipo de nuestra herencia» (*Ef* 1, 14), como pro-vocación a vivir siempre orientados hacia los bienes eternos, *según la plenitud de la humanidad hermosa y buena de Jesús*. El Espíritu hace a los creyentes creativos, proactivos en la caridad. Los introduce en un gran camino de libertad espiritual, no exento, sin embargo, de la lucha entre la lógica del mundo y la lógica del Espíritu, que tienen frutos contrapuestos entre ellos (cf. *Ga* 5, 16-17). Lo sabemos, el primer fruto del Espíritu, compendio de todos los otros, es *el amor*. Conducidos, entonces, por el Espíritu Santo, los creyentes son hijos de Dios y pueden dirigirse a Él llamándolo «¡Abba!, es decir, ¡Padre!» (*Rm* 8, 15), precisamente como Jesús, con la libertad del que ya no cae más en el miedo a la muerte, porque *Jesús resucitó de entre los muertos*. He aquí la gran esperanza: el amor de Dios ha vencido, vence y seguirá venciendo siempre. A pesar de la perspectiva de la muerte física, para el hombre nuevo que vive en el Espíritu el destino de gloria es ya seguro. Esta esperanza no defrauda, como nos recuerda también la *Bula de convocación* del próximo Jubileo.

2. La existencia del cristiano es vida de fe, diligente en la caridad y desbordante de esperanza, en la espera de la llegada del Señor en su gloria. La «demora» de la parusía, de su segunda venida, no es un problema; la cuestión es otra: «cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?» (*Lc* 18, 8). Sí, la fe es un don, un fruto de la presencia del Espíritu en nosotros, pero es también una *tarea*, que debe realizarse en la libertad, en la obediencia al mandamiento del amor de Jesús. Esa es la feliz esperanza que hemos de testimoniar; ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿cómo? En *los dramas de la carne humana que sufre*. Si bien se sueña, ahora es necesario *soñar con los ojos abiertos*, animados por visiones de amor, de fraternidad, de amistad y de justicia para todos. *La salvación cristiana entra en la profundidad del dolor del mundo*, que no solo afecta a los seres humanos, sino a todo el universo; a la naturaleza misma, *oikos* del hombre, su ambiente vital; comprende la creación como «paraíso terrenal», la madre tierra, que debería ser *lugar de alegría y promesa de felicidad para todos*. El optimismo cristiano se fundamenta

en una esperanza viva; sabe que todo tiende a la gloria de Dios, a la consumación final en su paz, a la resurrección corporal en la justicia, «de gloria en gloria». En el transcurrir del tiempo, sin embargo, compartimos dolor y sufrimiento: *la creación entera gime* (cf. *Rm* 8, 19-22), los cristianos gimen (cf. vv. 23-25) y gime el propio Espíritu (cf. vv. 26-27). *El gemir manifiesta inquietud y sufrimiento, con anhelo y deseo*. El gemido expresa *confianza en Dios y abandono* a su compañía afectuosa y exigente, con vistas a la realización de su designio, que es alegría, amor y paz en el Espíritu Santo.

3. Toda la creación está implicada en este proceso de un nuevo nacimiento y, gimiendo, espera la liberación. Se trata de un crecimiento escondido que madura, como «un grano de mostaza que se convierte en un gran árbol» o «levadura en la masa» (cf. *Mt* 13, 31-33). Los comienzos son insignificantes, pero los resultados esperados pueden ser de una belleza infinita. En cuanto espera de un nacimiento —la revelación de los hijos de Dios—, la esperanza es la posibilidad de mantenerse firmes en medio de las adversidades, de no desanimarse en el tiempo de las tribulaciones o frente a la barbarie humana. *La esperanza cristiana no defrauda, pero tampoco da falsas ilusiones*; si el gemido de la creación, de los cristianos y del Espíritu es anticipación y espera de la salvación que ya se está realizando, ahora estamos inmersos en muchos sufrimientos que san Pablo describe como «tribulaciones, angustias, persecución, hambre, desnudez, peligros, espada» (cf. *Rm* 8, 35). Entonces la esperanza es una lectura alternativa de la historia y de las vicisitudes humanas; no ilusoria, sino realista, del realismo de la fe que ve lo invisible. Esta esperanza es *la espera paciente, como el no-ver de Abraham*. Me agrada recordar a ese gran creyente visionario que fue Joaquín de Fiore —el abad calabrés «de espíritu profético dotado», según Dante Alighieri— que, en un tiempo de luchas sanguinarias, de conflictos entre el papado y el imperio, de cruzadas, de herejías y de mundanidad de la Iglesia, supo indicar el ideal *de un nuevo espíritu de convivencia* entre los hombres, basado en la fraternidad universal y la paz cristiana, fruto del Evangelio vivido. Ese espíritu de amistad social y de fraternidad universal lo propuse en *Fratelli tutti*. Y esa armonía entre los seres humanos debe extenderse también a la creación, en un «antropocentrismo situado» (cf. *Laudate Deum*, 67), en la responsabilidad *por una ecología humana e integral*, camino de salvación de nuestra casa común y de nosotros que habitamos en ella.

4. ¿Por qué tanta maldad en el mundo? ¿Por qué tanta injusticia, tantas guerras fratricidas que causan la muerte de niños, destruyen ciudades, contaminan el entorno vital del hombre, la madre tierra, violentada y devastada? Refiriéndose implícitamente al pecado de Adán, san Pablo afirma: «Sabemos que la creación entera, hasta el presente, gime y sufre dolores de parto» (*Rm* 8, 22). La lucha moral de los cristianos está relacionada con el «gemido» de la creación, porque esta última «quedó sujeta a la vanidad» (v. 20). Todo el cosmos y toda criatura gimen y anhelan «ansiosamente» que se supere la condición actual y se restablezca la originaria: en efecto, la liberación del hombre comporta también la de todas las demás criaturas que, solidarias con la condición humana, han sido sometidas al yugo de la esclavitud. Al igual que la humanidad, la creación

—sin culpa alguna— está esclavizada y se encuentra incapacitada para realizar aquello para lo que fue concebida, es decir, para tener un sentido y una finalidad duraderos; está sujeta a la disolución y a la muerte, agravadas por el abuso humano de la naturaleza. Pero, por el contrario, la salvación del hombre en Cristo es esperanza segura también para la creación; de hecho, «también la creación será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (*Rm* 8, 21). Entonces, en la redención de Cristo es posible contemplar con esperanza el vínculo de solidaridad entre el ser humano y todas las demás criaturas.

5. En la expectación esperanzada y perseverante de la venida gloriosa de Jesús, el Espíritu Santo mantiene alerta a la comunidad creyente y la instruye continuamente, llamándola a la conversión de estilos de vida, para que se oponga a la degradación humana del medio ambiente y manifieste esa crítica social que es, ante todo, testimonio de la posibilidad de cambio. Esta conversión consiste en pasar de la arrogancia de quien quiere dominar a los demás y a la naturaleza —reducida a objeto manipulable—, a la humildad de quien cuida de los demás y de la creación. «Un ser humano que pretende ocupar el lugar de Dios se convierte en el peor peligro para sí mismo» (*Laudate Deum*, 73), porque el pecado de Adán destruyó las relaciones fundamentales por las que vive el hombre: la que tiene con Dios, consigo mismo y con los demás seres humanos, y la que tiene con el cosmos. Todas estas relaciones deben ser, sinérgicamente, restauradas, salvadas, «reorientadas». No puede faltar ninguna. Si falta una, falla todo.

6. *Esperar y actuar con la creación* significa, en primer lugar, aunar esfuerzos y, caminando junto con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, contribuir a «repensar entre todos la cuestión del poder humano, cuál es su sentido, cuáles son sus límites. Porque nuestro poder ha aumentado frenéticamente en pocas décadas. Hemos hecho impresionantes y asombrosos progresos tecnológicos, y no advertimos que al mismo tiempo nos convertimos en seres altamente peligrosos, capaces de poner en riesgo la vida de muchos seres y nuestra propia supervivencia» (*Laudate Deum*, 28). Un poder incontrolado engendra monstruos y se vuelve contra nosotros mismos. Por eso, hoy es urgente poner límites éticos al desarrollo de la inteligencia artificial, que, con su capacidad de cálculo y simulación, podría ser utilizada para dominar al hombre y la naturaleza, en lugar de ponerla al servicio de la paz y el desarrollo integral (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2024*).

7. «El Espíritu Santo nos acompaña en la vida», esto lo entendieron bien los niños y niñas reunidos en la plaza de San Pedro para su primera Jornada Mundial, que coincidió con el domingo de la Santísima Trinidad. Dios no es una idea abstracta de infinito, sino que es Padre amoroso, Hijo amigo y redentor de todo hombre, y Espíritu Santo que guía nuestros pasos por el camino de la caridad. La obediencia al Espíritu de amor *cambia radicalmente la actitud del hombre*: de «depredador» a «cultivador» del jardín. *La tierra se entrega al hombre, pero sigue siendo de Dios* (cf. *Lv* 25, 23). Este es el antropocentrismo teologal de la tradición judeocristiana. Por tanto, pretender poseer y dominar la naturaleza, manipulándola a voluntad, es una forma de idolatría. Es el hombre prometeico, ebrio de su propio poder tecnocrático, que con arrogancia pone a la tierra en una condición «des-graciada», es decir, privada de la gracia de Dios. Ahora bien, si la gracia de Dios es Jesús, muerto y resucitado, entonces es verdad lo que dijo Benedicto XVI: «No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor» (Carta enc. *Spe Salvi*, 26), el amor de Dios en Cristo, del que nada ni nadie podrá separarnos jamás (cf. *Rm* 8, 38-39). Constantemente atraída hacia su futuro, la creación no es estática ni está encerrada en sí misma. Hoy en día, también gracias a los descubrimientos de la física contemporánea, el vínculo entre materia y espíritu se presenta de manera cada vez más fascinante para nuestro conocimiento.

8. Por tanto, el cuidado de la creación no es solo una cuestión ética, sino también eminentemente teológica, pues concierne al entrelazamiento del misterio del hombre con el misterio de Dios. *Se puede decir que este entrelazamiento es «generativo»*, ya que se remonta al acto de amor con el que Dios crea al ser humano en Cristo. Este acto creador de Dios otorga y funda el actuar libre del hombre y toda su eticidad: libre precisamente es su ser creado *a imagen de Dios que es Jesucristo*, y por ello «representante» de la creación en Cristo mismo. Hay una motivación trascendente (teológico-ética) que compromete al cristiano a promover la justicia y la paz en el mundo, también a través del destino universal de los bienes: se trata de *la revelación de los hijos de Dios que la creación espera, gimiendo como con dolores de parto*. En esta historia no solo está en juego la vida terrena del hombre, está sobre todo su destino en la eternidad, el *eschaton* de nuestra bienaventuranza, el Paraíso de nuestra paz, en *Cristo Señor del cosmos, el Crucificado-Resucitado por amor*.

9. Esperar e actuar con la creación significa, pues, vivir una fe encarnada, que sabe entrar en la carne sufriente y esperanzada de la gente, compartiendo la espera de la resurrección corporal a la que los creyentes están predestinados en Cristo Señor. En Jesús, el Hijo eterno en carne humana, *somos verdaderamente hijos del Padre*. Por la fe y el bautismo, comienza para el creyente la vida según el Espíritu (cf. *Rm* 8, 2), *una vida santa, una existencia de hijos del Padre, como Jesús* (cf. *Rm* 8, 14-17), ya que, por la fuerza del Espíritu Santo, Cristo vive en nosotros (cf. *Ga* 2, 20). Una vida que se convierte en un canto de amor a Dios, a la humanidad, con y por la creación, y que encuentra su plenitud en la santidad.

Roma, San Juan de Letrán, 27 de junio de 2024.
FRANCISCO

14. IA SOBRE EL FUTURO Y LA ANGUSTIA

DISCURSO DEL SANTO PADRE. ENCUENTRO CON LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

28 DE SEPTIEMBRE DE 2024

Queridos hermanos y hermanas, buenos días:

Gracias, señora Rectora, por sus amables palabras. Queridos estudiantes, me alegra encontrarme con ustedes y escuchar sus reflexiones. En esas palabras percibo pasión y esperanza, deseo de justicia, búsqueda de la verdad.

Entre los temas que ustedes afrontan, me ha impresionado la cuestión *sobre el futuro y la angustia*. Vemos bien cuán violento y arrogante es el mal que destruye el medioambiente y los pueblos. Pareciera que no conoce freno. La guerra es su expresión más brutal —ustedes saben que en un país, que no nombro, las inversiones que hoy proporcionan más rentabilidad son las fábricas de armas, es feo— y parece que esto no tiene fin. La guerra es una expresión brutal; como lo son también la corrupción y las modernas formas de esclavitud. La guerra, la corrupción y las nuevas formas de esclavitud. En ocasiones estos males contaminan la misma religión, convirtiéndola en un instrumento de dominio. Tengan cuidado, ya que esto es una blasfemia. La unión de los hombres con Dios, que es Amor salvífico, se vuelve así una esclavitud. Incluso el nombre del padre, que es revelación de cuidado, se vuelve expresión de prepotencia. Dios es Padre, no un patrón; es Hijo y Hermano, no un dictador; es Espíritu de amor, y no de dominio.

Nosotros, los cristianos, sabemos que el mal no tiene la última palabra —y en este punto debemos mantenernos firmes, el mal no tiene la última palabra—, sino que, como se dice, tiene los días contados. Esto no quita nuestro compromiso, al contrario, lo aumenta: *la esperanza es nuestra responsabilidad*. Una responsabilidad que debe ser asumida, porque la esperanza nunca defrauda. Y esta certeza vence esa conciencia pesimista, el estilo de Turandot. La esperanza nunca defrauda.

Y ahora, tres palabras: *gratitud*, *misión* y *fidelidad*.

La primera actitud es la *gratitud*, porque esta casa nos ha sido donada; no somos patrones, somos huéspedes y peregrinos en la tierra. El primero en hacerse cargo de nosotros es Dios; nosotros somos ante todo cuidados por Dios, que creó la tierra y —dice Isaías— «no la creó vacía, sino que la formó para que fuera habitada»(*Is* 45, 18). Y el salmo octavo está lleno de asombrada gratitud: «Al ver el cielo, obra de tus manos, / la luna y las estrellas que has creado: / ¿qué es el hombre para que pienses en él, / el ser humano para que lo cuides?» (*Sal* 8, 4-5). La plegaria que me sale del corazón es: ¡Gracias, Padre, por el cielo estrellado y por la vida en este universo!

La segunda actitud es la *misión*. Nosotros estamos en el mundo para custodiar su belleza y cultivarla para el bien de todos, sobre todo para la posteridad, en un futuro cercano. Este es el «programa ecológico» de la Iglesia. Pero ningún plan de desarrollo podrá llevarse a cabo si permanece la arrogancia, la violencia y la rivalidad en nuestras conciencias y en nuestra sociedad. Es necesario ir a la fuente de la cuestión, que es el corazón del hombre. Del corazón del hombre viene también la dramática urgencia del tema ecológico: de la arrogante indiferencia de los poderosos, que antepone siempre

los intereses económicos. Interés económico, el dinero. Recuerdo lo que me decía siempre mi abuela: «En la vida, ten cuidado porque el diablo entra por los bolsillos». El interés económico. Mientras sea así, toda exhortación será silenciada o solo será acogida en la medida en que sea conveniente al mercado. Esta «espiritualidad», por así decirlo, del mercado. Y mientras el mercado esté en primer lugar, nuestra casa común sufrirá injusticias. La belleza del don exige nuestra responsabilidad: somos huéspedes, no dueños absolutos. En este sentido, queridos estudiantes, consideren la cultura como cultivo del mundo, no solo de las ideas.

Aquí está el desafío del desarrollo integral, que requiere la tercera actitud: la *fidelidad*. Fidelidad a Dios y fidelidad al hombre. Este desarrollo, en efecto, se refiere a todas las personas en todos los aspectos de su vida: física, moral, cultural, sociopolítica; y a esto se opone cualquier forma de opresión y de descarte. La Iglesia denuncia estos atropellos, comprometiéndose ante todo en la conversión de cada uno de sus miembros, de nosotros mismos, a la justicia y la verdad. En este sentido, el desarrollo integral se apela a nuestra santidad: es vocación a la vida justa y feliz, para todos.

Y ahora, la opción a realizar, por tanto, está entre manipular la naturaleza y cultivar la naturaleza. Una opción que se plantea así: o manipulo la naturaleza o cultivo la naturaleza. A partir de nuestra naturaleza humana; pensemos en la eugenesia, los organismos cibernéticos, la inteligencia artificial. La opción entre manipular y cultivar concierne también a nuestro mundo interior.

Pensar en la ecología humana nos lleva a abordar una temática que les preocupa a ustedes y más todavía a mí y a mis predecesores: *el papel de la mujer en la Iglesia*. Me gusta eso que has dicho. Pesan aquí agresiones e injusticias, junto con prejuicios ideológicos. Por eso, es necesario recuperar el punto de partida: *quién es la mujer y quién es la Iglesia*. La Iglesia es mujer, no es «el» Iglesia, es «la» Iglesia, es la esposa. La Iglesia es el pueblo de Dios, no una empresa multinacional. La mujer, en el pueblo de Dios, es hija, hermana, madre. Como yo soy hijo, hermano, padre. Estas son las *relaciones* que expresan nuestro ser *imagen de Dios*, hombre y mujer, juntos, no separadamente. Las mujeres y los hombres son personas, no individuos; están llamados desde el «principio» a amar y ser amados. Una vocación que es misión. Y de aquí viene su papel en la sociedad y en la Iglesia (cf. S. Juan Pablo II, Carta. ap. *Mulieris dignitatem*, 1).

Lo que es característico de la mujer, es decir, lo que es femenino, no está establecido por el consenso ni por las ideologías. Y la dignidad está asegurada por una ley originaria, no escrita en el papel, sino en la carne. La dignidad es un bien inestimable, una cualidad originaria,

que ninguna ley humana puede dar o quitar. A partir de esta dignidad, común y compartida, la cultura cristiana elabora siempre nuevamente, en los diferentes contextos, la misión y la vida del hombre y de la mujer y su ser recíproco para el otro, en la comunión. No el uno contra el otro, esto sería feminismo o machismo, y no en reinvindicaciones opuestas, sino el hombre para la mujer y la mujer para el hombre, juntos.

Recordemos que la mujer se encuentra en el centro del acontecimiento salvífico. Del «sí» de María, Dios en persona viene al mundo. La mujer es acogida fecunda, cuidado, entrega vital. Por esto es más importante la mujer que el hombre, pero es feo cuando la mujer quiere hacer el papel de hombre, no, ella es mujer, y esto «pesa», es importante. Abramos los ojos ante tantos ejemplos cotidianos de amor: en la amistad y el trabajo, en el estudio, y la responsabilidad social y eclesial, en la esponsalidad, la maternidad y la virginidad por el Reino de Dios y por el servicio. No olvidemos, lo repito: la Iglesia es mujer, no es masculina, es mujer.

Ustedes mismos están aquí para crecer como mujeres y como hombres. Están en camino, en formación como personas. Por eso, su itinerario académico comprende distintos ámbitos: investigación, amistad, servicio social, responsabilidad civil y política, expresiones artísticas, entre otros.

Pienso en la experiencia que viven cada día en esta Universidad Católica de Lovaina, y comparto tres aspectos, sencillos y decisivos, de la formación: *¿cómo estudiar?, ¿por qué estudiar?* y *¿para quién estudiar?*

Cómo estudiar: como en cada ciencia, no hay solo un método, sino también un *estilo*. Cada persona puede cultivar el suyo. El estudio, en efecto, es siempre un camino al conocimiento de uno mismo y de los demás. Pero también hay un estilo *común*, que se puede compartir en la *comunidad universitaria*. Se estudia juntos: gracias a quien ha estudiado antes que yo —docentes, compañeros más avanzados—, con quien estudia a mi lado, en el aula. La cultura como cuidado de uno mismo comporta un cuidado mutuo. No hay una guerra entre estudiantes y profesores, hay diálogo, a veces es un diálogo un poco intenso, pero es el diálogo, y el diálogo hace crecer la comunidad universitaria.

Segundo: *por qué estudiar*. Hay un motivo que nos impulsa y un objetivo que nos atrae. Es necesario que sean buenos, porque de ellos depende el sentido del estudio, depende la dirección de nuestra vida. A veces estudio para encontrar un determinado tipo de trabajo, pero termino por vivir en función de eso. Nosotros mismos nos convertimos en la «mercancía», vivir en función del trabajo. No se vive para trabajar, sino que se trabaja para vivir; es fácil decirlo, pero implica esfuerzo ponerlo en práctica con coherencia. Esta palabra *coherencia* es muy importante para

todos, pero especialmente para ustedes estudiantes. Ustedes deben aprender esta actitud de la coherencia, a ser coherentes.

Tercero: *para quién estudiar*. ¿Para uno mismo? ¿Para dar cuentas a los demás? Estudiamos para ser capaces de educar y servir a los demás, sobre todo con el servicio de la competencia y del juicio autorizado. Antes de preguntarnos si estudiar sirve para algo, preocupémonos de servir a alguien. Una buena pregunta que un estudiante universitario puede hacerse sería, ¿a quién sirvo yo?, ¿a mí mismo? O, por el contrario, ¿tengo el corazón abierto al servicio del otro? Entonces el título universitario certifica una capacidad para el bien común. Estudio para mí, para trabajar, para ser útil, para el bien común. Y esto debe ser muy equilibrado, muy equilibrado.

Queridos estudiantes, es una alegría para mí compartir con ustedes estas reflexiones. Y mientras lo hacemos percibimos que hay una realidad más grande que nos ilumina y nos supera: *la verdad*. ¿Qué es la verdad? Pilato había hecho esta pregunta. Sin la verdad, nuestra vida pierde sentido. El estudio tiene sentido cuando busca la verdad, cuando intenta encontrarla, pero con animo crítico. Pero la verdad, para encontrarla, necesita de esta actitud crítica, es así que podemos avanzar. El estudio tiene sentido cuando busca la verdad, no lo olviden. Y buscándola se comprende que estamos hechos para encontrarla. La verdad se hace encontrar; es acogedora, disponible, generosa. Si renunciamos a buscar juntos la verdad, el estudio se convierte en un instrumento de poder, de control sobre los demás. Y les confieso que me entristece cuando encuentro, en cualquier parte del mundo, universidades que solo buscan preparar a los estudiantes

para lucrar o para tener poder. Es demasiado individualista, sin comunidad. El *alma mater* es la comunidad universitaria, la universidad, es la que nos ayuda a construir la sociedad, a crear fraternidad. No sirve el estudio sin esa unión, no sirve, sino que domina. En cambio, la verdad nos hace libres (cf. *Jn* 8, 32). Queridos estudiantes, ¿quieren la libertad? ¡Sean buscadores y testigos de la verdad! Tratando de ser creíbles y coherentes por medio de las decisiones cotidianas más sencillas. Así, esta se volverá, cada día, lo que quiere ser, una *Universidad católica*. Y vayan adelante, vayan adelante, y no entren en las luchas de las dicotomías ideológicas, no. No lo olviden: la Iglesia es mujer y esto les ayudará mucho.

Gracias por este encuentro. Gracias a ti que lo has hecho muy bien. Los bendigo de corazón, a ustedes y a vuestro camino de formación. Y por favor se lo pido, recen por mí. Y si alguno no reza o no sabe rezar o no quiere rezar, al menos me mande buena onda, que se necesita. Gracias.

15. ADVENIMIENTO DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTIES EN LA SESIÓN PLENARIA DEL *DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN*

21 DE NOVIEMBRE DE 2024

¡Querido cardenal prefecto, queridos superiores del Dicasterio, eminencias, excelencias, queridos hermanos y hermanas!:

Os recibo mientras celebráis la primera Asamblea Plenaria del Dicasterio para la Cultura y la Educación. Y acojo esta ocasión para reiterar la importancia del riesgo de poner juntos este binomio: cultura y educación. Cuando con la Constitución Apostólica *Praedicate Evangelium* decidí unir los dos entes de la Santa Sede que se ocupaban de la educación y de la cultura, me motivó no tanto la búsqueda de una racionalización económica, sino más bien una visión sobre las posibilidades de diálogo, de sinergia y de innovación que pueden hacer aún más fecundos, diría «desbordantes» estos dos ámbitos.

El mundo no necesita repetidores sonámbulos de lo que ya hay; necesita nuevos coreógrafos, nuevos intérpretes de los recursos que el ser humano se lleva dentro, de nuevos poetas sociales. De hecho, no hacen falta modelos de educación que sean meras «fábricas de resultados», sin un proyecto cultural que permita la formación de personas capaces de ayudar al mundo a cambiar de página, erradicando la desigualdad, la pobreza endémica y la exclusión. Las patologías del mundo presente no son una fatalidad que debemos aceptar pasivamente, y menos aún cómodamente. Los colegios, las universidades, los centros culturales deberían enseñar a desear, a permanecer sedientos, a tener sueños, porque como nos recuerda la Segunda Carta de Pedro, nosotros «esperemos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia» (3, 13).

Esto debería convertirse en el criterio base de discernimiento y de conversión para nuestras prácticas culturales y educativas: la calidad de las expectativas. La pregunta clave para nuestras instituciones es esta: «¿Qué esperamos realmente?». Quizá la respuesta sincera será decepcionante: el éxito a los ojos del mundo, el honor de estar en el *ranking* o la autoconservación.

Ciertamente, si fuera así, ¡sería demasiado poco!

Hermanos y hermanas, la experiencia que Dios nos permite realizar es otra. Recuerdo lo que escribe Emily Dickinson en una poesía suya:

«¡Como si yo pidiera limosna común
Y en mi suplicante mano
Un extraño pusiera un reino
Y yo perpleja quedara,
Como si hubiera pedido a Oriente
Que me mandara una mañana
Y que levantara su purpúrea barrera
Y destrozarme con el alba!».[1]

1. *Todas las poesías*, J323 (1858).
L'Osservatore Romano, Edición semanal en lengua española, Año LXI, número 48, Viernes, 29 de noviembre de 2024, p. 9.

«Destrozarme con el alba», una hermosa imagen para subrayar este proceso.

También yo os exhorto: comprended vuestra misión en el campo educativo y cultural como una posible llamada a ampliar los horizontes, a rebosar de vitalidad interior, a hacer espacio a posibilidades inéditas, para prodigar las modalidades del don que solo se vuelve más amplio cuando se comparte. A un educador y a un artista nuestro deber es decir: «¡Sed generosos, arriesgad!».

No tenemos motivo para dejarnos abrumar por el miedo. En primer lugar, porque Cristo es nuestra guía y compañero de viaje. Segundo, porque somos custodios de una herencia cultural y educativa más grande que nosotros mismos. Somos herederos de la profundidad de Agustín. Somos herederos de la poesía de Efrén de Siria. Somo herederos de las Escuelas de las Catedrales y de quien ha inventado las Universidades. De Tomás de Aquino y de Edith Stein. Somos herederos de un pueblo que ha comisionado las obras del beato Angélico y de Mozart o, más recientemente, de Mark Rothko y de Olivier Messiaen. Somos herederos de los artistas y de las artistas que se han dejado inspirar por los misterios de Cristo. Somos herederos de científicos sabios como Blaise Pascal. En una palabra, somos herederos de la pasión educativa y cultural de tantas santas y tantos santos.

Rodeados de tanta multitud de testigos, deshagámonos de toda carga de pesimismo; el pesimismo no es cristiano. Converjamos, con todas nuestras fuerzas, para liberar al ser humano de la sombra del nihilismo, que es quizás la plaga más peligrosa de la cultura actual, porque es la que pretende borrar la esperanza. Y no lo olvidemos: la esperanza no decepciona, es la fuerza. Esa imagen del ancla: la esperanza no defrauda.

Si puedo compartir un secreto, a veces siento el deseo de gritar al oído de esta época de la historia: «¡No olvidar la esperanza!». A veces está el mito de Turandot: pensar que la esperanza siempre decepciona. Cuento con vosotros para que el Año jubilar, ya cercano, pueda ampliar ese grito. Hay mucho por hacer: este es el momento de arremangarse.

Hoy el mundo registra el número más alto de estudiantes en la historia. Hay datos alentadores: cerca de 110 millones de niños completan la escolarización primaria. Pero, siguen existiendo tristes disparidades. De hecho, cerca de 250 millones de niños y adolescentes no frecuentan la escuela. Es un imperativo moral cambiar esta situación. Porque los genocidios culturales no suceden solo por la destrucción de un patrimonio. Hermanos y hermanas, es genocidio cultural cuando robamos el futuro a los niños, cuando no les ofrecemos las condiciones para convertirse en lo que quieran ser.

Cuando vemos en muchas partes los niños que van a buscar en la basura cosas para vender y así poder comer. Pensemos en el futuro de la humanidad con estos niños.

En su libro *Tierra de los hombres*, Antoine de Saint-Exupéry recorre los vagones de tercera clase de un tren lleno de familias de refugiados. Se detiene a mirarlos. Y escribe: Me atormenta «una especie de herida. [...] Me atormenta que en cada uno de estos hombres hay un poco de Mozart, asesinado». Nuestra responsabilidad es inmensa. Repito: ¡inmensa! Educar es tener la audacia de confirmar al otro con esa expresión de san Agustín: *Volo ut sis*: «Quiero que tú seas». Esto es educar.

Un ámbito particularmente relevante que determina el cambio de época es el de los enormes saltos que se están verificando en el desarrollo científico y en las innovaciones tecnológicas. No podemos ignorar hoy el advenimiento de la transición digital y de la inteligencia artificial, con todas sus consecuencias. Este fenómeno nos pone delante de preguntas cruciales. Pido a los centros de investigación de nuestras universidades que se comprometan a estudiar la actual revolución que está teniendo lugar, arrojando luz sobre los beneficios y peligros.

Igualmente, lo repito: no debemos dejar que gane el sentimiento de miedo. Recordad que las transiciones culturales complejas suelen resultar las más fructíferas y creativas para el desarrollo del pensamiento humano. Contemplar a Cristo vivo nos permite tener la valentía de lanzarnos en el futuro, confiando en la palabra del Señor que nos desafía: «Pasemos a la otra orilla» (*Mc* 4, 35). Por favor, ¡no seáis educadores jubilados! El educar siempre va adelante, siempre.

Os doy las gracias por vuestro compromiso y rezo para que el Espíritu Santo os ilumine en vuestro trabajo.

María, Sede de la Sabiduría, os acompañe en este camino. Os bendigo a todos. Y, por favor, os pido que recéis por mí. ¡Gracias!

16. EL AUGE DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS MIEMBROS DEL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE

9 DE ENERO DE 2025

Excelencias, señoras, señores:

Nos reunimos esta mañana para un momento de encuentro que, más allá de su carácter institucional, quiere ser sobre todo familiar. Un momento en el que la familia de los pueblos se congrega simbólicamente a través de su presencia, para intercambiar una felicitación fraterna, dejando atrás los conflictos que dividen y redescubriendo más bien lo que une. Reunirnos al inicio de este año, que para la Iglesia católica posee una relevancia particular, tiene un especial valor simbólico, porque el sentido mismo del Jubileo es el de «hacer una pausa» en el frenesí que caracteriza cada vez más la vida cotidiana, para reponer fuerzas y nutrirse de lo que es realmente esencial: redescubrirnos hijos de Dios y, en Él, hermanos, perdonar las ofensas, sostener a los débiles y a los pobres, dejar descansar la tierra, practicar la justicia y renovar la esperanza. A ello están llamados todos los que sirven al bien común y ejercitan esa alta forma de caridad —quizás la forma más alta de caridad— que es la política.

Con este espíritu los recibo, agradeciendo a su excelencia el embajador George Poulides, decano del Cuerpo Diplomático, por las palabras con las que se ha hecho intérprete de sus sentimientos comunes. A todos ustedes les doy una calurosa bienvenida, grato por el afecto y la estima que sus pueblos y sus gobiernos tienen por la Sede Apostólica y que ustedes representan. Testimonio de ello son las visitas de más de treinta jefes de Estado o de Gobierno que tuve la alegría de recibir en el Vaticano durante el 2024, como también la firma del *Segundo Protocolo Adicional al Acuerdo entre la Santa Sede y Burkina Faso sobre el estatuto jurídico de la Iglesia católica en Burkina Faso* y del *Acuerdo entre la Santa Sede y la República Checa sobre algunas cuestiones jurídicas*, firmados en el curso del año pasado. Además, el pasado mes de octubre se renovó por un cuatrienio el *Acuerdo Provisional entre la Santa Sede y la República Popular China sobre el nombramiento de obispos*, signo de la voluntad de proseguir un diálogo respetuoso y constructivo en vista del bien de la Iglesia católica en ese país y de todo el pueblo chino.

Por mi parte, he querido corresponder a ese afecto con los viajes apostólicos realizados recientemente, que me han llevado a visitar tierras lejanas, como Indonesia, Papúa Nueva Guinea, Timor Oriental y Singapur; otras más cercanas como Bélgica y Luxemburgo y, por último, Córcega. Si bien se trata de realidades evidentemente muy diferentes entre ellas, cada viaje es para mí ocasión de poder encontrar y dialogar con pueblos, culturas y

experiencias religiosas diferentes, y de llevar una palabra de ánimo y consuelo, especialmente a las personas más vulnerables. A esos viajes se suman las tres visitas que hice en Italia, a Verona, Venecia y Trieste.

Precisamente a las autoridades italianas, nacionales y locales, deseo expresar de manera especial, al comienzo de este Año jubilar, mi gratitud por el esfuerzo que han realizado para preparar Roma al Jubileo. El trabajo incesante de estos meses, que ha supuesto no pocas molestias, es ahora recompensado con la mejora de algunos servicios y espacios públicos, de manera que todos, ciudadanos, peregrinos y turistas, puedan disfrutar aún más de las bellezas de la Ciudad eterna. A los romanos, conocidos por su hospitalidad, dirijo un recuerdo particular, agradeciéndoles la paciencia que han tenido en los últimos meses y la que tendrán al acoger a los numerosos visitantes que vendrán. Asimismo, deseo dirigir un sentido agradecimiento a todas las Fuerzas del orden, a la Protección civil, a las autoridades sanitarias y a los voluntarios que se prodigan cotidianamente para garantizar la seguridad y un sereno desarrollo del Jubileo.

Queridos embajadores:

En las palabras del profeta Isaías, que el Señor Jesús hace propias en la sinagoga de Nazaret al comienzo de su vida pública, según el relato que nos ha transmitido el evangelista Lucas (4, 16-21), encontramos compendiado no solo el misterio de la Navidad que acabamos de celebrar, sino también el del Jubileo que estamos viviendo. Cristo ha venido «a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor» (*Is* 61, 1-2a).

Lamentablemente, empezamos este año mientras el mundo se encuentra azotado por numerosos conflictos, pequeños y grandes, más o menos conocidos, y también por la persistencia de execrables actos de terror, como los ocurridos recientemente en Magdeburgo, Alemania, y en Nueva Orleans, Estados Unidos.

Vemos asimismo que en numerosos países hay contextos sociales y políticos cada vez más exacerbados por contraposiciones crecientes. Estamos frente a sociedades cada vez más polarizadas, en las que se alberga un sentimiento general de miedo y desconfianza hacia el prójimo y hacia el futuro. Eso se ve agravado por la creación y difusión continua de noticias falsas, que no solo distorsionan la realidad de los hechos, sino que terminan por distorsionar las conciencias, suscitando falsas percepciones de la realidad y generando un clima de sospecha que fomenta el odio, perjudica la seguridad de las personas y compromete la convivencia civil y la estabilidad de naciones enteras. Trágicas ejemplificaciones de ello son los atentados sufridos por el presidente del Gobierno de la República Eslovaca y el presidente electo de los Estados Unidos de América.

Ese clima de inseguridad impulsa a erigir nuevas barreras y a trazar nuevas fronteras, mientras otros, como el que desde hace más de cincuenta años divide la isla de Chipre y el que hace más de setenta divide en dos la península coreana, permanecen firmemente en pie, separando familias y partiendo casas y ciudades. Los confines modernos pretenden ser líneas de demarcación de identidades, donde la diversidad es motivo de sospecha, desconfianza y miedo: «Lo que proceda de allí

no es confiable porque no es conocido, no es familiar, no pertenece a la aldea. [...] Por consiguiente, se crean nuevas barreras para la autopreservación, de manera que deja de existir el mundo y únicamente existe "mi" mundo, hasta el punto de que muchos dejan de ser considerados seres humanos con una dignidad inalienable y pasan a ser solo "ellos".[1] Paradójicamente, el término «confín» indica no un lugar que separa, sino que une, que «está contiguo con otro punto o lugar» (*cum-finis*), donde se puede encontrar al otro, conocerlo y dialogar con él.

Mi deseo para este nuevo año es que el Jubileo pueda representar para todos, cristianos y no cristianos, una ocasión para repensar también las relaciones que nos unen, como seres humanos y comunidades políticas; para superar la *lógica del enfrentamiento* y abrazar en cambio la *lógica del encuentro*; para que el tiempo que nos aguarda no nos halle como vagabundos desesperados, sino peregrinos de esperanza, es decir, personas y comunidades en camino comprometidas a construir un futuro de paz.

Por otra parte, frente a la amenaza cada vez mayor de una guerra mundial, la vocación de la diplomacia es aquella de favorecer el diálogo con todos, incluidos los interlocutores que se consideran más «incómodos» o que no se estiman legítimos para negociar. Este es el único camino para romper las cadenas de odio y venganza que aprisionan y para desactivar las bombas del egoísmo, del orgullo y de la soberbia humana, que son la razón de toda voluntad beligerante que destruye.

Excelencias, señoras y señores:

A la luz de estas breves consideraciones, quisiera trazar con ustedes esta mañana, a partir de la palabra del profeta Isaías, algunos rasgos de una diplomacia de la esperanza, de la que todos estamos llamados a hacernos heraldos, para que las densas nubes de la guerra puedan ser barridas por un renovado viento de paz. Más en general, quisiera destacar algunas responsabilidades que todo líder político debería tener presente en el desempeño de las propias responsabilidades, que tendrían que orientarse a la edificación del bien común y al desarrollo integral de la persona humana.

Llevar la buena noticia a los pobres

En cada época y en cada lugar, el hombre ha sido siempre atraído por la idea de poder ser autosuficiente, del poder bastarse a sí mismo y ser artífice de su propio destino. Cada vez que se deja dominar por tal presunción, se ve obligado por acontecimientos y circunstancias externas a descubrir que es débil e impotente, pobre y necesitado, afectado por catástrofes espirituales y materiales. En otras palabras, descubre que es pobre y que necesita a alguien que lo rescate de su propia miseria.

Las miserias de nuestro tiempo son numerosas. Nunca como en esta época la humanidad ha experimentado el progreso, el desarrollo y la riqueza, y quizá nunca como hoy se ha encontrado sola y perdida, prefiriendo con frecuencia tener animales domésticos en vez de hijos. Hay urgencia de recibir una buena

---

1. Carta enc. *Fratelli tutti*, sobre la fraternidad y la amistad social (3 de octubre, 2020), 27.

noticia. Una noticia que, en la perspectiva cristiana, Dios nos ofrece en la noche de Navidad. Con todo, cada uno —incluso quien no es creyente— puede hacerse portador de un anuncio de esperanza y de verdad.

Por otro lado, el ser humano está dotado de una innata sed de verdad. Esta búsqueda es una dimensión fundamental de la condición humana, en cuanto toda persona lleva dentro de sí una nostalgia de la verdad objetiva y un deseo inextinguible de conocimiento. Siempre ha sido así, pero en nuestro tiempo la negación de verdades evidentes parece tomar la delantera. Algunos desconfían de las argumentaciones racionales, consideradas instrumentos en las manos de algún poder oculto, mientras otros creen poseer de manera unívoca la verdad que se han construido a sí mismos, eximiéndose así del debate y del diálogo con quienes piensan diferente. Unos y otros tienen la tendencia a crearse su propia «verdad», ignorando la objetividad de lo verdadero. Estas tendencias pueden ser incrementadas por los modernos medios de comunicación y la inteligencia artificial, usados abusivamente como medios de manipulación de la conciencia con fines económicos, políticos e ideológicos.

El moderno progreso científico, especialmente en el ámbito informático y de las comunicaciones, lleva consigo indudables beneficios para la humanidad. Nos permite simplificar muchos aspectos de la vida cotidiana, permanecer en contacto con nuestros seres queridos aun cuando están lejos físicamente, estar informados y aumentar nuestros conocimientos. Sin embargo, no se pueden omitir sus límites y sus peligros, porque a menudo contribuyen a la polarización, a restringir las perspectivas mentales, a la simplificación de la realidad, al riesgo de abusos, a la ansiedad y, paradójicamente, al aislamiento, en particular por el uso de las redes sociales y los juegos en línea.

El auge de la inteligencia artificial amplifica las preocupaciones relacionadas con los derechos de propiedad intelectual, la seguridad del trabajo para millones de personas, el respeto de la privacidad y la protección del ambiente de residuos electrónicos (*e-waste*). Casi ningún rincón del mundo ha quedado inalterado a causa de la gran transformación cultural que determinan los imparables progresos de la tecnología, y es cada vez más evidente una consonancia con los intereses comerciales, que genera una cultura radicada en el consumismo.

Este desequilibrio amenaza con trastocar el orden de los valores inherentes a la creación de relaciones, a la educación y a la transmisión de costumbres sociales, mientras los padres, los familiares más cercanos y los educadores deben ser los principales canales de transmisión de la cultura, en beneficio de los cuales los gobiernos deberían limitarse a un rol de apoyo a sus responsabilidades formativas. En esta óptica se sitúa también la educación como alfabetización mediática, dirigida a ofrecer instrumentos esenciales para promover las capacidades de pensamiento crítico, para ofrecer a los jóvenes los medios necesarios para el crecimiento personal y la participación activa en el futuro de sus sociedades.

Una diplomacia de la esperanza es, antes que nada, una *diplomacia de la verdad*. Allí donde falta el vínculo entre realidad, verdad y conocimiento, la humanidad deja de ser capaz de hablarse y de comprenderse, ya que le faltan los fundamentos de un lenguaje común, anclado en la realidad de las cosas y, por tanto, comprensible universalmente. El objetivo del lenguaje es la comunicación, que solo tiene éxito si las palabras son precisas y el significado de los términos es generalmente aceptado. El relato bíblico de la Torre de Babel muestra lo que sucede cuando cada uno habla sólo con «su» lengua.

Comunicación, diálogo y compromiso por el bien común requieren buena fe y la adhesión a un lenguaje común. Esto es particularmente importante en el ámbito diplomático, especialmente en los contextos multilaterales. El impacto y el éxito de cada palabra, de las declaraciones, resoluciones y, en general, de los textos negociados depende de esta condición. Es un dato de hecho que el multilateralismo es fuerte y eficaz solo cuando se concentra en las cuestiones tratadas y utiliza un lenguaje sencillo, claro y concordado.

Por lo tanto, resulta particularmente preocupante el intento de instrumentalizar los documentos multilaterales —cambiando el significado de los términos o reinterpretando unilateralmente el

contenido de los tratados sobre los derechos humanos— para llevar adelante ideologías que dividen, que pisotean los valores y la fe de los pueblos. Se trata, en efecto, de una verdadera colonización ideológica que, según programas planificados en un escritorio, intenta erradicar las tradiciones, la historia y los vínculos religiosos de los pueblos. Se trata de una mentalidad que, presumiendo de haber superado aquellas que considera «las páginas oscuras de la historia», deja espacio a la cultura de la cancelación; no tolera diferencias y se concentra en los derechos de los individuos, descuidando los deberes con respecto a los demás, en particular de los más débiles y frágiles.[2] En ese contexto, es inaceptable, por ejemplo, hablar de un presunto «derecho al aborto» que contradice los derechos humanos, en particular el derecho a la vida. Toda la vida debe protegerse, en cada momento, desde su concepción hasta la muerte natural, porque ningún niño es un error o es culpable por existir, así como ningún anciano o enfermo puede ser privado de esperanza o ser descartado.

Dicho enfoque tiene graves consecuencias especialmente en el ámbito de diversos organismos multilaterales. Pienso de manera particular en la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, de la cual la Santa Sede es miembro fundador, habiendo tomado parte activa en las negociaciones que, hace medio siglo, condujeron a la Declaración de Helsinki de 1975. Es más urgente que nunca recuperar el «espíritu de Helsinki», con el que los estados enfrentados y considerados «enemigos» lograron crear un espacio de encuentro y no abandonaron el diálogo como instrumento para resolver los conflictos.

Por el contrario, las instituciones multilaterales, surgidas en su mayor parte al finalizar la segunda guerra mundial, hace ochenta años, ya no parecen ser capaces de garantizar la paz y la estabilidad, la lucha contra el hambre y el desarrollo para los cuales habían sido creadas, ni de responder de manera verdaderamente eficaz a los nuevos desafíos del siglo XXI, como las cuestiones ambientales, de salud pública, culturales y sociales, además de los retos impuestos por la inteligencia artificial. Muchas de ellas necesitan ser reformadas, teniendo presente que cualquier reforma debe basarse en principios de subsidiariedad y solidaridad, y en el respeto de una soberanía paritaria de los estados, mientras duele constatar que existe el riesgo de una «monadología» y de la fragmentación en *like-minded clubs*, que solo dejan entrar a quienes piensan del mismo modo.

2. Cf. *Encuentro con las autoridades civiles, los representantes de los pueblos indígenas y el cuerpo diplomático*, Citadelle de Québec (27 de julio, 2022).

A pesar de todo, no han faltado ni faltan signos alentadores, allí donde existe la buena voluntad de encontrarse. Pienso en el Tratado de paz y amistad entre Argentina y Chile, firmado en la Ciudad del Vaticano el 29 de noviembre de 1984 que, con la mediación de la Santa Sede y la buena voluntad de las partes, puso fin a la disputa del Canal de Beagle, demostrando que la paz y la amistad son posibles cuando dos miembros de la comunidad internacional renuncian al uso de la fuerza y se comprometen solemnemente a respetar todas las reglas del derecho internacional y a promover la cooperación bilateral. Más recientemente, pienso en los signos positivos de una reanudación de las negociaciones para volver a la plataforma del acuerdo sobre el programa nuclear iraní, con el objetivo de garantizar un mundo más seguro para todos.

Vendar los corazones heridos

Una diplomacia de la esperanza es también una diplomacia del perdón, capaz, en una época colmada de conflictos abiertos y latentes, de recomponer las relaciones laceradas por el odio y la violencia, y así vendar los corazones heridos de todas esas víctimas. Mi deseo para este 2025 es que toda la comunidad internacional se esfuerce ante todo en poner fin a la guerra que desde hace casi tres años baña de sangre la afligida Ucrania y que ha causado un enorme número de víctimas, incluso muchos civiles. Algunos signos alentadores se vislumbran en el horizonte, pero se necesita todavía mucho trabajo para poner en pie las condiciones de una paz justa y duradera, y para sanar las heridas infringidas por la agresión.

Del mismo modo renuevo mi llamada a un alto el fuego y a la liberación de los rehenes israelíes en Gaza, donde hay una situación humanitaria gravísima e innoble, y pido que la población palestina reciba todas las ayudas necesarias. Mi deseo es que israelíes y palestinos puedan reconstruir los puentes de diálogo y de confianza recíproca, a partir de los más pequeños, para que las generaciones venideras logren convivir, en paz y seguridad, en ambos estados y Jerusalén sea la «ciudad del encuentro», donde convivan en armonía y respeto cristianos, judíos y musulmanes. Precisamente el pasado mes de junio, en los jardines vaticanos, hemos recordado todos juntos el décimo aniversario de la Invocación a la Paz en Tierra Santa, que el 8 de junio de 2014 contó con la presencia del entonces presidente del Estado de Israel, Shimon Peres, y del presidente del Estado de Palestina, Mahmoud Abás, junto al patriarca Bartolomé I. Aquel encuentro había puesto de manifiesto que el diálogo es siempre posible y que no podemos rendirnos a la idea de que la enemistad y el odio entre los pueblos deban imponerse.

Con todo, es necesario destacar que la guerra es alimentada por el continuo proliferar de armas cada vez más sofisticadas y destructivas. Reitero esta mañana el apelo a que «con el dinero que se usa en armas y otros gastos militares, constituyamos un Fondo mundial, para acabar de una vez con el hambre y para el desarrollo de los países más pobres, de tal modo que sus habitantes no acudan a soluciones violentas o engañosas ni necesiten abandonar sus países para buscar una vida más digna».[3]

La guerra es siempre un fracaso. Involucrar a los civiles, sobre todo niños, así como destruir las infraestructuras no son solo una derrota, sino que equivalen a dejar que entre los dos contendientes el único que logra vencer sea el mal. No podemos aceptar de ningún modo que se bombardeen poblaciones civiles o se ataquen infraestructuras vitales para la subsistencia. No podemos aceptar el ver morir de frío a los niños porque se han destruido los hospitales y ha sido dañada la red energética de un país.

Toda la comunidad internacional está aparentemente de acuerdo con el respeto al derecho humanitario internacional, sin embargo, el hecho que este no se implemente plena y concretamente nos cuestiona. Si nos olvidamos de lo que está al origen, es decir, los fundamentos de nuestra misma existencia, de la sacralidad de la vida, de los principios que mueven el mundo, ¿cómo podemos pensar que este derecho sea eficaz? Es necesario un redescubrimiento de estos valores, y que, a su vez, se encarnen en preceptos de la conciencia pública, de modo que sea el *principio de humanidad* el que rija nuestro obrar. Por lo tanto, hago votos para que este Año jubilar sea un tiempo propicio en el que la comunidad internacional se esfuerce para que los derechos inviolables del hombre no sean sacrificados ante las exigencias militares.

Teniendo en cuenta estas premisas, pido que se continúe trabajando para que el incumplimiento del derecho humanitario internacional ya no sea una opción. Se necesitan ulteriores esfuerzos para que se haga efectivo lo que se discutió durante la 34.ª Conferencia Internacional de la Cruz Roja y de la Medialuna Roja, que tuvo lugar el pasado mes de octubre en Ginebra. Se ha celebrado hace poco el 75.° aniversario de la Convenciones de Ginebra, y sigue siendo indispensable que las normas y los principios sobre los que se fundan sean observados en los excesivos escenarios bélicos que siguen abiertos.

3. Carta enc. *Fratelli tutti*, n. 262; Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio* (26 de marzo, 1967), n. 51.

Entre estos escenarios pienso en los distintos conflictos que persisten en el continente africano, en modo particular en Sudán, en el Sahel, en el Cuerno de África, en Mozambique, donde hay una gran crisis política en curso, y en las regiones orientales de la República Democrática del Congo, donde la población se ve afectada por graves deficiencias sanitarias y humanitarias, agravadas a veces por la plaga del terrorismo, las cuales provocan pérdidas de vidas humanas y el desplazamiento de millones de personas. A esto se añaden los efectos devastadores de las inundaciones y de la sequía, que empeoran las ya precarias condiciones de varias partes de África.

La perspectiva de una diplomacia del perdón no está llamada solo a sanar los conflictos internacionales o regionales. Esta le confiere a cada uno la responsabilidad de hacerse *artesano de la paz*, para que se puedan edificar sociedades realmente pacíficas, en la que las legítimas diferencias políticas, además de las sociales, culturales, étnicas y religiosas, constituyan una riqueza y no una fuente de odio y división.

Mi pensamiento va en modo particular a Myanmar, donde la población sufre grandemente a causa de los continuos enfrentamientos armados que obligan a la gente a huir de sus casas y a vivir en el miedo.

Duele también constatar que permanecen, especialmente en el continente americano, varios contextos políticos de enfrentamiento político y social. Pienso en Haití, donde espero que cuanto antes se puedan dar los pasos necesarios para restablecer el orden democrático y parar la violencia. Pienso además en Venezuela y a la grave crisis política en la que se debate. Esa podrá ser superada solo con la adhesión sincera a los valores de la verdad, de la justicia y de la libertad, a través del respeto a la vida, a la dignidad y a los derechos de cada persona —incluidos los de quienes han sido arrestados a causa de los sucesos de los últimos meses—,

gracias al rechazo de cualquier tipo de violencia y, deseablemente, al comienzo de negociaciones de buena fe y finalizadas al bien común del país. Pienso en Bolivia, que está atravesando una preocupante situación política, social y económica; también en Colombia, donde confío que con la ayuda de todos se pueda superar la multiplicidad de los conflictos que lastiman al país desde hace demasiado tiempo. Pienso finalmente en Nicaragua, donde la Santa Sede, que está siempre dispuesta a un diálogo respetuoso y constructivo, sigue con preocupación las medidas adoptadas con respecto a personas e instituciones de la Iglesia y hace votos para que a todos sean garantizados adecuadamente la libertad religiosa y los demás derechos fundamentales.

Efectivamente, no hay verdadera paz si no viene garantizada también la libertad religiosa, que implica el respeto a la conciencia de los individuos y a la posibilidad de manifestar públicamente la propia fe y pertenencia a una comunidad. En este sentido, son muy preocupantes las crecientes expresiones de antisemitismo, que condeno firmemente y que afectan a un número cada vez mayor de comunidades hebreas en el mundo.

No puedo callar ante las numerosas persecuciones contra varias comunidades cristianas, frecuentemente perpetradas por grupos terroristas, especialmente en África y Asia, ni tampoco ante las formas más «delicadas» de limitación de la libertad religiosa que se observan a veces inclusive en Europa, donde aumentan las normas legales y las prácticas administrativas que «limitan o anulan en la práctica los derechos que las Constituciones reconocen formalmente a cada creyente y a los grupos religiosos».[4] Al respecto, deseo reiterar que la libertad religiosa constituye «una conquista de progreso político y jurídico»[5], ya que, «cuando se reconoce la libertad religiosa, la dignidad de la persona humana se respeta en su raíz, y se refuerzan el *ethos* y las instituciones de los pueblos».[6]

Los cristianos pueden y quieren contribuir activamente a la edificación de las sociedades en las que viven. Incluso allí donde no son mayoría en la sociedad, ellos son ciudadanos de pleno derecho, especialmente en aquellas tierras en las que habitan desde tiempos inmemoriales. Me refiero en modo particular a Siria, que después de años de guerra y devastación, parece que está recorriendo un camino de estabilización. Espero que la integridad territorial, la unidad del pueblo sirio y las necesarias reformas constitucionales no se vean comprometidas por nadie, y que la comunidad internacional ayude a Siria a ser una tierra de convivencia pacífica donde todos los sirios, incluida su componente cristiana, puedan sentirse plenamente ciudadanos y participar al bien común de esta querida nación.

Del mismo modo pienso en el amado Líbano, deseando que el país, con la ayuda determinante de la componente cristiana, pueda tener la necesaria estabilidad institucional para afrontar la grave situación económica y social, reconstruir el sur del país golpeado por la guerra e implementar plenamente la constitución y el Acuerdo de Taif. Que todos los libaneses trabajen para que el rostro del país de los cedros no sea jamás desfigurado por la división, sino resplandezca siempre por el «vivir juntos» y que el Líbano permanezca como un país-mensaje de coexistencia y de paz.

---

4. San Juan Pablo II, *Mensaje para la XXI Jornada Mundial de la paz*, 1 de enero, 1988, n. 2.
5. Benedicto XVI, *Mensaje para la XLIV Jornada Mundial de la paz*, 1 de enero, 2011, n. 5.
6. *Ibíd.*

Proclamar la liberación de los cautivos

Dos mil años de cristianismo han contribuido a eliminar la esclavitud de todos los ordenamientos jurídicos. A pesar de ello, existen todavía múltiples formas de esclavitud, comenzando por la escasamente reconocida, pero bastante practicada, esclavitud laboral. Demasiadas personas viven esclavas del propio trabajo, que pasa de ser un medio a convertirse en el fin de la propia existencia, y muchas veces estas personas son esclavas de las condiciones laborales inhumanas, en términos de seguridad, horarios de trabajo y salario. Es necesario un esfuerzo para crear condiciones dignas de trabajo, de por sí noble y ennoblecedor, y que este no sea un obstáculo para la realización y el crecimiento de la persona humana. Al mismo tiempo, se debe garantizar que existan efectivas posibilidades de trabajo, especialmente allí donde la grave situación del desempleo favorece el trabajo ilegal y consecuentemente la criminalidad.

Existe además la horrible esclavitud de las toxicomanías, que afecta especialmente a los jóvenes. Es inaceptable ver cuántas vidas, familias y países, se arruinan por esta plaga, que parece difundirse cada vez más, también por la aparición de drogas sintéticas muchas veces mortales, puestas a disposición de forma amplia por el execrable fenómeno del narcotráfico.

Entre las otras esclavitudes de nuestro tiempo, una de las más terribles es aquella practicada por los traficantes de seres humanos: seres sin escrúpulos, que se aprovechan de la necesidad de miles de personas en fuga por la guerra, las carestías, las persecuciones o los efectos de los cambios climáticos en busca de un lugar seguro

para vivir. Una diplomacia de la esperanza es una *diplomacia* de *libertad*, que requiere el compromiso común de la comunidad internacional para eliminar este *miserable comercio*.

Al mismo tiempo, es necesario hacerse cargo de las víctimas de estos tráficos, que son los mismos emigrantes, obligados a recorrer a pie miles de kilómetros en América central como en el desierto del Sahara, o a tener que atravesar el mar Mediterráneo o el canal de la Mancha, en embarcaciones improvisadas y abarrotadas, para luego terminar rechazados o encontrarse clandestinos en una tierra extranjera. Olvidamos fácilmente que nos encontramos ante personas que es necesario acoger, proteger, promover e integrar.[7]

Con gran desconsuelo percibo, sin embargo, que las migraciones están todavía cubiertas por una nube oscura de desconfianza, en vez de ser consideradas una fuente de crecimiento.

---

7. *Discurso a los participantes en el Foro Internacional sobre "Migraciones y paz"* (21 de febrero, 2017).

Se considera a las personas en movimiento solo como un problema que se debe gestionar. Estas personas no pueden ser asimiladas a objetos que se deben colocar, sino que tienen una dignidad y recurso que pueden ofrecer a los demás; tienen sus propias historias, necesidades, miedos, aspiraciones, sueños, capacidades, talentos. Solo desde esta perspectiva se podrán dar los pasos necesarios para afrontar un fenómeno que requiere un aporte conjunto por parte de todos los países, incluso a través de la creación de itinerarios regulares seguros.

Sigue siendo crucial afrontar las causas profundas del desplazamiento, de modo que dejar la propia casa para buscar otra sea una elección y no una «necesidad de supervivencia». En esa perspectiva, me parece fundamental un compromiso común para invertir en el ámbito de la cooperación al desarrollo, de modo que se contribuya a erradicar algunas de las causas que inducen a las personas a emigrar.

Proclamar la libertad de los prisioneros

La diplomacia de la esperanza es, en fin, una *diplomacia de justicia*, sin la cual no puede haber paz. El Año jubilar es un tiempo favorable para practicar la justicia, para condonar las deudas y conmutar las penas de los prisioneros. Pero no hay ninguna deuda que pueda permitirle a nadie, comprendido el Estado, exigir la vida de otro. A este respecto, reitero mi llamamiento para que la pena de muerte sea eliminada en todas las naciones[8], porque esta no encuentra hoy justificación alguna entre los instrumentos aptos para reparar la justicia.

Por otra parte, no podemos olvidar que en cierto sentido todos somos prisioneros, porque todos somos deudores: lo somos hacia Dios, hacia los demás y también hacia nuestra amada Tierra, de la que obtenemos el alimento cotidiano. Como he recordado en el anual *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, «cada uno de nosotros debe sentirse responsable de algún modo por la devastación a la que está sometida nuestra casa común».[9] Cada vez más la naturaleza parece rebelarse a la acción del hombre, mediante manifestaciones extremas de su poder. Son un ejemplo de ello los devastadores aluviones que se han verificado en Europa central y en España, como también los ciclones que han afectado en primavera a Madagascar y, poco antes de Navidad, al Departamento francés de Mayotte y a Mozambique.

No podemos permanecer indiferentes ante todo esto. No tenemos derecho. Más bien,

---

8. Cf. *Mensaje para la LVIII Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero, 2025, n. 11.
9. *Ibíd.*, n. 4.

tenemos el deber de realizar el máximo esfuerzo por el cuidado de nuestra casa común y de aquellos que la habitan y la habitarán.

En el curso de la COP29 en Bakú han sido adoptadas decisiones con el fin de garantizar mayores recursos financieros para la acción climática. Espero que esto permita compartir los recursos en favor de los numerosos países vulnerables a la crisis climática y sobre los cuales pesa la carga de una deuda económica abrumadora. En esta óptica, me dirijo a las naciones más ricas para que condonen las deudas de los países que nunca podrían pagarles. No se trata solo de un acto de solidaridad o magnanimidad, sino sobre todo de justicia, cargada también por una nueva forma de iniquidad de la que hoy somos cada vez más conscientes: la «deuda ecológica», en particular entre el norte y el sur.[10]

También en función de la deuda ecológica, es importante identificar modalidades eficaces para convertir la deuda externa de los países pobres en políticas y programas efectivos, creativos y responsables de desarrollo humano integral. La Santa Sede está dispuesta a acompañar este proceso consciente de que no hay fronteras o barreras, políticas o sociales, detrás de las cuales uno se pueda esconder.[11]

Antes de concluir, quisiera expresar en esta sede, mis condolencias y mi oración por las víctimas y por todos los que están sufriendo a causa del terremoto que hace dos días sacudió el Tíbet.

Queridos embajadores:

En la perspectiva cristiana, el Jubileo es un tiempo de gracia. ¡Y cómo quisiera que este 2025 fuera verdaderamente un año de gracia, rico de verdad, de perdón, de libertad, de justicia y de paz! «En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien»[12], y cada uno de nosotros está llamado a hacerla florecer en torno a sí. Este es mi más cordial deseo para todos ustedes, queridos embajadores, para sus familias, los gobiernos y los pueblos que representan: que la esperanza florezca en nuestros corazones y nuestro tiempo encuentre la paz que tanto desea.

Gracias.

---

10. Cf. Bula *Spes non confundit* (9 de mayo, 2024), n. 16 y Carta enc. *Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común (24 de mayo, 2015), n. 51.
11. Cf. Carta enc. *Laudato si'*, n. 52.
12. Bula *Spes non confundit*, n. 1.

17. COLABORACIÓN PARA LA ERA INTELIGENTE

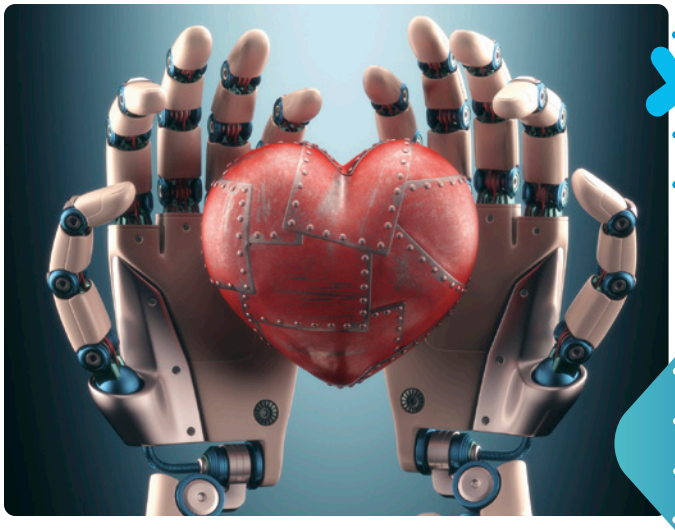
MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO AL FORO ECONÓMICO MUNDIAL 2025

20-24 DE ENERO DE 2025

El tema de la reunión de este año del Foro Económico Mundial, «Colaboración para la era inteligente», brinda una buena oportunidad para reflexionar sobre la Inteligencia Artificial como herramienta no solo para la cooperación, sino también para unir a los pueblos.

La tradición cristiana considera el don de la inteligencia como un aspecto fundamental de la persona humana creada «a imagen de Dios». Al mismo tiempo, la Iglesia católica siempre ha sido protagonista y ha apoyado el avance de la ciencia, la tecnología, las artes y otras formas de empresa humana, considerándolas ámbitos de «colaboración del hombre y de la mujer con Dios en el perfeccionamiento de la creación visible» (*Catecismo de la Iglesia católica*, 378).

La IA está concebida para imitar la inteligencia humana que la diseñó, lo que plantea un conjunto único de preguntas y desafíos. A diferencia de muchos otros inventos humanos, la IA está entrenada en los resultados de la creatividad humana, permitiéndole generar nuevos artefactos con un grado de destreza y velocidad que a menudo emulan o superan las capacidades humanas, lo que suscita importantes preocupaciones sobre su impacto en el papel de la humanidad en el mundo. Además, los resultados que la IA es capaz de lograr son casi indistinguibles de los humanos, lo que plantea interrogantes sobre su efecto en la creciente crisis de la verdad en el foro público. Además, esta tecnología está diseñada para aprender y tomar ciertas decisiones de forma autónoma, adaptándose a nuevas situaciones y proporcionando respuestas no previstas por sus programadores, lo que suscita importantes cuestiones sobre la responsabilidad ética, la seguridad humana y las implicaciones más amplias de estos avances para la sociedad.



Aunque la IA es un logro tecnológico extraordinario capaz de imitar determinados resultados asociados a la inteligencia humana, esta tecnología realiza una «elección técnica entre varias posibilidades y se basa en criterios bien definidos o en inferencias estadísticas. El ser humano, en cambio, no sólo elige, sino que en su corazón es capaz de decidir» (*Discurso a la Sesión del G7 sobre la Inteligencia Artificial, Borgo Egnazia* (Apulia), 14 de junio de 2024).

De hecho, el uso mismo de la palabra «inteligencia» en relación con la IA es inapropiado, ya que la IA no es una forma artificial de inteligencia humana, sino un producto de esta. Si es correctamente utilizada, la IA ayuda a la persona humana a realizar su vocación, en libertad y responsabilidad.

Como cada otra actividad humana y cada desarrollo tecnológico, la IA debe estar al servicio de la persona humana y formar parte de los esfuerzos para lograr «más justicia, mayor fraternidad y un más humano planteamiento en los problemas sociales», que «vale más que los progresos técnicos» (*Gaudium et spes*, n. 35; cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2293).

Sin embargo, existe el riesgo de que la IA se utilice para promover el «paradigma tecnocrático», según el cual todos los problemas del mundo pueden resolverse únicamente a través de medios tecnológicos. Dentro de este paradigma, la dignidad y la fraternidad humana se subordinan a menudo a la búsqueda de la eficiencia, como si la realidad, la bondad y la verdad emanaran intrínsecamente del poder tecnológico y económico. Sin embargo, la dignidad humana nunca debe ser violada en favor de la eficiencia. Los avances tecnológicos que no mejoran la vida de todos, sino que crean o agravan las desigualdades y los conflictos, no pueden llamarse verdadero progreso. Por lo tanto, la IA debe ponerse al servicio de un desarrollo más sano, más humano, más social y más integral.

El progreso marcado por el amanecer de la IA exige redescubrir la importancia de la comunidad y renovar el compromiso de cuidar la casa común que Dios nos ha confiado. Para navegar en las complejidades de la IA los gobiernos y las empresas deben ejercer la debida diligencia y vigilancia. Deben evaluar críticamente las aplicaciones individuales de la IA en contextos particulares, para determinar si su uso promueve la dignidad humana y el bien común. Como ocurre con muchas tecnologías, los efectos de los diversos usos de la IA no siempre son predecibles desde el principio. A medida que la aplicación de la IA y su impacto social se hacen más evidentes con el paso del tiempo, es necesario adoptar respuestas adecuadas a todos los niveles de la sociedad, de acuerdo con el principio de subsidiariedad, con usuarios individuales, familias, sociedad civil, empresas, instituciones, gobiernos y organizaciones internacionales trabajando a su propio nivel para garantizar que la IA sea a favor del bien de todos. Hoy existen grandes retos y oportunidades cuando la IA se sitúa en un marco de inteligencia relacional, en el que todos comparten la responsabilidad del bienestar integral de los demás.

Con estos sentimientos, ofrezco mis buenos deseos en forma de oración para las deliberaciones del Foro e invoco de buen grado sobre todos los participantes abundancia de bendiciones divinas.

Vaticano, 14 de enero de 2025.
FRANCISCO

18. UTILIZAR LA IA PARA CONSTRUIR RED

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS OBISPOS PRESIDENTES DE COMISIONES DE COMUNICACIÓN Y DIRECTORES NACIONALES DE LAS OFICINAS DE COMUNICACIÓN, PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO PROMOVIDO POR EL *DICASTERIO PARA LA COMUNICACIÓN*

27 DE ENERO DE 2025

Queridos hermanos y hermanas, buenos días:

Les doy la bienvenida a ustedes que desempeñan en las Iglesias locales un servicio de responsabilidad en el campo de la comunicación. Es hermoso verlos a ustedes aquí: obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicas y laicos; llamados a comunicar la vida de la Iglesia y una mirada cristiana sobre el mundo. Comunicar esta mirada cristiana es hermoso.

Nos encontramos hoy, después de haber celebrado el Jubileo del Mundo de la Comunicación, para hacer juntos una evaluación y también un examen de conciencia. Detengámonos a reflexionar sobre la manera concreta en la que comunicamos, animados por la fe que, como está escrito en la Carta a los Hebreos (cf. 11, 1), es garantía de los bienes que se esperan y certeza de las realidades que no se ven.

Preguntémonos entonces, ¿de qué modo sembramos esperanza en medio de tanta desesperación que nos afecta y nos interpela? ¿Cómo sanamos el virus de la división, que amenaza también nuestras comunidades? Nuestra comunicación, ¿está acompañada por la oración, o terminamos comunicando la realidad de la Iglesia adoptando solo las reglas del *marketing empresarial*? Debemos hacernos todas estas preguntas.

¿Sabemos dar testimonio de que la historia humana no concluye en un callejón sin salida? ¿Y cómo indicamos una perspectiva diferente hacia un futuro que todavía no está escrito? A mí me gusta esta expresión: *escribir el futuro*; nos toca a nosotros escribir el futuro. ¿Sabemos comunicar que esta esperanza no es una ilusión? La esperanza no defrauda nunca; pero ¿sabemos comunicar esto? ¿Sabemos comunicar que la vida de los demás puede ser más hermosa también por medio de nosotros? ¿Puedo yo, por mi parte, dar belleza a la vida de los demás? ¿Y sabemos comunicar y convencer de que es posible perdonar? ¡Esto es muy difícil!

Comunicación cristiana es mostrar que el Reino de Dios está cerca: aquí, ahora, y es como un milagro que puede ser vivido por cada persona, por cada pueblo. Un milagro que ha de contarse ofreciendo las claves de lectura para mirar más allá de lo banal, más allá del mal, más allá de los prejuicios, más allá de los estereotipos, más allá de uno mismo. El Reino de Dios está más allá de nosotros. El Reino de Dios viene también a través de nuestra imperfección, esto es hermoso. El Reino de Dios viene en la atención que dedicamos a los demás, en el cuidado atento que ponemos al leer la realidad. Viene también en la capacidad de ver y sembrar una esperanza de bien; y de vencer, de ese modo, el fanatismo desesperado.

Esto, que para ustedes es un servicio institucional, es también la vocación de todo cristiano, de todo bautizado. Todo cristiano está llamado a ver y contar las historias de bien que

un periodismo dañino pretende borrar dando espacio solamente al mal. El mal existe, no se debe esconder, sino que debe conmover, provocar interrogantes y respuestas. Por eso, la tarea de ustedes es grande y exige que salgan de sí mismos, que hagan un trabajo «sinfónico», implicando a todos, valorando a los ancianos y a los jóvenes, mujeres y hombres; con todos los lenguajes, con la palabra, el arte, la música, la pintura, las imágenes. Todos estamos llamados a verificar cómo y qué comunicamos. Comunicar, comunicar siempre.

Hermanas, hermanos, el desafío es grande. Por tanto, los animo a reforzar la sinergia entre ustedes, a nivel continental y a nivel universal; a construir un modelo distinto de comunicación, distinto por el espíritu, por la creatividad, por la fuerza poética que viene del Evangelio y que es inagotable. Comunicar, siempre es original. Cuando nosotros comunicamos somos creadores de lenguajes, de puentes. Somos nosotros los creadores. Una comunicación que transmite armonía y que es alternativa concreta a las nuevas torres de Babel. Piensen un poco en esto: en las nuevas torres de Babel, todos hablan y no se entienden. Piensen en esta simbología.

Les dejo dos palabras: *juntos* y *red*.

Juntos. Solamente juntos podemos comunicar la belleza que hemos encontrado; no porque somos hábiles ni porque tenemos más recursos, sino porque nos amamos los unos a los otros. De esto nos viene la fuerza de amar también a nuestros enemigos, de implicar incluso a quien se ha equivocado, de unir lo que está dividido, de no desesperar y de sembrar esperanza. No olviden esto: sembrar esperanza; que no es lo mismo que sembrar optimismo, no, para nada. Sembrar esperanza. Comunicar, para nosotros, no es una táctica, ni una técnica. No es repetir frases prefabricadas o eslóganes, ni tampoco limitarse a escribir comunicados de prensa. Comunicar es un acto de amor. Solo un acto de amor gratuito teje redes de bien. Pero las redes hay que cuidarlas, repararlas cada día, con paciencia y con fe.

Red. Esta es la segunda palabra sobre la que les invito a reflexionar. Porque, en realidad, hemos olvidado lo que significa, como si fuera solo una palabra vinculada a la civilización digital; sin embargo, es una palabra antigua. Antes que a las redes sociales, nos recuerda a las redes de los pescadores y a la invitación de

Jesús a Pedro de convertirse en pescador de hombres. Por tanto, construir redes es poner en red capacidades, conocimientos y aportes, para poder informar de manera adecuada y, así, poder ser todos salvados del mar de la desesperación y de la desinformación. Esto ya es un mensaje, ya es en sí un primer testimonio.

Pensemos, entonces, en cuánto podríamos hacer juntos, gracias a los nuevos instrumentos de la era digital, gracias también a la inteligencia artificial, si en vez de transformar la tecnología en un ídolo, nos comprometiéramos más a establecer red. Les confieso algo: a mí me preocupa, más que la inteligencia artificial, la natural, esa inteligencia que nosotros debemos desarrollar.

Cuando nos parezca que hemos caído en un abismo, miremos más allá, *más allá de nosotros mismos*. Nada está perdido; siempre se puede volver a empezar, confiando unos en otros y todos juntos en Dios, este es el secreto de nuestra fuerza comunicativa. ¡Establecer red! ¡Ser una red! En lugar de confiar en las sirenas estériles de la autopromoción, en la celebración de nuestras iniciativas, pensemos en cómo construir juntos los relatos de nuestra esperanza.

Esta es la tarea de ustedes. Su raíz es antigua. El milagro más grande realizado por Jesús en favor de Simón y de los otros pescadores desilusionados y cansados, no fue tanto esa red repleta de pescados, como el haberles ayudado a no quedar atrapados en la decepción y el desánimo frente a las derrotas. Por favor, no caigan en esa tristeza interior; no pierdan el sentido del humor, que es sabiduría, sabiduría de todos los días.

Hermanas, hermanos, nuestra red es para todos. ¡Para todos! La comunicación católica no es algo separado, no es solo para los católicos, no es un recinto donde encerrarse ni una secta para hablar entre nosotros, no. La comunicación católica es el espacio abierto de un testimonio que sabe escuchar e interceptar los signos del Reino. Es el lugar acogedor de relaciones auténticas. Preguntémonos: ¿son así nuestras oficinas, las relaciones entre nosotros? Nuestra red es la voz de una Iglesia que solamente saliendo de sí misma, se encuentra a sí misma y a las razones de su esperanza. La Iglesia debe salir de sí misma. A mí me gusta pensar en ese pasaje del Apocalipsis, cuando el Señor dice: «Yo estoy junto a la puerta y llamo» (3, 20), lo dice para entrar. Pero ahora, muchas veces el Señor llama desde dentro para que nosotros, los cristianos, lo dejemos salir. Y nosotros muchas veces tenemos al Señor sólo para nosotros. Debemos dejar salir al Señor —llama a la puerta para salir— y no tenerlo como «esclavizado» para nuestros servicios. Nuestras oficinas, las relaciones entre nosotros, nuestra red, ¿son precisamente una Iglesia en salida?

¡Gracias, gracias por su trabajo! Sigan adelante con valentía, con la alegría de evangelizar. Los bendigo a todos de corazón. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. ¡Gracias!

PARA TENER EN CUENTA / PARA TER EM CONTA

EDUCACIÓN HOY recoge y disemina un pensamiento educativo no excluyente y procura una aproximación anticipatoria de fenómenos y escenarios para rutas de viaje. Nuestra publicación será inacabada porque siempre habrá nuevas situaciones, posibilidades nuevas y nuevos intentos de solución.

Si desea participar activamente como escritor, sugerir temas o hacer propuestas, puede dirigirse a: asistente@ciec.edu.co

EDUCACIÓN HOY collects and disseminates educational thinking inclusive and seeks a proactive approach to phenomena and scenarios for travel routes. Our publication will always be incomplete because there will always be new situations, new possibilities and new attempts at solution.

To participate actively as a writer, suggest topics or make suggestions, please contact: asistente@ciec.edu.co

EDUCACIÓN HOY recueille et diffuse la pensée pédagogique inclusif et cherche une approche proactive à des phénomènes et des scénarios pour les itinéraires de voyage. Notre publication sera toujours incomplète, car il y aura toujours des situations nouvelles, de nouvelles possibilités et de nouvelles tentatives de solution.

Pour participer activement en tant qu'écrivain, proposer des sujets ou faire des suggestions, s'il vous plaît contacter: asistente@ciec.edu.co

EDUCACIÓN HOY reúne e divulga inclusive pensamento educacional e procura uma abordagem pró-activa aos fenômenos e cenários para rotas de viagem. Nossa publicação será sempre incompleta porque novas situações, novas possibilidades e novas tentativas de solução.

Para participar ativamente como escritor, sugerir temas ou fazer sugestões, entre em contato: asistente@ciec.edu.co

LAS IDEAS EXPRESADAS EN LOS ARTÍCULOS SON DE EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD DE SUS AUTORES.

LOS ARTÍCULOS PUEDEN SER ENVIADOS EN PORTUGUÉS, FRANCÉS O INGLÉS. LA DIRECCIÓN DE LA REVISTA SE HACE RESPONSABLE DE LA TRADUCCIÓN O SU RESPECTIVA PUBLICACIÓN EN VERSIÓN ORIGINAL.

80 Años CIEC

Sirviendo a la Escuela Católica de América

1945 - 2025

La Confederación Interamericana de Educación Católica –CIEC-, creada por el Primer Congreso de Educación Católica (1945), es una institución de derecho civil, sin ánimo de lucro, al servicio de la Educación Católica de América, integrada en la actualidad por las Federaciones educacionales de los 24 países miembros, agrupados administrativamente en cinco regiones correspondientes a Norte, Caribe, Centroamérica, Andina y Sur. La CIEC también tiene como asociados a las congregaciones religiosas dedicadas a la educación y redes de educación católica del continente.